

**I. REVELACIÓNRE-VELADA
O DE LA
RECONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO**

Esta obra no es para ser *leída*,
sino para *ser oída*:
se trata de poder escuchar
el *tono fundamental*
en que habla la propia obra.

Índice

REVELACIÓNRE-VELADA	
DEBO JUSTIFICARME.....	6
I. RADIACIÓN PRO-FÉTICA.....	9
1. Más simple que lo simple.....	11
2. La Nueva Revelación no vino en la forma que habíamos imaginado	14
3. A-pertura inicial.....	18
4. Obertura semántica.....	21
II. SEÑALES ANUNCIADORAS	27
1. A-sombro.....	30
2. Pacto sagrado.....	32
3. Energía in-versa.....	35
4. Circulación de la luz	38
III. SENTIDO DE LA OBRA	41
1. Ruptura de simetría.....	45
2. Reversibilidad de valores	47
3. Gen-ética social	49
4. Homo solaris	51
UNA PAUSA EN EL CAMINO.....	55
IV. RE-CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO	57

Re-construcción del Tempo.....	59
1. Cuerpo Alternante	62
2. Lengua madre	65
3. Ópera Magna.....	70
4. Canto de los “no-nacidos”.....	76
V. MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE	85
Más allá del horizonte.....	87
1. Claves de poder	88
2. <i>Homo imiversitas</i>	95
3. Transmisión gen-ética.....	109
¡COMO RAYO QUE MURALLA PARTE!.....	123
DONDE MUEREN LAS PALABRAS	135
BIBLIOGRAFÍA CITADA	141
.	

DEBO JUSTIFICARME

¿Por qué me he decidido a interrogar a la Serpiente de Fuego? ¿Por qué intento descorrer el velo que oculta el sentido profundo de la historia sabiendo de antemano que el designio de los dioses escapa a la mirada del hombre?

¡Simplemente lo hago porque no puedo evitarlo!

Las estrellas celestes que *hoy* marcan el signo del tiempo preguntan por *mi* lugar en el mundo y debo responderles con *mi* propia voz.

¡Comenzamos a vislumbrar secretos de la vida antes jamás pensados!

Nuestra alma vive un tiempo de penuria, hemos quedado a la intemperie, sin suelo donde apoyar nuestros pies, sin hogar donde albergar el fuego de nuestro corazón.

Pero pre-sentimos una Nueva Alianza y, por momentos, nos adelantamos a otros dominios del conocimiento y penetramos en otras dimensiones de la vida: tremenda tensión de la inteligencia entre las altas cumbres del espíritu y los profundos abismos de la materia. Ya no se trata solamente de construir la Tierra sino de Re-construir el Templo. Tarea peligrosa, muchos quedan por el camino: "Fui golpeado por Apolo", exclama Hölderlin en su exaltación poética.

Nuestro tiempo es portador de enigmáticas señales: el hombre de hoy pregunta por el cosmos, pero también el cosmos pregunta por el hombre. Y la respuesta a esta interlocución silenciosa (*inter-locus*) ya no se resuelve por la gimnasia del pensamiento dialéctico, el develamiento metafísico del ser o las ecuaciones de campo unificado de la ciencia, sino por el propio Drama de la Revelación.

¿Por qué digo "drama"? Porque el mensaje secreto de la Revelación se representa como movimiento intrínseco de la luz, lenguaje esencial de dioses, hombres y demonios en el escenario del mundo: mensaje que *es* fuera del tiempo, pero que se manifiesta en los juegos y caminos del tiempo y la historia. La misma palabra "revelación", cargada de interpretaciones doctrinarias, figuras y símbolos del pasado, no siempre resulta adecuada para nombrar la energía, el ritmo y el sentido de una "RevelaciónRe-velada" que *funda* (desde lo sagrado) los movimientos científicos, sociales y espirituales de la era que se inicia.

Comenzamos a "pre-sentir" el advenimiento de una palabra pro-fética que otorga nuevo sentido a la historia.

Comenzamos a prestar "oído" no sólo a los hechos sino al alma de los hechos.

Comenzamos a descifrar enigmáticas “huellas” del universo sagrado en las moléculas de la vida.

Al querer abordar estos temas, algunas palabras fundamentales -al modo de hierogramas- nos salen al paso, quizá para guiarnos por la oscura senda:

RADIACIÓN PRO-FÉTICA

SEÑALES ANUNCIADORAS

SENTIDO DE LA OBRA

Una pausa en el camino

RE-CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO

MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE

¡COMO RAYO QUE MURALLA PARTE!

DONDE MUEREN LAS PALABRAS

I. RADIACIÓN PRO-FÉTICA

Lasciate ogni argomento oh voi che entrate
Dante Alighieri

La Luz del mensaje llegó antes que la palabra de los Mensajeros.

Hemos entrado en una nueva era, pero se nos escapa la esencia de las ideas y el sentido de la obra. La primacía de la técnica en la mente del hombre contemporáneo oculta la “sonoluminiscencia” de la radiación de fondo de la Revelación.

Al decir “Revelación” no trato de entrar en el terreno de la teología dogmática, la filosofía de la historia o los mitos cosmogónicos, sino de acoger en mí mismo “aquello que no es del presente, ni de ayer, sino que constantemente se esencia, vive en todos los tiempos y nadie sabe a partir de dónde ha aparecido tal cosa” (transcribo el decir de Antígona en el diálogo con Creonte). En otras palabras, trato de “oír” lo que me dice el mensaje antes de interpretar lo que dicen los mensajeros.

De la diversidad de formas pasamos a la unidad de función; giro del pensar: de las palabras al silencio y del silencio a la palabra.

No necesitamos más palabras, necesitamos más vida.

De las doctrinas de la Revelación (en cuanto formas cristalizadas en el tiempo) pasamos a la *experiencia* de la Revelación (que es como decir: quedar expuestos al viento del desierto).

Pero todo esto, que pertenece a un orden trascendente de intuiciones primordiales, choca de inmediato con las estructuras del entender racional y las formas del habla cotidiana que ocultan una y otra vez la esencia del resplandor primero para atenerse solamente a los datos del conocimiento objetivo.

Si desde el mundo de las cosas y de los hechos (del “patio de los objetos”, como diría Rodolfo Kusch) pregunto “¿qué es Revelación?”, por supuesto que no voy a encontrar ninguna respuesta.

Mi alma llega a pre-sentir (*clarosentir*) el suave resplandor que anuncia el fin de la noche del mundo, pero mi mente no alcanza a reconocer el vínculo, la “energía de enlace” entre el mensaje de la luz primera y los problemas y las necesidades del hombre.

¿Por qué nos resulta difícil decodificar el mensaje de la nueva Revelación?
Porque lo buscamos donde no está:

es más simple que lo simple,
no vino en la forma que habíamos imaginado,
es apertura inicial,
habla una Lengua que hemos olvidado.

1. Más simple que lo simple

Me acerco lo más que puedo al misterio de la Revelación, pero me doy cuenta de que sólo llego a una “distancia mínima”. Quiero entender con claridad, pero tropiezo con la barrera de la sombra.

Y me pregunto: ¿pertenece la Revelación a un orden sobrenatural separado de la vida humana, o se trata de un valor trascendente que *es* del hombre pero que se nos escapa continuamente de las manos? ¿Esa “distancia mínima” es realmente una muralla imposible de cruzar, o es apenas una “puerta” y sólo tenemos que golpear en ella para que se abra? ¿No será que nosotros mismos hemos levantado una barrera que nos cierra el paso a la morada del Dios desconocido?

La “distancia mínima” existe, tanto en el mundo físico (10’¹⁷ metros) como en el reino espiritual: también hay una distancia mínima en el orden del conocimiento y en la poesía del amor.

La verdad revelada se hace no-revelada cuando intentamos explicarla: su palabra habla desde el Silencio, desde el Misterio (*Mysterium*). Pero el “misterio” no es ajeno a la vida del hombre, sino constitutivo del Ser del hombre.

Y nuevamente me sale al paso una pregunta fundamental.

Si el “misterio” es constitutivo de mi propio ser, ¿por qué no puedo descifrarlo?, ¿por qué me detengo ante el umbral de lo Desconocido?

¡También se detienen allí los filósofos, los científicos, los artistas, los poetas!

Nuestro claro pensar se detiene ante el enigma de la “materia oscura”.

Otra pregunta: ¿La revelación del santo es diferente a la revelación del sabio, de distinta naturaleza, o se trata de una misma función sagrada pero que se revela en modo y medida diferente?

Protágoras decía: “El hombre es la medida de todas las cosas”. Los poetas románticos dialogaban en secreto con el alma del mundo. Albert Einstein recibe la iluminación al modo de los místicos: “Una esplendente luz se hizo dentro de mí”.

La investigación científica ha penetrado en dominios de la naturaleza y el cosmos hasta ahora jamás explorados, desde los enigmáticos quásares y no menos misteriosos agujeros negros hasta el código genético, la actividad intrínseca de la materia y la irreversibilidad del tiempo; pero hasta los más audaces investigadores se detienen ante el “misterio” de las constantes cósmicas, el límite de la

velocidad de la luz, las transiciones de fase. ¿Qué hay “más allá” de la velocidad de la luz? ¿Qué hay “más acá” de la constante de Planck? Especulaciones metafísicas, responderán los científicos académicos. ¡No sabemos!, dirán los sabios místicos.

Las revelaciones del “más allá” ocuparon (y siguen ocupando) un lugar pre-
valente en la tradición espiritual de la humanidad y, de alguna manera, es la
“forma” de Revelación que nos resulta más accesible: es el in-pulso primigenio
que moviliza la fe, la búsqueda del conocimiento, el esfuerzo de superación y
perfección de millones de seres humanos sobre la tierra; y es el fuego sagrado
que funda las grandes religiones, inspira a artistas y sabios y enciende el entu-
siasmo y la pasión de los pueblos en las epopeyas de la historia. Pero también
hay una revelación del “más acá”, revelación de “cercanía”, “más cerca que lo
cerca”, “más próximo que lo próximo”, “más simple que lo simple”. Esta “Reve-
lación de cercanía” nos toca *tan de cerca* que no nos da tiempo para nada (nos
coloca “más acá del tiempo”).

Trataré de explicarme. Puedo estar cerca de un maestro y no reconocerlo.
Puedo estar cerca de mis padres, de mi esposa, de mis hijos, de mis amigos, y
no reconocerlos (en su ser). Puedo oír de cerca la voz que me señala mi vocación,
mi destino, y no reconocerla (en lugar de escucharla la interpreto, pregunto qué
quiere decir, a quién se dirige). Mi mente quiere investigar lo complejo, mi sen-
sibilidad está demasiado ocupada en desenredar lo que está enredado; no alcan-
zo a escuchar la voz que se dirige a mí mismo, no la oigo, está demasiado cerca,
es demasiado simple (más simple que lo simple).

Y vuelvo al punto de partida y vuelvo a preguntar: ¿qué *es* Revelación?

Es destello *inicial*, aquello que “no-es” en el tiempo y que, sin embargo, “es”
el origen de lo por-venir. Pero también es el *fin*, el *consummatum est*, la radia-
ción de lo más oscuro que lo oscuro.

El espacio abierto por la revelación científica y tecnológica nos invita a explo-
rar estructuras y procesos de complejidad creciente. La evolución se nos apare-
ce como orientada hacia organizaciones cada vez más complejas: las moléculas
de la vida son organizaciones complejas, y son complejas las sociedades huma-
nas y las sociedades de los insectos. Pero los científicos-filósofos se preguntan:
“¿Existe un límite a la complejidad?”. ¡Es una pregunta que supera los patrones
intelectuales de medida para contestarla! Si en lugar de querer contestarla “me
detengo” ante el umbral de lo desconocido, llego a ver (se revela) que el desarro-
llo evolutivo hacia la máxima complejidad alcanza un punto crítico que “da pa-
so al lado opuesto”, movimiento de signo contrario e igual medida: reversibilidad
de valores, “invariancia” en el Arte de la Fuga, el “otro lado” de la circulación de
la luz, “RevelaciónRe-velada”.

La revolución científica que hoy nos enorgullece sólo nos ha legado la mitad
de la fórmula. Al reducir las leyes del hombre a las leyes de la naturaleza (basa-
das en la nota común de irreversibilidad del tiempo: Ilya Prigogine), hemos reem-
plazado los antiguos mitos cosmogónicos por nuevos mitos cosmológicos: Homo-
natura a escala cósmica.

El paradigma dominante (voluntad de poder) ha ocultado la trascendencia del
ser: hombre incompleto, mundo fragmentado.

Carrera del espacio, ingeniería genética, red electrónica de comunicaciones,
nanotecnología..., sólo “la mitad de la fórmula”. El desafío que tenemos por de-

lante (y por dentro) es acceder a la “otra mitad”: por el amor, el sacrificio, la reversibilidad de valores. Y si nos preguntan “¿para qué?”, responderíamos: simplemente “para ser”, para “re-construir el Templo”, para “fundar sobre otro código Gen-ético” la civilización que viene.

Re-construcción del Templo quiere decir “volver a la fuente”; el Evangelio diría: “Volver a ser niños”; los cosmólogos dirían: “Volver a las condiciones iniciales del universo”. En otras palabras: “dejar ser” a funciones esenciales de la vida que han sido olvidadas, reprimidas o mutiladas en aras de un mundo que se ha transformado en prisión del alma. Y surgen algunas preguntas: ¿cuáles son los “valores de salida”? Unos dicen la voluntad de poder, otros dicen el amor, el conocimiento, el sacrificio. Pero ¿cuál es la vía para “salir” del campo gravitacional de la “materia oscura”: el camino de la ciencia o el camino de la fe?

Aun si pudiéramos responder a todas estas preguntas quedaría un interrogante clave: ¿cómo alcanzar el valor crítico de la “fuerza de escape”?

¡Cuántas teorías se han fabricado alrededor del amor!

Pero el Amor es un valor *simple*, que no va ni viene, sino que simplemente se revela.

¡Cuántas metafísicas, filosofías, epistemologías se han construido en torno a la pregunta sobre la verdad del conocimiento!

Pero la Verdad es el *simple* resplandor del ser: no requiere teorías, argumentos, interpretaciones; es tan simple que su palabra se resuelve en el silencio.

¡Cuántas doctrinas han surgido a partir de las Revelaciones espirituales que fundan la tradición de los distintos pueblos de la tierra!

Pero el valor espiritual
es un don del alma,
una voz-*simple* pero certera
que marca el rumbo al caminante.

Hoy nos estamos ahogando en un mar de palabras, de teorías, de interpretaciones: con la agravante de que las “palabras” ya no nos dicen nada y que tanto la “reflexión” como la “reflexión de la reflexión” ya dijeron todo lo que tenían que decir. El agua de las fuentes y los ríos ya no calma nuestra sed, la luz se oculta y penetramos en la “oscura noche del alma”. Pero aún no es tiempo de despertar: la hora presente nos llama a experimentar la “noche oscura de la materia”. Y cuando “todo está acabado” nos damos cuenta de que algo nuevo ha nacido, algo que siempre estuvo ahí y que habíamos olvidado. Ese “algo esencial” se revela en:

- la fe *simple*,
- la mirada *simple*,
- la palabra *simple*,
- la verdad *simple*.

2. La Nueva Revelación no vino en la forma que habíamos imaginado

Una pregunta: lo que hasta ahora hemos llamado Revelación, ¿es la palabra divina transmitida a la humanidad una sola vez y fijada canónicamente para siempre, o debemos reconocer señales proféticas renovadoras en la trama del tiempo?

Rodolfo Kusch se aventura por el Camino del Inca en busca de las huellas que deja “la marcha del dios en el mundo”.

A mi modo de ver, una cosa es la “forma” de la Revelación y otra el “poder” de la Revelación. Y visto desde el lado del hombre, una cosa es la “noticia” de la Revelación y otra la “experiencia” de la Revelación.

¿Experiencia de la Revelación? ¡Tocamos aquí un punto delicado!

Hay falsos profetas, místicos alucinados, poetas malditos. Pero todo esto no niega la posibilidad de un auténtico contacto del alma humana con la luz divina. Que luego ese “toque” primordial sea distorsionado, interpretado, falseado u ocultado (por las teorías psicológicas, las doctrinas políticas, el fanatismo religioso) tampoco niega la realidad efectiva de un fuego sagrado que quiere morar en el corazón del hombre.

En nuestro tiempo de crisis hay signos evidentes de cambios fundamentales en el escenario del mundo: rupturas de simetría, violencias sociales, vaciamiento de significados. Comprendemos poco de todas estas cosas, pero pre-sentimos la irrupción de un poder que quiere decirnos algo. El mensaje de avanzada ya no es teológico, sociológico, político, ni siquiera científico o técnico: lo llamo “pro-fético”.

¿Por qué “pro-fético”? ¡Porque es *antes* de toda palabra!

En 1905 Albert Einstein, en uno de los cinco trabajos publicados en la revista científica *Annalen der Physik*, descubre la acción de la luz sobre la materia: “efecto fotoeléctrico”. Hoy, en nuestro mundo interior, comenzamos a descubrir la acción de la luz in-visible sobre las moléculas de la vida: extrañas “huellas” de Revelación que ya no pueden representarse por una idea, un concepto, una fórmula matemática, una metáfora poética. Me resulta difícil encontrar una palabra para nombrar estas “resonancias” primordiales, estas “sonoluminiscencias”, esta *in-scritura* simbólica del Dios desconocido en el corazón del hombre.

El mensaje de la era que comienza viene como enigmático “signo de poder”, como “hieroglifo” (*hieros*: sagrado) cuya geometría pre-sentimos antes de comprender.

Es difícil hablar en esta “lengua” con alguien cuya mente no quiere (o no puede) escuchar. ¿Cuál es el obstáculo? Un cierto “estado de la materia” que opone resistencia al paso de la luz.

Sobre la base de mi propia experiencia me he dado cuenta de que las “antiguas formas” de la Revelación, animadas devocionalmente por millones de fieles que hollaron los caminos religiosos de la historia, fijadas dogmáticamente por el pensamiento ilustrado de influyentes escuelas filosóficas y teológicas, operan en el inconsciente colectivo como poderosos arquetipos que marcan la dirección del desenvolvimiento espiritual, social y aun científico de todo un pueblo, una cultura, una tradición, una raza. Es muy difícil sustraerse a la mirada de los antiguos dioses, y más difícil aún escapar del campo magnético que esos “cuerpos” celestes dejan, como “energía residual”, en el alma colectiva de la humanidad. Seguimos viendo la luz de estrellas muertas. Seguimos presos en el campo gravitatorio de antiguas revelaciones después de siglos y milenios que la luz originaria ha desaparecido: ¡seguimos viviendo de copias y reproducciones cuando el original se ha perdido!

La Nueva Revelación no vino en la forma que habíamos imaginado.

A comienzos de siglo, en el círculo hermético de la Sociedad Teosófica, se hablaba de la inminente venida del Bodhisattva Maitreya, el Instructor del Mundo, y que el cuerpo elegido era el de Krishnamurti, quien fue educado durante varios años para cumplir esa misión; pero en 1929 disuelve la Orden de la Estrella, de la que era presidente, y fija su nueva posición: “Yo no quiero pertenecer a ninguna organización espiritual”.

Años después, un discípulo le pregunta: “¿Significa para usted algo la palabra «Maitreya*»?”. “No”, responde Krishnamurti, según éste cuenta en su biografía.

Pero la expectación mesiánica no había terminado. A mediados de 1982 apareció con grandes titulares en los principales diarios del mundo y en diversos idiomas un anuncio espectacular sobre la inminente reaparición del Cristo: “Toda la humanidad conocerá a Maitreya, el Maestro del Mundo, el Cristo, el Bodhisattva, el Messiah, el Imam Mahdi, el quinto Buda”. Según los promotores de este nuevo advenimiento, en la primavera de 1982 Maitreya “tendría la oportunidad de dirigirse al mundo entero a través de la red global de radio y televisión”; algunos anuncios precisaban la fecha y aseguraban que el “Instructor del Mundo tomaría esa red -al modo de intervención pirata- durante la ceremonia inaugural de la Copa del Mundo en Barcelona”. Nada de todo esto ha ocurrido. ¿Qué pasó? ¿Se trató de una falsa profecía? ¿O el mensaje fue real pero mal interpretado, mal leído?

No es fácil mirar al sol de frente, pero cuando vemos su imagen reflejada en las aguas abundan las interpretaciones. De la luz que ingresa sólo vemos el universo visible: las “sombras” en la caverna de Platón, la hélice de ADN que se “expresa” en genética molecular, las galaxias que se alejan velozmente en el cosmos en “expansión”. En resumen, sólo conocemos la “mitad de la fórmula” (Marshall McLuhan lo dice de otra manera: “Sólo estamos conscientes del ambiente viejo”). Pero ¿qué pasa con la Revelación?

En nuestro tiempo el mensaje de la Revelación gira sobre sí mismo y alumbra-ocultándose: RevelaciónRe-velada.

La radiación pro-fética cambia la faz del mundo y habla con voz de trueno, pero muchos tienen oídos y no oyen. Sin embargo hay un hecho que se nos hace cada día más evidente: si bien podemos cerrar los oídos a las voces profundas del alma, no podemos evitar su impacto vibratorio en la materia.

Otra vez, en la era que nace, estamos ante un acontecer originario, pero la luz inicial se refleja como “pauta inversa” en las aguas de la mente. Tratemos de aclarar. La luz que alumbra la inteligencia de Einstein en su éxtasis místico se “traduce”, por su inter-medio, en teoría de la relatividad, pero no hay que confundir la esencia del destello inicial con la formulación matemática. Quizá Maitreya ya haya venido, en su Ser (y siga *siendo*), pero no ha venido bajo la figura del Maitreya esperado. Casi podríamos decir que la mente colectiva de la humanidad “se defiende” del mensaje de la Revelación, no quiere recibirlo: ante el resplandor de la luz que ingresa el hombre cubre su rostro con el velo de los antiguos mitos (para seguir soñando, para seguir recordando lo que fue, para seguir viviendo en el marco seguro de los viejos paradigmas: mientras Moisés sube al monte sagrado en procura de la nueva ley el pueblo rinde culto al becerro de oro).

La luz naciente puede golpear nuestros ojos y no verla, porque el marco teórico de interpretación del mundo la vela, la reduce y quiere explicarla y calcularla en base a lo conocido; nuestra sensibilidad, adaptada a la geometría del cuarto reino, sólo quiere que el espectáculo continúe, que sigamos viendo en el firmamento las mismas estrellas aunque nos digan que hace mucho tiempo que han muerto.

Pero hay una realidad aun más profunda que perturba nuestro sueño: la insostenible presencia del Mal.

Leo en los diarios de junio de 1995: “La Organización de las Naciones Unidas a las puertas de un fracaso en los Balcanes”, “La democracia americana es jaqueada por el narcotráfico”. Sigo leyendo: sida, drogas, nuevos ensayos nucleares, desempleo, estallidos sociales. ¿Qué *es* lo que pasa? ¡La Luz que ingresa pone al descubierto el poder de la Sombra! Pero ¿la “Sombra” es distinta de la luz de la Revelación, o es la misma RevelaciónRe-velada?

La física cuántica nos ayuda a entender un poco mejor estas cosas. La luz se comporta como *partículaonda*. Quizá la antigravedad exista (la “repulsión cósmica”); los cosmólogos no la niegan, pero para darle carta de presentación en sus teorías de la gran unificación no tienen más remedio que introducir un hipotético medio cósmico con tensión *negativa*. También los sociólogos modernos (Jean Baudrillard) comienzan a descubrir la “energía inversa” que alimenta nuestra actual sociedad de consumo (que hace *masa*). Y mucha gente (no sólo los físicos y los sociólogos) se están dando cuenta de que el Mal, el ocultamiento de la luz (la Sombra), la discordia (*a-dixia*), el terrorismo, la corrupción, todas estas fuerzas oscuras dan testimonio, a su modo (como contraesencia), de la irrupción de la luz (luz invisible, por supuesto).

Quizá Maitreya ya haya venido, y sea su propia radiación pro-fética re-sonando en nuestra mirada lo que nos permite “ver” cosas que antes no veíamos y que muchas cosas que veíamos (o que creíamos ver) se oculten de repente y desaparezcan del escenario del mundo. ¡La Revelación ha venido, pero no ha venido en la forma que imaginábamos!

Una última pregunta: ¿A qué ha venido?

¿A cerrar una puerta?

¿o a abrir un camino?

Quizá esta forma de preguntar corresponda todavía a la antigua lógica del tiempo.

Cuando la Revelación que viene

ya ha venido,

el tiempo del fin co-incide

con la palabra del principio.

3. A-pertura inicial

El signo de nuestro tiempo es enigmático: estamos viviendo un futuro que no podemos reconocer. Cuando hablo de Revelación me estoy refiriendo a un a-con-tecer que se anuncia a sí mismo como palabra anterior: A-pertura que *inicia* el camino del conocimiento, el amor, la vida.

Pero, ¿qué *es* “lo inicial”? Es la pre-pregunta de todas las preguntas.

En nuestro lenguaje corriente hablamos una y otra vez de “apertura inicial”, pero cuando preguntamos qué *es* “inicio” no nos resulta fácil responder.

¿Es el inicio el comienzo de algo? ¿el *fiat lux* (“hágase la luz”) del Génesis bíblico?, ¿el Big Bang, acontecimiento inicial en las teorías cosmológicas?, ¿las “condiciones iniciales” en los procesos fisicoquímicos (por ejemplo, cuando se dice que la máxima entropía es el olvido de las condiciones iniciales)?, ¿o el “olvido del ser” en metafísica, cuando se dice que nuestra cultura se caracteriza por la pérdida de algo que se dio en el origen y de lo cual hemos perdido la memoria (Martín Heidegger)? Y si pasamos al dominio de la vida humana, ¿a qué llamamos “lo inicial”? ¿Al “llanto inicial” del recién nacido?, ¿al “bautismo inicial”?, ¿o a la “palabra inicial del hombre” a la presencia de Dios?

Vuelvo a la pregunta: ¿Es el inicio la “Iniciación”, la “Revelación”, el “Origen”? Conviene precisar los términos.

En la lengua castellana se suelen utilizar indistintamente las palabras “inicio” y “comienzo” para significar el principio, origen y raíz de una cosa. En alemán se diferencia con mayor nitidez *Anfang* (inicio) de *Beginn* (comienzo). La diferencia no es sólo lingüística sino metafísica. El inicio, el principio, no es en el orden del tiempo, mientras que el comienzo pertenece al tiempo. La ciencia moderna no hace tal diferenciación: el pensamiento de físicos, biólogos y cosmólogos ha quedado atrapado en la “flecha del tiempo”, y tal visión reduccionista de la temporalidad les cierra el paso al instante trascendente del inicio. Sin embargo, en los modelos matemáticos que intentan representar la estructura del universo los cosmólogos no pueden dejar de incluir un símbolo que escapa a toda medida de tiempo, me refiero a la “singularidad”: todo se puede calcular y medir menos lo que pasa “allí” (que tampoco es un lugar) donde colapsan todas las leyes de la física.

Y hoy, en nuestra lectura del nuevo fenómeno humano, más allá de la reflexión sobre las diferentes visiones del mundo, más allá de los límites de nuestra

racionalidad técnica, también pre-sentimos una “singularidad”, donde al mismo tiempo que colapsan las leyes sociales y la matemática de la historia se anuncia el nacimiento de un nuevo orden de la vida.

Millones de seres humanos pre-sienten una transición del caos al orden, pero cuando intentan traer a lenguaje este acontecer inicial tienen que reconocer que no pueden decir nada.

Es que “lo inicial” no se puede definir: ¡simplemente se *revela*! Lo que llamamos “A-pertura Inicial” no se puede determinar por parámetros conocidos o situaciones previas: no podemos decir que se produce “por”, o que la apertura se ha producido en tal parte o en tal otra, en una institución u otra, en un acontecimiento u otro. Quizá podríamos aproximarnos a este acontecer diciendo que es una “transición de fase”. Pero ¿qué es transición de fase?

Es un cambio súbito de estado: a determinada temperatura el agua se convierte en hielo. En fisicoquímica se habla de rupturas de simetría; en epistemología genética se destaca la transición de un estado de menor complejidad a otro de mayor complejidad; en la marcha del alma hablamos de conversión. En todos estos cambios se pueden determinar las condiciones del estado A y las nuevas leyes del estado B, pero nadie sabe lo que pasa “en el medio”. Y cuando hablamos de A-pertura Inicial queremos decir algo de “lo que pasa en el medio”: sin poder decirlo.

Algo pre-sentimos hoy de una “transición” que no podemos explicar. ¿Transición a qué?, ¿a un supermercadismo universal?, ¿a una sociedad sin clases?, ¿o a una civilización fuera de la tierra, en plataformas espaciales? En nuestra era técnica, en este tiempo de penuria, en esta época de “dioses que han huido, que tuvieron sus tiempos” (Friedrich Hölderlin), la A-pertura Inicial se revela como *commoción, que sella nuestro destino futuro*: dicho de otra manera, como rayo que parte las aguas de la vida. Por eso me animo a hablar de “radiación profética” y no de “profetas”. ¿Pero acaso la Revelación, en cuanto A-nuncio de lo sagrado, no se manifiesta en el mundo por diversas señales que cambian el rumbo de la historia? Yo diría que sí, pero aquello que llamamos lo “Inicial”, la “palabra anterior”, no nos habla por los hechos sino por el “alma de los hechos”.

Y volvemos a preguntar: ¿qué es “palabra anterior”? Quizá debamos preguntárselo a los poetas antes que a los filósofos. Borges nos dice en su “El Aleph”: “Bajé secretamente, rodé por la escalera vedada, caí, al abrir los ojos vi el Aleph”. Y cuando quiere explicar lo que vio reconoce: “Por increíble que parezca, yo creo que hay (o que hubo) otro Aleph, yo creo que el Aleph de la calle Garay era un falso Aleph”.

La palabra anterior, el alma de los hechos, se oculta una y otra vez a nuestra mirada.

¿Qué buscaba André Bretón? Según Octavio Paz dice en *Corriente alterna*:

Toda su búsqueda fue la reconquista de un reino perdido: la palabra del principio, el hombre anterior a los hombres y las civilizaciones. El surrealismo fue su orden de caballería y su acción entera fue una *búsqueda del Grial*.

¿Y los padres de la ciencia moderna también vieron el “Aleph”, tuvieron algún contacto con la “palabra anterior”?

Einstein y Planck, en cuanto “mensajeros” de la nueva ciencia, no agregaron nada a lo que ya existía en el mundo físico, pero pudieron ver algo que siempre estuvo allí y que sin embargo no veíamos.

¿Qué es ese algo?

Lo Inicial no es un “qué”, es un pre-estado: volvemos a la idea de palabra-anterior. Si yo tuviera que decir algo acerca de esta *palabra* que *no* se determina por los hechos sino que resuena en el alma de los hechos, diría que:

Inicio es aquella fuerza
que *sostiene*
el sentido de la Obra
del principio al fin.

Y si este modo de aproximarnos al aliento primigenio que “sostiene el sentido” resultara demasiado metafísico y fuera más propio de la palabra de Dios que de la palabra del hombre, me animo a decir que también hay una fuerza de inicio que marca las obras del hombre del principio al fin:

Es la *palabra de honor*,
el Verbo en boca del hombre,
energía del Corazón que se convierte en vida:
código sagrado que se pronuncia
una sola vez.

¿Cómo trans-cribir ya no en fórmulas matemáticas, metáforas poéticas, filosofías sociales, doctrinas religiosas, sino en “funciones de la vida”, este código secreto que continúa re-sonando en niveles profundos de la materia?

No se trata de filosofía del lenguaje sino, como dice Heidegger, de “aprender a mirar en el lugar donde ya no hablamos nosotros sino que habla el Habla”. Al llegar a esta morada caen las formas de la poesía, la ciencia, la metafísica, y sólo nos queda a-guardar que nos sea dada la “nota Inicial” de la Palabra que adviene: es el lugar del Templo, donde a-guardar quiere decir guardar la esencia de lo sagrado.

Cuando todo un mundo de significados se derrumba,
cuando el drama de la historia desemboca en la
tragedia del hombre,
cuando (tal como lo viera poéticamente Leopoldo
Marechal) Tiresias, el guía espiritual, el sacerdote,
el conductor profético, ha sido desplazado por Cresos,
como Símbolo de absolutización del poder material,
la riqueza y el dinero, los custodios del fuego sagrado
se retiran al corazón del Templo.

Y nosotros volvemos al Corazón del pueblo, para
entonar “con ellos” el primer acorde de una nueva
sinfonía cósmica: Obertura semántica.

4. Obertura semántica

Preguntas en la actual encrucijada histórica: ¿posee la Revelación un lenguaje propio que podamos oír y hablar? ¿El lenguaje de los profetas bíblicos puede también ser el nuestro? ¿Los padres de la física moderna fueron también profetas pero hablaban una lengua que ya no entendemos?

“Cibernética” y “profecía” son dos palabras clave que configuran el circuito integrado *profético-técnico* de la era que se inicia. La tecnología electrónica “en-vasa” la cultura de la era mecánica (por retroalimentación, por *feedback*) disponiendo el camino a un destello fotoprofético: luz que anuncia las revoluciones científicas y prepara las transformaciones sociales.

¿Quiénes son los profetas del tiempo nuevo? Son como partículas en un campo de ondas: cuando nos aproximamos para individualizarlos se desvanecen. ¿Pero, no son, acaso, personas vivientes, mensajeros de avanzada en los campos del conocimiento, el amor y la vida? Sí, lo son, pero la clave para el porvenir no son los profetas sino la radiación profética: no el don de unos pocos sino la posibilidad de todos.

Y una vez más nos preguntamos: ¿Qué es radiación profética? Yo diría que es palabra de fuego: anuncia y denuncia, desintegra e ilumina; re-sonancia inicial: prefigura la dirección del tiempo y pone al descubierto el sentido de la historia. Pero este código simbólico requiere ser traducido al lenguaje de la época y transmitido: es la función *gen-ética* de los “mensajeros”, llámense bardos, trovadores, *Minnesänger*, poetas anunciadores, “profetas del Renacimiento” (como los llama Édouard Schuré), profetas del desierto o profetas de la ciencia moderna.

La “resonancia profética” de la nueva era es una radiación de fondo que desestabiliza el antiguo sistema: no sólo transfiere el pensamiento racional a una nueva dimensión profético-científica sino que con-figura un tejido de relaciones sociales, económicas y políticas en función de un nuevo código Gen-ético. Sin advertirlo, el código de sentido ha variado, el patrón de relaciones humanas no es el mismo: hasta los propios vínculos de parentesco han quedado fracturados: “Ésta es una generación de hijos sin padres”, dice la destacada antropóloga estadounidense Margaret Mead.

Época de des-encuentro: de golpe los afectos más tiernos, el compañerismo más estrecho, las lealtades más juramentadas, se quiebran.

Más aún, no sólo los pájaros pueden llegar a “no diferenciar” a los hijos propios de los extraños sino que los tejidos de mi propio cuerpo pueden tratar a lo propio como extraño: enfermedades de autoinmunidad.

Pero también es una época de
encuentros providenciales.

Un nuevo lenguaje vibratorio une a los que están separados y separa a los que están unidos.

No es fácil entender lo que nos quiere decir este lenguaje de “resonancia profético-cien tífica”.

Para acercarnos nosotros, herederos del *logos* griego y de la civilización de Occidente, a esa lengua que la tradición espiritual de la humanidad ha preservado bajo herméticos símbolos, más aún, para intentar oír no el mensaje que fue dicho y representado sino la palabra originaria de una Revelación viviente que pre-sentimos pero que no llegamos a reconocer, tenemos que darnos cuenta de que la Revelación “no es” un acontecimiento sino un “protoacontecimiento”. Y esto no es un juego de palabras, sino que trato de escuchar lo que se revela *entre* los acontecimientos, *entre* los hechos, *entre* las palabras.

Yo había oído hablar de todas estas cosas, también había oído decir que hay muchos que tienen oídos y no oyen, pero ahora comenzaba a escuchar por mí Mismo el sonido in-audible del mensaje: más allá de los hechos, me hablaba el alma de los hechos.

Para los hechos bastan los datos, la información, basta internet. Pero ¿qué es el “alma de los hechos”? Los grandes poetas lo sabían. Hölderlin escribió:

Yo reconozco al alma de la naturaleza, en ese fuego tranquilo,
en esa vacilación dentro de su potente prisa.

Yo diría que el “alma de los hechos” es un lenguaje cósmico cargado de sentido: funda los hechos desde el Ser. Esto dicho desde la filosofía, pero no quiero reducir la idea-sentimiento que habla desde el corazón a una metafísica de principios fundamentales, porque esa metafísica, pese a su inestimable valor como herramienta metodológica de desvelamiento del ser, no deja de ser otro “velo” que oculta detrás del lenguaje formal el verdadero Drama de la Revelación.

¡Un drama que puede ser también tragedia!

¿Por qué Drama?

Porque disponerse a recibir la Revelación significa “quedar expuesto” (sin velos, sin encubrimientos, sin coartadas) a un juego de fuerzas desconocidas en el escenario del tiempo: es el “lugar” de la Revelación, la “silla peligrosa”, “mi” lugar. ¡Y digo Drama que puede ser tragedia, porque aquí también se juega “mi” destino!

¡Instante sagrado! No siempre nos disponemos a quedar “expuestos”. Más de una vez el simulacro sustituye a la verdad; el flujo cotidiano de información se alimenta de su energía contraria: constante ocultamiento del ser, reiterado en-

cubrimiento de lo real, continua interpretación de los hechos. El conocimiento de los hechos, incluidos el conocimiento científico y la reflexión filosófica, nos oculta una y otra vez el mensaje silencioso del “alma de los hechos”. Pero cuando llega el instante de la Revelación, “de golpe” caen las máscaras, se desgarran el velo del templo, cae el decorado social donde se representaba el drama sacro; los hechos mismos se desdibujan y queda al descubierto el alma de los hechos: que nos habla con su propio lenguaje. La “verdad de la Revelación” no es la verdad objetiva de la ciencia ni la verdad intuitiva de la filosofía: ya no hay aquí palabras, ni interpretaciones, ni lógica del sentido, sino simplemente *interpenetración de estados* (energía de re-sonancia).

¿Por qué digo “de golpe”? Primero porque “no me da tiempo”, y segundo porque “me ha golpeado”. Yo también puedo decir como el poeta-metafísico: “Apolo me golpeó”. Cuando me recupero del golpe me doy cuenta de que la Revelación me ha “tocado”: no sólo me ha *esclarecido* (reduccionismo iluminista) sino que me ha “marcado”. Si la Revelación es un acontecer real y no una fantasía, deja su “marca”, su “huella”, su “signatura”, su *in-pronta*: no sólo en los delicados tejidos del alma sino en los caminos de la historia y en las moléculas de la vida.

Me detengo aquí.

No es mi propósito elaborar una teoría general del lenguaje de la Revelación, sino simplemente prestar oído a señales anunciadoras de nuevas funciones de la vida. Hoy el tiempo es otro, el mundo ha cambiado y la Revelación irrumpe en la historia con un lenguaje diferente: ya no viene como “una Voz que clama en el desierto” ni como un Verbo esencial que requiere vestirse con la filosofía griega para ser reconocido, sino que nos *habla* y nos *toca* como

un “tornado”
que nos arranca de raíz.

Si bien la Nueva Revelación habla con el Mismo lenguaje sagrado de los profetas bíblicos, el Mismo lenguaje metafísico de los filósofos presocráticos, el Mismo lenguaje artístico-simbólico de los constructores de las catedrales góticas y de los profetas del Renacimiento: nos “habla” con un mismo lenguaje esencial, hoy nos “toca” con una *energía* diferente. Y para escuchar lo que nos quiere decir y darnos cuenta adónde nos quiere llevar ya no es suficiente la intermediación de los antiguos símbolos, ritos, metáforas y paradigmas, sino que se requiere co-responder al mensaje con la propia vida. Porque hoy el Drama de la Revelación ya no se representa en el escenario de las tragedias griegas, los concilios religiosos, tribunales del Santo Oficio, poemas dramático-musicales de Richard Wagner, las revoluciones sociales, sino que se vive, se sufre, se comprende (o no se comprende) como drama *ad inferus* del hombre: al llamado del Hado, de las Musas, del Destino, del *Deus Absconditus*, responde el “coro” de la humanidad con un *de profundis* que arranca su energía de las entrañas mismas de la Tierra.

Tratemos de “oír” un poco más de cerca el silbido de la serpiente. Para ello haré una breve incursión en el terreno de la tradición espiritual y la filosofía de la historia.

Hay ciclos de luz y oscuridad, expansión y repliegue de las corrientes de la vida. Hay una mística iluminativa (*Clara visa Deo*) y una mística de la noche os-

cura del alma (*Deus Absconditus*). Hay una gnosis de alumbramiento de la inteligencia (Isis sin velo) y una alquimia de transmutación de la materia (*Nigredo* en el proceso alquímico). El arte del Renacimiento proyecta la síntesis metafísica de Occidente. En el fresco de Rafael *La Escuela de Atenas* Platón apunta hacia arriba, al mundo de ideas arquetípicas, y Aristóteles señala hacia abajo, al mundo de la forma, los conceptos, la materia. Y hoy, en el nuevo templo de la ciencia, Einstein mira hacia arriba, al continuo espacio-tiempo, y Max Planck mira hacia abajo y descubre la cuantificación de la energía (discontinuidad del mundo físico).

Una nueva síntesis se anticipa a nuestra llegada. La civilización racionalista nos ha conducido al desarrollo unilateral de las funciones humanas: absolutización del poder de la inteligencia y desimbolización del mundo, momento de máximo peligro; y digo expresamente “peligro” porque al llegar a este extremo del camino el hombre no sólo puede “ganar el mundo y perder su alma” sino que puede morir en vida por falta de vida. En la actual encrucijada de la historia se ha producido la ruptura de simetría del *logos del mundo* (Carlos Castañeda en *Tales of Power* habla de la “retracción del tonal”). La luz que ingresa pone al descubierto el poder de la sombra; vemos sin saber y sabemos sin ver: paradoja de RevelaciónRe-velada.

A-contecer fundante. Obertura semántica. Primer a-corde que da principio a la ópera. No tenemos formas “lógicas” del lenguaje para hacer “audible” esta Obertura semántica. No podemos dar nombre a una Revelación que se oculta tras la Conmoción.

Se ha liberado en el planeta
un Poder
que va más allá de la medida del hombre,
pero que toca el corazón del hombre:
fuerza verdaderamente sobrenatural,
porque sobrepasa la medida
de la antigua naturaleza.

La nueva Revelación no viene interpretada en lenguaje filosófico, sino “cantada” en clave energ-ética.

En el horizonte del nuevo signo del tiempo resuenan los primeros acordes de una Lengua de ritmo analógico que funda, *desde el ritmo*, el lenguaje de las ciencias del hombre. Para entender la vida ya no partimos de la idea, del concepto, del *eidos*: partimos del “ritmo”, que nos lleva al origen, a la raíz de la vida misma. Ya no hablamos aquí de filosofía de los valores sino de coreografía gen-ética.

Obertura semántica, cambio de ritmo de la materia humana: el sentido de la Revelación se ha incorporado como “función” en las moléculas de la vida. Roza-mos aquí un tema de “resonancia cósmica” más propio de musicólogos que de filósofos. En esta “resonancia”, ritmo y rito configuran un único “gesto simbólico”, una “organización armónica” entre forma musical, actividad bioeléctrica del cuerpo humano y las fuerzas vivas del universo, como lo explica János Maróthy en un documentado estudio de musicología experimental: “Ritmo e rito. Dagli schemi comportamentali alle strutture musicali”.

En este lugar de re-sonancia de la Lengua, el advenimiento de la Palabra puede revertirse en Obertura semántica de la Obra: fuerza de plasmación.

Ya no estamos sobre la tierra, otras estrellas alumbran nuestro cielo interior, otras señales marcan nuestro destino.

II. SEÑALES ANUNCIADORAS

*La Tierra estaba desolada y vacía.
Los guardianes del Templo dormían.
Una fresca brisa viene del Mar.*

¿Por qué *anunciadoras*?

¡Porque *a-nuncian*! Anuncian no lo que va a venir sino lo que ya ha venido.

Se trata de explorar un camino hasta ahora no transitado. La señal profética es enigmática por naturaleza, no descubre la totalidad de su sentido, sólo insinúa, abre un camino, marca una dirección. Nos invita a nombrar con nuevas palabras lo que ya ha venido.

¿Y cuáles son algunas de estas palabras?

- A-sombro
- Pacto Sagrado
- Energía In-versa
- Circulación de la Luz

1. A-sombro

Un fuerte viento del desierto se abatió sobre el mundo del hombre y barrió con los antiguos significados. La tierra quedó desolada y vacía y todos quedamos a la intemperie.

Nietzsche se había adelantado demasiado: “¿Será posible? Ese santo varón, metido ahí en su bosque, ¿no ha oído aún que Dios ha muerto!”. Es el asombro del profeta-filósofo de la modernidad. Nadie lo entendió en ese entonces. No mucho tiempo después otro profeta, esta vez científico, también se asombraba, pero de otra manera: “Una esplendente luz se hizo dentro de mí”. Tampoco lo entendieron (pasarían treinta años antes de que el gran Arthur Eddington comprobara experimentalmente la visión del sabio).

A-contecimiento fundacional de una nueva era: ¡algo extraordinario había ocurrido! Ante el primer resplandor de la luz que ingresa huyen los antiguos dioses y se derrumban los modernos mitos.

Hasta 1945 aún podíamos entender el mensaje de la Revelación al modo de los presocráticos (des-ocultamiento del ser), al modo de los místicos (iluminación espiritual) o al modo de los científicos (alumbramiento intuitivo), pero a partir del primer estallido atómico todo un mundo de valores se vino abajo y la luz de la Revelación ya no se ocultaba tímidamente bajo el velo de la poesía romántica sino que arrasaba la tierra como fuego devorador.

Y hoy nos preguntamos: ¿Qué ha quedado del sistema monetario internacional nacido del pacto de Bretton Woods? ¿Qué ha quedado de la Alianza para el Progreso, de la Internacional Socialista? ¿Qué ha quedado de la Revolución Verde? Y el asombro crece. ¿Qué ha quedado del antiguo pacto con la naturaleza? ¿Qué ha quedado de la Tierra como morada del hombre?

De todos modos,, los antiguos dioses y los modernos mitos *no* han muerto, han sido desintegrados sólo en parte por la luz que ingresa, han huido al inconsciente colectivo y desde allí, como poder residual, siguen ejerciendo poderosa influencia en el mundo del hombre.

Las cosas ya no son como antes. Tenemos otra mirada. ¡Y nos volvemos a asombrar! Algunas cosas claras se van *antes* de volverse oscuras, y otras oscuras se quedan para volverse más oscuras: doble faz de un movimiento único de Revelación Re-velad a.

Cada vez vemos más claro (aunque de momento a momento se nos haga más oscuro) que en medio de las turbulentas aguas de la vida ha nacido algo nuevo: ¡gestación divina en la materia humana!

¿Cómo no nos habíamos dado cuenta antes?

De golpe se abrieron nuestros ojos: el mundo ya *no es* lo que parecía. Lo que los padres de la ciencia moderna vieron en la frontera entre dos mundos también lo vimos nosotros (aunque no pudiéramos explicarlo en lenguaje técnico): el misterio de la luz, la actividad intrínseca de la materia, la degradación de la energía, las fluctuaciones críticas de la vida.

Más aún, comenzamos a pre-sentir algo que ellos no vieron: la “otra mitad de la fórmula”, la reversibilidad de los valores, el poder Gen-ético de las revoluciones perdidas.

El A-contecer originario de una cultura o una raza escapa al marco del entendimiento humano, del tiempo y de la historia. Pero nos queda la palabra de los Fundadores que, como huella gen-ética, marca todo un ciclo evolutivo del principio al fin: como una radiación de fondo de microondas en el desenvolvimiento de las civilizaciones. De no ser así, no se explicaría la influencia perdurable de los gigantes del espíritu. ¿Y después de ellos, qué viene? ¿Viene otra cosa o no viene nada! ¿Qué vino después de Albert Schweitzer, el místico en acción que llevó al corazón de África la ciencia de Occidente que cura el cuerpo y la música de Bach que eleva el alma? ¿Qué vino después de Gandhi, el místico revolucionario que llevó a la India la doctrina de la no violencia, la tolerancia religiosa, la economía del trabajo, la humildad y el sacrificio? ¿Y qué vino después de Einstein, Planck, Heisenberg, Pauli? La mayoría de los hombres y las mujeres de hoy no se formulan tales preguntas. Respetan a los Fundadores en el ideal, pero en la práctica lo único que les interesa es que el juego continúe; y cuando el sistema hombre-máquina advierte que el juego termina, de inmediato aparece en la pantalla del espacio virtual el mensaje de seducción: “Inserta coin to continúe”.

De golpe, la luz de la Revelación primera (que hace historia) se oculta a la mirada del hombre, y lo que queda es la historia con minúscula, el espectáculo sin contenido, la palabra sin mensaje, el altar sin fuego, la técnica sin hombre: queda la sombra y viene el A-sombro. El hombre moderno vive en ausencia de Dios. Pero, ¿tendremos que escuchar a Nietzsche: “Dios ha muerto”, o a Isaías: “Por cierto que eres un Dios que se oculta”? Hoy nos encontramos ante el umbral de un nuevo misterio: la revelación de lo Oscuro. Los signos de catástrofe ocultan señales anunciadoras: lo oscuro se vuelve claro y lo claro se vuelve más oscuro que lo oscuro. Dicho de otro modo, la Revelación que alumbra es, al mismo tiempo, una Revelación que A-sombra: RevelaciónRe-velada.

El lenguaje vuelve a tornarse
insuficiente:
hemos penetrado en la
noche oscura de la materia.

Ya no hay aquí cielo ni tierra. Se han apagado las luces de la inteligencia. Un nuevo pacto sagrado señala el camino del hombre.

2. Pacto sagrado

Preguntamos por la piedra angular de la civilización que viene.

Cuando todo ha acabado (por pérdida de sentido), cuando hemos quedado a la intemperie (por desenraizamiento, por ruptura del antiguo pacto con la naturaleza), cuando antes de seguir adelante nos detenemos al borde del abismo, allí, en esa frontera crítica, preguntamos al cielo: ¿sobre qué fundamento edificaremos la nueva ciudad del hombre?

Cuando las filosofías políticas de liberación terminan en guerras de exterminio, cuando el mito tecnológico desemboca en el desempleo universal, cuando la ingeniería financiera que sostiene el desarrollo económico nos lega una deuda imposible de pagar..., en pocas palabras, cuando el alma del hombre ya no encuentra agua para calmar su sed, pregunta una y otra vez dónde encontrar una nueva morada para vivir y para ser.

Y en la espesura del bosque se despeja una respuesta: ya no es posible intentar la reconstrucción del mundo en base al mismo sistema de valores que ha desencadenado la crisis. ¿Acaso un nuevo “contrato social”? ¿un nuevo pacto de Bretton Woods?, ¿un nuevo “pacto ecológico” con la misma naturaleza que hemos destruido?, ¿un nuevo pacto de las Naciones Unidas?, ¿o haremos “pacto con la técnica”, poniendo toda nuestra fe en la ingeniería genética para crear una nueva naturaleza, nuevas plantas híbridas, nuevos animales transgénicos, nuevos corazones trasplantados?

¿Hacia dónde vamos? ¿Al hombre trascendente, o al cibernántropo?

La pregunta ¿hacia dónde vamos? ya no encuentra respuesta. Pero sí podemos preguntarnos ¿dónde estamos? Y la respuesta no tarda en llegar: estamos en el desierto. Las filosofías de la existencia fueron recibidas, sobre todo por la juventud, como mensaje de liberación: ¿una nueva “salida de Egipto”?; pero ante las primeras carencias del alma en el camino del desierto no pudieron responder más que con interpretaciones “al modo existenciario”: la angustia, la nada, el nihilismo, la pérdida de la imagen del mundo. Sólo unos pocos comenzaron a pre-sentir que las “penurias del desierto” se presentaban como señales anunciadoras de una “nueva alianza”.

La nueva biología molecular utiliza el término “nueva alianza” sin mucha precisión lingüística (*coupling, linkage, religio*) para caracterizar un tipo de acopla

miento coevolutivo que se produce en procesos fisicoquímicos y biológicos cuando los sistemas alcanzan un punto crítico de inestabilidad lejos del equilibrio termodinámico: ruptura de simetría, enlace entre procesos cósmicos y biológicos. Los científicos observan en el laboratorio que “algo nuevo” nace en esos puntos críticos, pero la interpretación del fenómeno en términos de una lógica del tiempo (autoorganización) oculta el “pacto implícito” que entra en juego en las “fronteras de catástrofe” de la vida. La teoría de catástrofes y su lógica matemática no alcanzan para explicar el misterio de transformación y sublimación de la vida, pero la investigación científica nos permite hoy comprender que *sin ruptura de simetría no hay evolución* y que *en ciertos puntos críticos de catástrofe de un sistema se anuncian posibilidades para una nueva alianza*.

¿Y qué pasa a escala humana en la evolución antropológica? ¿Qué pasa en las grandes transformaciones de la historia, en las sucesivas “catástrofes” del planeta, en el drama cósmico de creación y aniquilación de mundos? Sólo nos queda la palabra de los Libros Sagrados, las huellas residuales de los cambios de polaridad del campo magnético de la Tierra, la onda de energía residual del primer estallido del universo.

Para comprender lo que pasa en nuestro tiempo, en esta era de fluctuaciones críticas de todos los valores, en este nuevo estado de la materia humana en el escenario del mundo, para comprender todas estas cosas que escapan al cálculo matemático, a la filosofía de la historia, a la ontología del lenguaje, necesitamos conjugar en una lengua única la teoría de catástrofes (que viene de la ciencia moderna) con la idea de Pacto Sagrado (que nos ha sido transmitida por la tradición espiritual de la humanidad).

“No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre” (Gén. 6:3). Y vino el Arca. Y vino el Diluvio. Y vino la señal de un nuevo “pacto con la tierra”. Se trata de “otro” lenguaje, del Mismo lenguaje que se oculta tras el velo de la teoría de catástrofes, de la lógica cuántica, de las estructuras disipativas (Prigogine), de la radiación del agujero negro; es el Mismo lenguaje que comenzamos a *oír* hoy (cuando entramos en el desierto) apenas conseguimos liberar nuestro pensar del “dominio de la lógica” y del “dominio de la técnica”. En todas estas “formas” del lenguaje intuimos la presencia de un mismo “fuego”, fuego que desintegra e ilumina, que destruye y crea; y comenzamos a pre-sentir que la clave para el porvenir de la humanidad no es una nueva teoría del lenguaje (una lingüística) sino una nueva alianza con el potencial genésico del árbol de la vida; así como en genética evolutiva, en los puntos críticos que marcan las grandes transformaciones biológicas la clave no es una nueva teoría de la evolución sino una nueva molécula.

La nota clave de esta “nueva alianza” permanece hoy *in-audible* en medio del ruido de información que agita las aguas de la mente colectiva. Conocimos, sí, el pacto sagrado sellado en piedra en la cumbre del monte: las “tablas escritas por el dedo de Dios” (Éx. 31:18), pero se nos escapa (por sordera espiritual) el Acorde fundante que reúne en un mismo ritmo el canto de las Musas y el código genético.

De la signatura sagrada de la piedra pasamos a la resonancia cósmica de la molécula: molécula analógica.

¡Molécula analógica!

¿Podemos escuchar lo que nos quiere decir esta lengua?

Hemos quedado sin albergue.
El fuerte viento ha cesado.
Sólo escuchamos el rumor
del fuego del hogar.

Habíamos llegado demasiado lejos; hacía mucho tiempo que no oíamos la campana del Templo. La voluntad del hombre se hizo omnipotente, llegó al extremo del conocimiento, la técnica, el poder; pero ni la filosofía ni la ciencia ni tampoco la religión pudieron “guardar” la esencia de lo sagrado. ¿Había llegado el hombre a tomar posesión del árbol de la vida y se sentía igual a los dioses? Moustapha Safouan, discípulo de Jacques Lacan y autor de *La palabra y la muerte*, en una entrevista de Hugo Beccacece para *La Nación* dice: “Los hombres son hoy como divinidades”, y concluye: “La falta de ética de estos tiempos, la inmoralidad, la corrupción en los más altos niveles del poder, tienen sus raíces en una cuestión metafísica: el asalto a la morada de los dioses”.

Hoy (como ayer, como siempre) el Pacto Sagrado restablece el desvío (la desmesura) de los hombres, ángeles y demonios: una poderosa corriente de energía in-versa nos conduce, una vez más, a la cumbre del monte.

3. Energía in-versa

Trato de hacer audible el código energ-ético del mensaje in-audible.

Cuando hablo de Pacto Sagrado, Código Gen-ético, Re-sonancia por similitud, no me refiero a una huella estática del dios en la materia del hombre (como la huella del astronauta en el suelo de la Luna) ni tampoco me remito a una palabra profética perdida en las arenas del tiempo. Quiero descifrar el código de energía-sentido que marca las moléculas de mi propia vida.

Mucho se ha hablado en las antiguas tradiciones, generalmente bajo el velo del símbolo y la metáfora, de una corriente de energía fundamental que crea y destruye los astros del cielo y abre y cierra los caminos de la historia: “zarza ardiente”, “serpiente de dos cabezas”, “kundalini”, “palabra de fuego del profeta”, “espada mágica del héroe mítico”, “fuego sagrado del hogar”. Pero, en nuestro tiempo, a partir de 1945, esa Misma energía sagrada ya no queda prisionera en la roca del Cáucaso sino que ha sido liberada por el ingenio del hombre: a partir de aquí se ha sellado un nuevo “pacto del desierto” (pacto del cual aún no hemos tomado conciencia en cuanto “pacto”). Que el estallido atómico haya sido interpretado como conquista técnica (reduccionismo racionalista) no quiere decir que tras el velo de la energía física no se oculte el mismo poder sagrado que crea y destruye los mundos. Un poco más allá en la investigación, cuando pudimos penetrar en el mundo subatómico y en las colisiones entre partículas, descubrimos la liberación de un tipo de energía que se nos había escapado de las manos: “energía de enlace”, “resonancias de muy corta vida”. Todo esto ocurría en el desierto de Nuevo México, en Hiroshima o en los aceleradores de partículas: ocurría en el camino de la ciencia y la técnica. Pero, al mismo tiempo, se abría otro camino de investigación por dentro y comenzábamos a oír el silbido de la Serpiente de Fuego que circula por los canales invisibles del árbol de la vida: “re-sonancia espiritual”, energía inversa.

Ingresábamos a un ámbito de ciencia e investigación completamente nuevo.

Se trata de descubrir, tanto en el laboratorio del físico, el bioquímico, el biólogo, como en el propio corazón del hombre, ciertos “puntos críticos” de interacción de fuerzas que pueden dar paso a nuevos estados de la materia y nuevas dimensiones de la vida. Hablábamos de “resonancias”. Pero, ¿qué *es* una “resonancia”? ¿Una partícula?, ¿una onda?, ¿un estado intermedio? ¿Es energía?,

¿es materia? Los físicos prefieren decir que se trata de algo que “acontece”. ¿O es algo que se revela? Es curioso; cuando uno se acerca a esos puntos críticos de transición de fase llega a darse cuenta de que el lenguaje se unifica: el físico, el metafísico, el bioquímico, utilizan la misma palabra “acontecer” para aquello que el místico llama “revelación”. Más aún, también nos damos cuenta de que lo que hasta ahora habíamos llamado “enlace” con una significación demasiado romántica, demasiado mística o demasiado mecánica (*bounding Jorces*) conlleva una “nota” energ-ética que habíamos pasado por alto. Bajo esta nueva óptica el concepto mismo de “fuerza” se desploma para ser reemplazado por teorías más abstractas que se formulan como “intercambio de valores-energía”.

A la escala humana en que hoy se despliega nuestra vida, a nivel de las funciones, oficios y herramientas que con-figuran la trama simbólica de la *Gen-ética* social, en el trabajo de los astronautas en las plataformas espaciales, en la investigación silenciosa de los científicos-místicos de la nueva edad solar, toda la teoría de la comunicación tal como la hemos construido hasta ahora cae bajo su propio peso (crisis de incomunicación en el mundo moderno) abriendo el camino a un nuevo lenguaje de re-sonancia cósmica: ritmo de reversibilidad de valores en función de energía in-versa.

Para poner el pie en el camino de la nueva historia no se trata solamente de recuperar la esencia del lenguaje por olvido del ser (tarea metafísica), liberar la energía atómica o controlar la energía de fusión (tarea técnica), sino de asumir una tarea mucho más delicada: liberar la energía humana para no quedar atrapados en las redes del tiempo.

Muchas teorías se han dado sobre “expansión de conciencia”, “desarrollo social”, “liberación espiritual”. Por afirmación de valores, por voluntad de poder, hemos penetrado en el mundo de la materia; ahora nos falta aprender el manejo de la energía in-versa: para encontrar el camino de “salida”. Y “salida” no es evasión, nirvana, éxtasis: es recuperar la “otra mitad” de la fórmula, el poder de creación.

Muchos se preguntarán: ¿Poder de creación para qué: para crear el superhombre o para fabricar el cibernántropo? ¿Para dominar la tierra, o para instalar reactores atómicos y depósitos de basura en otros planetas? No, simplemente para tener vida (porque nuestra alma se está muriendo por falta de vida). ¿Pero acaso la ciencia y la técnica no nos han dado más bienestar, más vacunas, más bienes de consumo, más conocimiento? Sí, pero no nos ha dado más vida. La paradoja de nuestra civilización es que vivimos mejor pero con “energía degradada”. Los fisicoquímicos utilizan este mismo término para indicar aumento de entropía, máximo desorden, pérdida de energía libre. Sí, se puede vivir con energía degradada, pero el precio social es muy alto: hay que compensar la caída cualitativa con más droga, más psicofármacos, más hospitales, más cárceles, más desempleo, más represión.

¡Energía libre! A la escala humana de hoy ya no sabemos muy bien lo que es. Lo único que puedo decir es que es algo más que la libertad sexual, la libertad social, la libertad política, la Libertad de información, y algo más que la filosofía de la liberación.

Una última pregunta. Si, como hemos dicho, ya se ha sellado un nuevo pacto del desierto, si ya se ha quebrado la simetría de la materia, si la casa que habitábamos ha quedado sin sostén, ¿por qué no alcanzamos todavía a reconocer

el Código de la nueva Revelación”? ¡Porque ese Código vibra como lenguaje energ-ético!

Aún no conocemos la geometría de la luz. Sólo entendemos, en parte, el mensaje de la luz que alumbra, pero no alcanzamos a tener noticia de una luz que A-sombra.

Algunos fenómenos “oscuros” (por no decir macabros, siniestros, terroríficos) que configuran buena parte de la patología social de nuestro tiempo pueden ayudarnos, si abrimos bien los ojos, a descubrir la energía inversa de la luz. Cuando las fuerzas de la vida no pueden salir hacia arriba *refluyen* hacia “abajo” y “más abajo que lo bajo”; cuando esto ocurre *vemos* que hay crímenes que ya no son crímenes sino “ritos”, “ceremonias”, “pactos” con fuerzas sub-terráneas (muchos de estos “crímenes” no se pueden esclarecer, porque no hay aquí criminales sino “poderes de la sombra”); y aun hay un “reflujo”, tanto o más peligroso que el anterior (porque se presenta legitimado por la biotecnología), que es el “pacto secreto” con el animal, o el cruce “hacia atrás” de una barrera evolutiva; los *xenotrasplantes* (producción de animales con genes humanos) que se justifican “moral” y “técnicamente” por la falta (en el mercado) de órganos para trasplantes.

¡Reflujo de la corriente de la vida “hacia abajo” y “hacia atrás”! ¿Qué se busca? En el fondo lo que se busca desesperadamente es una “energía degradada” para sostener a toda costa una materia que se derrumba por dentro. Pero eso tiene un límite:

¡Hay un límite a la “corrupción” de la vida!

Nos estamos acercando a una frontera peligrosa: donde termina el discurso filosófico, ético, teológico. La corriente de energía inversa nos ha traído “más cerca que lo cerca”.

También la investigación astrofísica descubre estados de “alta densidad de la materia”: donde las llamadas “partículas atómicas” están más cerca que lo cerca. La filosofía alquímica del Medioevo habría reconocido allí la sustancia del mal, y el esplritualismo moderno hablaría de materialismo extremo. Pero ninguno de estos lenguajes nos aclara el misterio de la “fuerza oscura” de nuestro corazón. Al topar con la barrera de la sombra no entendemos nada, pero presentimos que:

Hay zonas oscuras de nuestro
propio cuerpo
donde la luz queda “atrapada”
por la materia.

Y viene una pregunta: ¿cuál es la ciencia que puede darnos la llave para abrir esa trampa y dejar libre el camino a la circulación de la luz?

4. Circulación de la luz

En la oscura noche resuenan pasos de misterioso alumbramiento.

RevelaciónRe-velada es una Lengua de signos visibles e invisibles, un Código en doble hélice. En genética molecular el ADN transcribe una sola de las hélices. En el lenguaje corriente pasa lo mismo; desde los griegos hemos visto sólo una cara de la Revelación: des-velamiento (*alétheia*), iluminación, mundo objetivo, filosofía del ser. Pero el ritmo, el in-pulso, la respiración de la Lengua fundamental, es la esencia reversible de la vida misma: lo que es ya ha dejado de ser, lo que va a venir ya ha venido, lo oscuro que se había vuelto claro vuelve a hacerse más oscuro que lo oscuro.

El signo de nuestro tiempo nos conduce, por fase in-versa y complementaria de la luz, a conocer el lado oscuro de la vida, el potencial luminoso de la sombra: Stephen Hawking descubre la radiación de agujero negro, Jean Baudrillard dirige su mirada a la “transparencia del mal”. Como momento reversible de la gran expansión de la inteligencia estamos experimentando en carne propia el drama abismal del alma: aquí se gana perdiendo.

Ruptura de simetría hacia abajo, hacia la “noche oscura de la materia”. Dante canta esta reversión de la luz en poéticos versos:

Era tan negro y hondo y nebuloso,
Que hundiendo con fijeza la mirada,
No alcanzaba su fondo tenebroso. (Dante, *Infierno*, IV, 12)

El *I Ching* representa “lo abismal” como el “agua que se precipita desde arriba y origina toda vida en la tierra”. Aplicado al hombre, es el alma encerrada en el cuerpo, lo luminoso contenido en el interior de lo oscuro.

En nuestra era técnica, ¿cómo descubrir el sentido de este doble “código” de la luz?, ¿cómo compatibilizar este abismo existencial, esta noche de la materia, esta tenebrosa oscuridad del alma, esta filosofía del no-ser con el maravilloso cielo de soles que se prenden y se apagan? Se trata de la experiencia en una dimensión que hasta ahora sólo habíamos conocido en mitos cosmogónicos y leyendas heroicas, pero que en nuestro tiempo forma parte de la iniciación espiritual de la humanidad. De alguna manera la ciencia se había adelan-

tado, al revelar la doble faz del mundo físico, y la técnica puso en nuestras manos el láser: rayo que desintegra e ilumina, símbolo técnico de la luz que cura y mata.

La antigua mente, la racionalidad del hombre fragmentado, había separado estos dos reinos de luz y oscuridad; luego intentó unirlos por síntesis dialéctica, sin conseguirlo; la nueva mente los re-une por reversibilidad de valores, por filosofía del ser-y-del no-ser. Al descubrir en nosotros mismos el movimiento Inverso en la circulación de la luz comenzamos a liberar un potencial de energía hasta ahora cautivo en funciones humanas de bajo nivel de conciencia: esta energía liberada por los prot-agonistas del futuro es la clave para poner en marcha la maquinaria sociogen-ética del mundo que viene.

Es una “clave” que hemos perdido, algo muy simple pero de inestimable valor: principio de la “circulación de la luz”. ¿Pero acaso la luz no circula? Esto que parece tan obvio a una lectura superficial del mundo físico se hace cuestionable en función de leyes de la vida; sería como preguntar si en la economía de mercado “circulan” realmente los bienes de la vida. Circula la información pero, ¿“circula” la luz?

¡“Circulación de la luz”! Tema profundo. Aquí tropezamos con una fuerte insuficiencia del lenguaje para nombrar “otro lenguaje”. El maestro Lu Tzu, en *El misterio de la Flor de Oro*, dice: “La luz rota por ley propia si no se interrumpe su movimiento espontáneo”. El *I Ching* nos habla del “movimiento de retorno de la luz cuando la oscuridad ha pasado”. Stephen Hawking descubre que la luz que desaparece en un agujero negro puede, de alguna manera, salir por “efecto túnel”. ¿En todas estas referencias estamos hablando de la misma luz?

Este tema de la “circulación de la luz”, exhumado del antiguo contexto de especulaciones filosóficas y mítico-religiosas, vuelve a la consideración de las ciencias del hombre como “circuito clave” de Gen-ética social. En este circuito de “trans-misión”, la verdad del conocimiento se transcribe en bienes de la vida. Y si hablamos de “*gen-ética*” y no simplemente de “ética” es porque hemos cruzado la barrera metafísica que condiciona el pensamiento habitual y penetrado en la dinámica subyacente de la materia que sostiene la unidad esencial del conocimiento y la vida: “configuración *gen-ética*”. Dicho en otros términos: se trata de sostener la llama con mi propia materia.

Rozamos aquí el misterio de la
radiación, humana:

“cuerpo de luz”.

Es otra fisiología, una alquimia-mística de
reversibilidad de valores:

la única fuerza que puede quebrar el modelo
reduccionista de la sociedad de consumo.

Cuando me dispongo a cruzar la barrera de la sombra y me arriesgo a saltar al vacío en procura de la libertad total, llego a experimentar el misterio de expansión de conciencia-y-radiación de energía: poder atómico del corazón. Trataré de explicarme.

El pensamiento científico (con Einstein, Planck, Heisenberg) había dado un gran salto con la teoría de la “gran unificación de las fuerzas”; el pensamiento fi-

losófico, con otro gran salto (con Heidegger) había llegado a cruzar la barrera de la antigua lógica y tender el puente entre metafísica y técnica; y la investigación biológica (con Prigogine) descubre el salto cualitativo de la materia en función de la irreversibilidad del tiempo. Todo esto fue obra de gigantes: paso extraordinario en la exploración de las ramas del árbol del conocimiento. Pero faltaba tomar contacto con las raíces del árbol de la vida: en las teorías de la “gran unificación” faltaba una pieza clave: el propio corazón del hombre. Mejor dicho, el corazón aún no había sido descubierto: faltaba el salto místico que, por reversibilidad de valores, libera la energía humana que da sentido a la obra.

III. SENTIDO DE LA OBRA

*Caminábamos por el bosque.
Habíamos perdido la huella.
Dejamos de hablar
y nos hacíamos preguntas en silencio:
¿Hacia dónde vamos?
¿De qué lado sopla el viento?
¿Cuál es el sentido de la historia?*

Es lamentable que los sindicatos obreros sólo luchen por el salario y no por la obra.

Pero ¿qué es la Obra? Es sinfonía cósmica, circulación de la luz, creación y destrucción de mundos. Sentimiento de participación en el orden sagrado de la vida.

El lenguaje resulta pobre cuando intenta representar lo que no es representable. Lo que sí podemos decir es que la idea de Obra es algo fundamental que hemos perdido.

Primero fue el Paraíso Perdido. Luego, durante siglos y de la mano de las grandes religiones, no vacilamos en perder el mundo para salvar el alma. Hoy, por el camino de la ciencia y la técnica, hemos conquistado el mundo y perdido el alma. Y cuando comenzamos a perder el trabajo y perder la vida, nos preguntamos, una vez más: ¿Qué es la Obra?

La Obra es algo más que el contrato social, algo más que la fraternidad universal, algo más que la Sociedad de las Naciones, algo más que el mercado común. También es algo más que el trabajo del hombre, porque es la Obra la que otorga sentido al trabajo. Los antiguos mitos asignaron al hombre un lugar en el universo, pero hoy hemos perdido ese lugar y ya no recordamos la palabra de los dioses.

¿Hay algún nuevo Dios por quien
valiera la pena entregar la vida?

¿Por qué vamos a luchar?

- ¿Por el producto bruto interno?
- ¿Por la deuda externa?
- ¿Por las tasas de interés?
- ¿Por las instituciones sin alma?

¡Hemos llegado demasiado lejos! Se han borrado las sagradas huellas que marcaban los caminos de la historia. Hemos olvidado el sentido trascendente de las funciones de la vida. Y cuando detenemos nuestra veloz carrera para escu-

char el rumor de las estrellas no encontramos palabras para decir en voz alta lo que ellas nos dicen en silencio.

Pero cuando nos decidimos a entrar en la gran corriente que mueve los mundos, la Obra nos revela su sentido a través de enigmáticas señales:

- Ruptura de simetría
- Reversibilidad de valores
- Gen-ética social
- *Homo solaris*

1. Ruptura de Simetría

Se ha quebrado el molde.

Hemos penetrado en un nuevo espacio, pero aún no sabemos navegar en él. ¿Cuáles son las señales que marcan el rumbo al caminante?

Es más fácil descubrir huellas fósiles en antiguos cementerios: en muchas rocas ha quedado grabada la dirección que les imprimió el campo magnético de la tierra en la época en que se formaron (paleomagnetismo). Pero hoy la pregunta es otra: ¿hacia dónde apunta la flecha de destino en la materia del hombre?

Heidegger decía en su *Ciencia de la lógica*: “Toda gran obra de un pueblo se lleva adelante por un fuerte estado fundamental de ánimo”. Bastaría con recordar el impulso que llevó al alma griega a penetrar en el corazón de Asia con las huestes de Alejandro, el sueño de Europa cruzando los procelosos mares en las naves vikingas y las carabelas de Colón poniendo el pie en las tierras del Nuevo Mundo, o el ideal de libertad universal de la Revolución Francesa proyectándose como gesta libertadora en los más lejanos pueblos de la tierra. Evidentemente, estas y otras hazañas épicas fueron llevadas a cabo por un “fuerte estado fundamental de ánimo” que logró plasmarse en revoluciones políticas y sociales.

Pero hoy, en la era de la revolución científico-técnica, de la globalización de los mercados, de la red informática, ¿presentimos algún “estado fundamental de ánimo” (a escala global) que nos permita avizorar algún nuevo rumbo en el orden evolutivo de la vida, es decir ya no dirigido a tal o cual obra o emprendimiento de pueblos, naciones, instituciones, sino enderezado a lo que podríamos llamar la “gran obra de la humanidad”? En otras palabras, prestando oído a las corrientes profundas del magma social, ¿llegamos a escuchar el rumor de algún impulso genésico que nos arrastre (como humanidad) hacia otro destino por el cual valiera la pena jugarnos la vida?

Al hacerme yo mismo estas preguntas y sensibilizar mi corazón al sonido inaudible de la luz que circula por dentro llego a darme cuenta de que las “señales anunciadoras del nuevo destino” no vienen como símbolos tradicionales, voces del alma, arquetipos del inconsciente colectivo. Vienen como re-sonancia de nuevos estados de la materia. Porque se ha roto la simetría del mundo. Y se ha quebrado el molde del antiguo lenguaje.

La geometría de la materia marca el límite a la filosofía del lenguaje.

A comienzos de siglo, José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* se anticipaba al tiempo por venir y caracterizaba el advenir como “Huellas sutilísimas en el puro pensamiento, leves rizos que deja en la quieta piel del estanque el soplo primerizo”. En la década siguiente -ya lo dijimos- Heidegger reconoce el impulso que mueve a las grandes obras de los pueblos como “estado fundamental de ánimo”. Todavía hasta 1968 estas “señales anunciadoras”, sea como “soplo primerizo en el pensamiento” o como “estado fundamental de ánimo”, tenían alguna vigencia. Pero a partir de entonces, con el desplome de las revoluciones de la juventud, el predominio de la civilización técnica y el diluvio de la información, se multiplicaron las voces sin mensaje y se apagaron las luces del corazón. Hoy ya no hay lugar para el “puro pensamiento” ni se advierte ningún “estado fundamental de ánimo” que, como señales anunciadoras, nos marquen el rumbo a una aventura del espíritu. Lo único que quiere la actual sociedad “que hace masa” (Jean Baudrillard) es que el espectáculo continúe: *inserí coin to continué*.

¿Ha desaparecido la “Gran Obra” como función esencial de la vida? No, pero la hemos perdido de vista.

Este “sentido de la Obra” ya no lo podemos recuperar por alguna nueva “cosmovisión” científica, filosófica, religiosa, por algún nuevo contrato social o algún nuevo ordenamiento político-técnico del mundo, sino que lo estamos recuperando (muy duramente) por un “sacrificio colectivo”. Porque no sólo la luz de la inteligencia unifica la visión del mundo: ecuaciones matemáticas de la “gran unificación”, sino que también el Sacrificio, desde los abismos de la materia, genera una “comunicación in-visible” entre todos aquellos que no tienen registrado su nombre en los archivos de la historia. Y a partir del sacrificio volvemos a recuperar el sentido de participación en la Gran Obra: con los que son, los que fueron y los que vendrán.

La ruptura de simetría de la materia ha dejado nuestra casa sin sostén. Lo que *es* ya ha dejado de ser (recuérdese *La sociedad de los poetas muertos*), y lo que fue volverá a ser (“retorno de los mensajeros del espíritu”). Y en este contraste de luces y sombras en la frontera del tiempo iniciamos la gran obra de “re-construcción del templo” con una nueva herramienta: reversibilidad de valores.

2. Reversibilidad de valores

¿Cuál es la clave simbólica de la civilización que viene? ¿Irreversibilidad del tiempo o reversibilidad de valores?

Ya no vivimos en el mismo mundo. Castañeda lo dice de otro modo: “Se ha movido el punto de encaje de la conciencia”. Que es como decir: “Se dividieron las aguas”. Esta ruptura de simetría, este cambio de dirección de la flecha de sentido (entre los que van y los que vuelven), es la raíz del des-concierto existencia! del hombre posatómico. No se trata de otra filosofía sino de “otro ritmo”, otro código Gen-ético, otra materia.

Nuevo instrumento orgánico para explorar otros caminos del universo y la vida.

¡Reversibilidad de valores! Función incipiente, recién nacida. No es un concepto. Es el “pulso”, el “latido”, el “ritmo” de una lengua olvidada: Dante encuentra a Adán en el Paraíso quien le dice:

Del idioma que hablé, perdióse cuenta... (Dante Alighieri, *Paraíso*,
XXVI, 124)

El mayor error que podríamos cometer sería apresurarnos a construir una teoría antes de disponernos a “escuchar” lo que esa lengua madre nos quiere decir.

La dialéctica de los opuestos ha silenciado el canto de las Musas. El nuevo lenguaje de reversibilidad de valores devuelve “sonido” (música) al flujo de las ideas: Re-sonancia humana al A-corde fundamental de la Lengua. Quizá, como diría Heidegger, hemos venido demasiado pronto para hablar de estas cosas.

Este modo de “no-decir-diciendo” no nos lleva hoy a una nueva Teogonía (al modo de Hesíodo), a una nueva poesía-mística (al modo de los trovadores románticos) o a una nueva metafísica hermenéutica (al modo de Heidegger), sino que nos *trae* a la escucha de una “fisiología” de resonancia. Dicho en otros términos, comenzamos a “oír” los primeros acordes de la Lengua Madre olvidada, pero ahora resonando en el teclado simbólico de nuestra propia biología molecular: es un llamado a participar en la nueva creación del mundo.

Reversibilidad de Valores, en cuanto lenguaje de re-sonancia de la nueva edad, significa algo más que el comienzo de una nueva historia: es “otro inicio”.

Recuerdo a Josué y la toma de Jericó: ‘Tenía Jericó cerradas las puertas y bien echados sus cerrojos por miedo a los hijos de Israel, y nadie salía ni entraba en ella’ (Jos. 6:1). También la ciudad del hombre terrestre tenía bien cerradas sus puertas y bien echados sus cerrojos, pero las “siete trompetas resonantes” ya han derribado sus muros: se ha producido una “fractura de mundos”. No hay aquí lugar para una teoría del lenguaje: porque la catástrofe viene antes que la teoría. La teoría microbiana de Louis Pasteur no pudo prever el derrumbe del sistema inmunológico por acción del sida: porque el sida habla otro lenguaje. La poesía romántica de diálogo con la Naturaleza no pudo prever la destrucción de la naturaleza por la técnica: porque la técnica es un poder que el hombre no domina. La expansión de la conciencia psicodélica de los jóvenes de la década del 60 no pudo prever la destrucción de los mismos jóvenes por acción de la droga: porque la droga habla en un lenguaje químico que el *logos* griego no entiende. ¿Qué había pasado en tan pocos años? Algo muy simple: habíamos entrado en una fase de resonancia cósmica.

Pero la resonancia cósmica
no canta en clave de Sol:
¡es el Sol mismo!

Quizá para acercarnos a este lenguaje de resonancia que de momento a momento cambia las fases del mundo en que vivimos y somos, convenga prestar oído a la “teoría de significado” de la nueva física.

Comenzamos a “oír” el significado como señal de poder: como ingrediente imponderable que marca la dirección del tiempo y cambia la organización de la materia. Veamos si es posible aclarar un poco más esto que escuchamos.

La física experimental nos enseña que a bajísimas temperaturas algunas sustancias se comportan como *superfluidos*, y otras a muy altas temperaturas se transforman en *plasma*. ¿Pero qué pasa en el mundo del hombre cuando el magma social alcanza “presiones” y “temperaturas” críticas? Pre-sentimos, sin poder demostrarlo, que la vida humana está experimentando hoy una transición de fase: ruptura de simetría por “sacrificio de materia y radiación de energía”. Quizá estemos preparando, a escala global, “otra” materia: con menos resistencia al paso de la luz y más sensible a las señales del cielo y a las voces de la tierra.

Otra materia: materia/energía/significado de geometría reversible que nos permita acceder a dimensiones más elevadas de la vida. Es “otra” corriente, “otra” clave, “otro” movimiento, “otra” lengua.

No encontramos forma, imagen, geometría que pueda representar el juego de este protomovimiento. ¿Reversibilidad de valores? Pero ¿qué *es* reversibilidad de valores? Podría decir que es un movimiento que “reúne”, pero el lenguaje queda enseguida corto al no poder nombrar con una palabra única la fuerza que une y des-une.

La “reversibilidad de valores”, en cuanto movimiento de la Lengua Madre, no puede hacerse “audible” dentro de las habituales interpretaciones del pensamiento filosófico: de un marco ideo-lógico pasamos a una función *genética*.

3. *Gen-ética social*

Es hora de pasar de la geopolítica a la sociogenética. Se trata de un giro por in-plosión: vuelta hacia adentro a partir de un punto crítico en el camino del tiempo y la historia. ¿Quiénes son los prot-agonistas en este gigantesco movimiento de geometría in-versa?

Comenzamos a vislumbrar la con-figuración sociogen-ética del mundo que viene.

El diseño del nuevo organismo social no se hace visible en el espacio del hombre fragmentado, en el escenario de la geopolítica de las naciones, en las redes teleinformáticas, en el mercado de capitales, en los laboratorios de ingeniería genética. Es una protofunción, su código *gen-ético* está en otra parte (sin dejar por ello de estar aquí, pero oculto, irreconocible). Los “genes rectores” que dirigen el desarrollo evolutivo de la sociedad, que activan o bloquean el sentido de los acontecimientos, estos promotores *genéticos* no están en los acontecimientos sino *entre* los acontecimientos, *entre* las fases, *entre* las moléculas; allí, en el “inter-medio”, se revela una clave de poder que pre-sentimos sin llegar todavía a comprenderla (ni mucho menos a manejarla) pero que desestabiliza-activando la organización del antiguo sistema.

En genética molecular descubrimos “mensajeros químicos” (moléculas con alto poder de inteligencia que operan como “catalizadores” en los procesos de la vida orgánica: ARN mensajero, AMP cíclico). En *genética* social comenzamos a intuir la presencia de “mensajeros simbólicos” (si pudiéramos llamarlos así) que tras el velo de los acontecimientos sociales, políticos, económicos de la actual sociedad en crisis señalan una nueva dirección a las corrientes de la vida. De pronto un personaje, un virus, una droga, una información, se trans-figuran en símbolos de poder (como si fueran “in-vestidos” con atributos que en otros tiempos representaron el poder de reyes, sacerdotes, héroes, alquimistas): mensajeros humanos, suprahumanos, infrahumanos.

Más allá de la *República* de Platón, de la *Civitas Dei* de San Agustín, de *El contrato social* de Rousseau, del *Manifiesto* de Karl Marx, de la “aldea global” de Marshall McLuhan, comenzamos a vislumbrar “funciones”, “oficios” y “herramientas” hasta ahora desconocidos, mejor dicho, “progenes” de una matriz social arquetípica que ha permanecido hasta ahora oculta tras el velo de la democracia política y el genoma social.

Las revoluciones sociales no van más allá del límite que les marca su propio potencial sociogenético. El alma desilusionada de la humanidad siente hoy la necesidad de cruzar esa frontera, pero los conductores políticos no tienen la llave para abrir la puerta. Al no encontrar un camino de salida (sociogénesis evolutiva), la vida se vuelve contra la vida, la corriente social cambia de signo (energía inversa) y desembocamos en la enfermedad de adaptación:

Para pagar la deuda contraemos más deuda.
Para asegurar la salud de los pocos
dejamos sin amparo la enfermedad de los muchos.

La patología social de nuestro tiempo ya no se resuelve con más cárceles, más represión, más hospitales, más basureros nucleares, más ingeniería genética; tampoco se resuelve con nuevas filosofías sociales o nuevas doctrinas políticas. La clave es un código genético. En términos de genética molecular diríamos “moléculas mensajeras”. En términos de sociogenética hablaríamos de “mensajeros de trans-cripción”: promotores del futuro que transcriben los genes latentes de la humanidad que se nos ha adelantado (matriz social arquetípica) en funciones, oficios y herramientas del cuerpo social naciente. Los mensajeros abren nuevos caminos de comunicación en una materia social que se ha vuelto permeable a la circulación de la luz. Y el Mensaje de la luz, por intermedio de tales “mensajeros”, se convierte en bienes de la vida: economía pro-videncial de desarrollo humano.

¡Genética social! Convergencia de corrientes sociales y espirituales en un punto de transición de fase entre los valores del alma y la química de la vida. Energía de re-sonancia entre la matriz arquetípica de la humanidad (su *corpus mysticum*, si pudiéramos llamarlo así) y las corrientes sociales de avanzada de los distintos pueblos de la tierra.

¡Campo unificado de fuerzas!
No sólo luchan los hombres:
también los dioses y los demonios.
La guerra de liberación ha cambiado de signo.

De *Homo terrestris* pasamos a *Homo solaris*.

4. *Homo solaris*

¿Símbolo mítico-sacerdotal de antiguas tradiciones? ¿O nueva molécula de la vida?

Antes de que comenzara la carrera del espacio, *antes* de que los sabios de la tierra pensarán en naves tripuladas rumbo a planetas lejanos, *antes* del primer estallido atómico, *antes* de la teoría de la relatividad, cuando ya se divisaban en el horizonte de la historia señales de que el patrimonio genético de la humanidad corría peligro, unos pocos de los que veían lejos (mensajeros del Grial), *antes* de que cayera la noche, “se habían retirado al desierto en busca de la palabra perdida”. Dejando atrás los hollados caminos de la ciudad del hombre, respondían al místico llamado de las estrellas.

Habían caído los antiguos dioses, la luz de la inteligencia no alcanzaba a expulsar las sombras del alma y poderes tenebrosos ocupaban el escenario del mundo. ¿Fin de la historia? El hombre se derrumbaba por dentro (por falta de sentido) y la corriente de evolución agotaba su energía en contradicciones sin fin. No era la primera vez que la selección natural se enfrentaba a una crisis energética, y no sería la última vez que las fuerzas profundas de la vida responderían al desafío con una variación del código genético. La genética evolutiva nos ha hecho conocer más de una de estas transiciones de fase entre mundos biológicos diferentes, y hemos aprendido que en cada una de estas fronteras críticas una “molécula clave”, ARN, ADN, clorofila, hemoglobina, toma el comando del nuevo ciclo de la vida. Todo esto pertenece al orden de la naturaleza y siempre estuvo en manos de la naturaleza. Pero ahora era el hombre quien debía responder (como cuerpo orgánico de humanidad) al desafío cosmoevolutivo: se trataba de crear un nuevo orden sagrado del mundo.

Ya no era sólo cuestión de cultura, de mestizaje, de civilización y barbarie, de guerras de la independencia o revoluciones sociales, de ciencia y tecnología. Se trataba (se trata) de elevar la *humus socialis* a niveles superiores de energíaconciencia para que la vida humana deje de arrastrarse sobre la tierra y ocupe su *lugar* en el espacio cósmico recién abierto. Las antiguas cosmogonías americanas simbolizaron esta “salida” con el emblema de la Serpiente Emplumada. La tecnología de la era posatómica construye plataformas en el espacio para ser habitadas por el hombre posterrestre. Pero la real “salida de la tierra” no viene a

darse hoy por un drama mítico o una epopeya técnica, sino por transmutación de la propia materia oscura del hombre. Bien podríamos decir que la Operación Solaris no se representa hoy simbólicamente en las cumbres de las montañas sagradas ni se vive en el ciberespacio de la ciudad técnica sino que se “prepara” alquímicamente en el taller de Vulcano de la Tierra profunda.

¿Quiénes son los Prot-agonistas (“moléculas mensajeras”) que asumen la función de “heraldo-experimento” en la dramática conjunción de fuerzas del cielo y de la tierra? Difícil identificarlos. ¡Ellos han elegido la misión del Sacrificio!

Los teóricos en genética evolutiva explican estas transiciones de orden como “mutaciones moleculares al azar”. A una mirada profunda las cosas no son tan simples. El materialismo histórico postula -por la dialéctica de los opuestos- un progresivo ascenso hacia la luz. Y la tradición espiritual nos habla del “dios despedazado y muerto y vuelto a nacer por el Amor de la Isis-madre”. Pero todos estos aspectos de gestación de nueva vida requieren hoy un lenguaje unificado que re-una la visión profética y el pensamiento científico.

El nuevo código del lenguaje no viene de la ciencia, la filosofía, la lingüística. Viene de la vida misma. Es la vida la que habla hoy un nuevo lenguaje: pero hay muchos que tienen oídos y no oyen, tienen boca y no hablan. Sí, hay que subir en busca de más luz, pero para poder subir hay que bajar en busca de una nueva materia. La falacia del espritualismo antiguo y de la técnica moderna es suponer que se puede “ascender al cielo en cuerpo” con la misma materia que teníamos en la tierra. La “cooperación de genes” (en genética evolutiva), la estrategia del poder (red informática), no alcanzan para crear una nueva materia.

Operación Solaris es algo más que una nueva constelación arquetípica (signo de Acuario) o un nuevo mito solar. Se trata de la plasmación de una nueva “protomolécula”: nuevo código *genético*, nuevo Pacto Sagrado.

Esa “llave” simbólica es un “puente”, como la hemoglobina, como la clorofila: función de “enlace” entre mundos hasta ahora separados. Los pontífices, los reyes-sacerdotes, hicieron de puente, de “moléculas mensajeras” en las grandes fases de la genética sagrada de la humanidad. Y hoy, ante señales de alarma por la degradación de la vida en el planeta, comenzamos a darnos cuenta de que para que “la poesía vuelva a encarnar en la historia” (utilizo aquí una feliz expresión de Octavio Paz), para que esa “encarnación” se produzca ya no es suficiente la poesía mística, la filosofía política, la revolución social, el mito religioso, sino que se requiere una “molécula sagrada” (no una nueva iglesia) para que “ten-gamos vida”: para que podamos re-unir en forma real y efectiva (y a eso llamo “encarnación” de la poesía en la historia) los valores del alma con la química de la vida. La nueva religión (si todavía queremos darle el nombre de “religión” a las nuevas funciones de la vida) tendrá que ser algo tan natural y tan sagrado como la respiración (que también simboliza, en la biosfera, el enlace entre mundos diferentes).

¿Hay alguna señal en el mundo de hoy que nos permita reconocer a *Homo solaris* como variedad cualitativa en la *genética* de poblaciones? Sí, por los alimentos que consume.

Homo natura se alimenta de los frutos de la tierra.

Homo informaticus se alimenta de información.

Homo solaris se alimenta de luz.

Pero este “alimentarse de luz” no debe entenderse al modo del iluminismo antiguo (alumbamiento del alma), sino como una función de la vida humana enteramente nueva (desintegración-iluminativa de la materia): “oficio sagrado” en la genética social.

El hombre *antiguo*, sea el hombre del desierto, del burgo o de la ciudad, estaba vinculado al suelo, a la naturaleza, al *anima mundi*.

El hombre del *Renacimiento* descubre el mundo, quiere ser hombre universal y reclama su derecho a la autonomía del pensamiento, a la libertad política.

El hombre *posmoderno* es el hombre de la voluntad de poder (y de la angustia existencial).

¿Y el *Homo solaris*? ¡Es un recién nacido, difícil de definir! Un místico en acción: ama y comprende. Trabaja en silencio desde el interior de su propia materia: como el fermento en la masa, como la sal de la tierra. A escala social es un desconocido.

En genética social *Homo solaris* es una “divisa”, una “molécula puente” entre dimensiones de la vida por largo tiempo vislumbradas y pre-sentidas pero no conocidas ni vividas. Las moléculas clave que nos dieron vida durante eones de evolución (ADN, Hb, clorofila) nos resultaron útiles para “poseer la tierra y sojuzgarla”, para procrear y multiplicarnos, pero no bastan para poner alas a la serpiente.

¡Serpiente Emplumada!

Poderoso símbolo solar de transfiguración de la vida que encontramos en los antiguos templos de Mesoamérica: cabeza humana saliendo de la cabeza de la serpiente. Es la “otra” serpiente. Nuestra cultura de cuatro dimensiones sólo se quedó con la Serpiente del Paraíso: la “mitad de la fórmula”. El Evangelio da testimonio de la transfiguración solar del Hijo del hombre: “Y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz” (Mt. 17:2); pero el cristianismo no fue receptivo a esta señal anunciadora del nuevo eón, y se quedó con el martirio de la Cruz. También Juan, en el Apocalipsis, tiene la visión de la “mujer vestida de sol” como señal de la llegada del reino de Dios después de que el séptimo ángel toca la trompeta (Ap. 12:1). Pero no quiero detenerme en la simbología del hombre-sol. El *Homo solaris* es algo más que un símbolo de antiguos cultos, algo más que un arquetipo del inconsciente colectivo, algo más que una metáfora de transfiguración de la oruga en mariposa; su fundamento esencial es una “molécula sagrada”: molécula-código de funciones humano-divinas. No podemos tomar punto de apoyo en la estructura biológica-mental del *Homo sapiens* para explicar, por leyes de bioevolución, el nacimiento del *Homo solaris*: *Homo solaris* no se explica por evolución, se revela por Advenimiento.

Veamos un poco más de cerca qué entiendo por este *advenir* de una era solar.

El dilema de nuestro tiempo ya no es civilización o barbarie, liberalismo o socialismo, alta productividad con desempleo o igualdad social con baja competitividad en el mercado global. La lógica del sistema (de cualquier sistema) ha desembocado en una paradoja: pobreza estructural en medio de la abundancia. Este dilema es sólo el rostro económico-social de una fractura del orden sagrado de la vida, fractura que ya no puede ser salvada por la filosofía política o las leyes económicas del mercado. La respuesta viene de “otra” parte: viene del en-

cuentro entre el *Homo sapiens* que asciende a la cumbre del monte en busca de más luz y *Homo solaris* que desciende del monte trayendo la luz: *mysterium adventos*.

En este espacio sagrado de encuentro entre el tiempo de la historia y la Palabra de adviento se inicia hoy la re-construcción del Templo.

UNA PAUSA EN EL CAMINO

¡Y volvemos a escuchar!

Diótima, la mujer inspiradora, el eterno femenino,
a Hiperión, el anunciador:

¿Sabes qué es lo que te consume,
lo único que te falta,
lo que te entristece en todas tus tristezas?

Es algo que no ha desaparecido sólo algunos años;
no se puede decir exactamente cuándo existió
ni cuándo desapareció,
¡pero existió, existe, está en ti!

Friedrich Hölderlin, *Hiperión*

¡Existió, existe, está en ti!
Está en el *alma*:

Al cabo de una larga noche del espíritu,
cuando todo se había acabado,
cuando sentí en mis entrañas el dolor del abandono-Dei
y la soledad del exilio,
de golpe me di cuenta de que Ella,
la amada *abscondita*,
tras el velo del mundo sin estrellas,
me hablaba en el enigmático silencio
de la Lengua Madre.

Está en la *sociedad*:

En la promesa de los desaparecidos.
En el potencial genético de las revoluciones perdidas.
En el fermento evolutivo del *sacrificio* de los inocentes.
En el descenso de los ideales a las raíces profundas del árbol de la vida.
En el Trabajo creador de los obreros de la Tierra.

Está en la *historia*:

En la memoria libertaria de los pueblos.
En la voz de los profetas, los sabios y los santos.
En el desplome de los imperios.
En el Retorno de la Luz.

IV. RE-CONSTRUCCION DEL TEMPLO

¿Qué es el Templo?

*Espacio interior del mundo.
Todos queremos llegar allí:
renovar nuestro pacto
con el Amor, la Verdad, la Vida.
Pero el camino
se ha vuelto casi irreconocible:
hemos perdido la huella
de lo sagrado.*

RE CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO

Hubo un tiempo de creación del mundo y renovación de la vida, cuando la palabra divina resonaba en el corazón del hombre: “Hazme un santuario y habitaré en medio de ellos” (Éx. 25:8). Y los sacerdotes y los obreros de la Tierra edificaron el Templo. Y el Templo estuvo “lleno del espíritu de Dios” y fue el lugar de la revelación, de la ofrenda, de la consagración: un lugar donde “el hombre hablaba con Dios como un hombre habla con su amigo”.

Pero hoy la rueda del tiempo gira en sentido inverso y hemos perdido la imagen del mundo. Los templos han quedado vacíos y nadie custodia el fuego sagrado. ¿Cuál es la “función” del templo? La diosa Razón ocupó el lugar de la “nube sobre el Tabernáculo” y el sonido estridente de la guitarra eléctrica expulsó los acordes del órgano litúrgico. Todavía hasta la época de las Cruzadas -en tiempo de penuria del alma colectiva- fue posible concebir y poner en marcha una gigantesca peregrinación a Tierra Santa para rescatar el Santo Sepulcro (porque la religiosidad cristiana de Occidente había preservado símbolos tradicionales: Tierra Santa y *sacro speco*). Pero hoy, en un mundo sin señales, donde todos los lugares son un “no lugar” y donde la Tierra misma ha sido desacralizada por el hombre, los millones de sobrevivientes de la “catástrofe de sentido” se preguntan: “¿Dónde está el Templo?”.

Y una Voz silenciosa resuena en la caverna del corazón: *¡No está aquí!*

En este “no está” se simboliza la tremenda oscuridad espiritual de la época que vivimos. Hemos rozado una onda de abismo existencial y desimbolización del mundo.

¡Desimbolización del mundo!

Algo más que una pérdida de valores éticos, estéticos, religiosos; algo más que una “decadencia de Occidente” (a lo Spengler); algo más que un “fin de la historia” (a lo Fukuyama); algo más que “vaciamiento de sentido y neurosis de masas del mundo moderno” (a lo Viktor Frankl). Desimbolización radical del mundo es una verdadera “catástrofe” del *anthropos*: funciones enteras se vienen abajo, la vida del hombre sobre la Tierra se vuelve intolerable, el “pacto social” ya no resulta suficiente para regular el derecho, el trabajo, la economía y mucho menos para otorgar sentido a la existencia. No es nada extraño que en una Tierra seca y sin luz, cuando los antiguos Dioses se han retirado y nuestros ídolos

se han derrumbado, el hombre, para seguir viviendo (sin alma) termine alimentándose de basura.

Y surge de inmediato una pregunta. Cuando una cultura, una filosofía, una política, una ciencia, una religión, ya no pueden dar pie al desarrollo de la conciencia, ¿dónde encontrar un soporte adecuado para mirar más allá del horizonte?

Siempre hubo (hay) una *fuerza* que se resiste a morir en castillos de piedra.
Siempre hubo (hay) un *pueblo* que escuchó (y escucha) una Voz diferente:

Escucha, hija, y mira;
inclina tu oído
y olvida a tu pueblo y a la casa de tu padre.
Salmo 44

Siempre hubo (hay) una *vanguardia* que quiere liberarse para liberar:

Volveré y seré millones.
Eva Perón

Siempre hubo (hay) un *grito* de liberación:

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo,
ande hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo.
José Hernández, *Martín Fierro*, I

Pero si siempre hubo (y digo que hay) un “pueblo”, una “vanguardia”, una “fuerza de liberación”, ¿dónde está hoy ese “pueblo”, esa “vanguardia”, ese “grito”?

¡No está aquí!

No está en el mundo de los mercaderes del templo. Está en el Templo.

Es una corriente espiritual que viene del Templo a fecundar la Tierra, a restablecer el orden sagrado del Mundo. Viene como *progenie* (pro-gen) de un nuevo código gen-ético: Lengua Madre que codifica funciones, oficios y herramientas de la civilización que viene. Y vuelve al Templo como onda de transfiguración de la materia: vuelve sin haber salido del seno de la Madre.

Y vuelve la pregunta. ¿Qué *es* el Templo?

¡El Templo!

Una idea grandiosa.

Un sentir profundo.

Una sin-fonía cósmica.

No tengo palabra para representar la Arkhitectura simbólica del Templo. Pero puedo seguir preguntando.

¿Qué lugar tiene el Hombre en la Arfchitectura del Templo?

Comenzamos a pre-sentir la unidad orgánica del Templo en el hombre y del hombre en el Templo. Podríamos decir que como “pro-gen”, idea simple, corazón

del mundo, el Templo es un código sagrado no representable. Pero eso no quiere decir que sea un ideal inaccesible, un espejismo en el desierto del mundo, una realidad virtual en la pantalla de la mente colectiva; tampoco podemos decir que sea solamente un recinto de piedra, una ceremonia litúrgica o un lugar de paso. ¿Y entonces, qué lugar tiene el hombre en la *Arkitectura*. de esa Idea grandiosa, de este sentir profundo, de esta sin-fonía cósmica?

¡Darle vida sobre la tierra!

Darle “albergue” en su corazón: para que la divinidad que pre-siente tras el velo de todos los símbolos se transforme en pan para los que tienen hambre y agua para los que tienen sed. Y a esta transmutación de la esencia divina en valores y bienes humanos llamo “re-construcción del Templo”.

Y surge ahora una pregunta que reclama urgente respuesta. ¿Qué valor práctico puede tener hoy esta re-construcción del Templo cuando “lo que hace falta” es construir más casas, más hospitales, más escuelas, más fábricas, más cárceles, más basureros nucleares? Dicho en términos aun más críticos: cuando la tierra se incendia, ¿qué es lo urgente: apagar el fuego o re-construir el Templo?

Para contestar esta pregunta dejo la palabra a Heráclito, quien algo sabía de “fuego”: “Más hace falta extinguir la desmesura que un incendio”.

Se ha perdido la “justa medida”: el hombre ha tomado su propia voluntad de poder como medida de todas las cosas. La re-construcción del Templo se inicia con el desvelamiento del “canon sagrado” (proporción divino-humana) que corresponde al nuevo signo del tiempo.

¿Cómo se anuncia y cómo se despliega este código sagrado en los caminos de la historia recién abiertos?

Como:

Cuerpo alternante
Lengua madre
Ópera magna
Canto de los no nacidos.

1. Cuerpo Alternante

Un A-corde Sagrado resuena en el corazón de la materia.

Una Voz In-sonora se traduce en funciones humanas.

Ya no vivimos en el mismo cuerpo.

Si yo tuviera que resumir en pocas palabras la clave metafísica de la crisis del mundo moderno diría que se trata de una “crisis de fundamento”: la casa que habitábamos ha quedado sin sostén. Por más de dos mil quinientos años, por los caminos de la filosofía, las ciencias particulares, las religiones, veníamos buscando una “piedra fundante”, una base segura sobre la cual edificar el templo del saber y construir un arca de salvación del alma. Pero cuando el pensar sistemático, apoyándose en el “principio de razón suficiente”, creyó haber encontrado esa tierra firme, cuando todo parecía seguro y claro a la luz de la matemática de la ciencia y la filosofía de la historia, cuando “Dios había muerto” y la diosa Técnica había ocupado su lugar, cuando todo parecía incommovible, de repente se apagaron las luces del teatro y quedamos a oscuras: la “piedra” que teníamos por fundamento se hundió bajo nuestros pies, quedamos sin “hogar”, a la intemperie, y el alma experimentó por primera vez a escala global la angustia abismal de la existencia y la pérdida de la imagen arquetípica del mundo. De golpe “lo cierto” se volvió “incierto”.

Pero cuando el tiempo del antiguo eón tocó a su fin, una maravillosa resonancia luminica alumbró la noche del mundo. ¿Qué había ocurrido? ¡Un instante de Revelación!

Unos hablaron de “giro copernicano de la fuerza”. Otros de “resonancia cósmica”. La misma Tierra, ¿“se había movido”? Los antiguos sabios no vieron nada, no oyeron nada y lo negaron todo, pero los “nuevos videntes” (como diría Castañeda) respondieron como Galileo: “Eppur si muove”. El sentido de las palabras se volvió otro; la conmoción del alma anunciaba un nuevo signo del tiempo. Los padres de la física moderna anunciaron la nueva edad en lenguaje profético-matemático: “doble faz del mundo físico” (partícula-onda, materia-anti-materia), “principio de incertidumbre”, “mecánica cuántica”. De todos modos, pronto nos daríamos cuenta de que las ecuaciones matemáticas y los modelos cosmológicos sólo representaban “la mitad de la fórmula”. Pero no nos adelantemos.

A partir del estallido atómico y la investigación experimental en el mundo subatómico, todo el edificio conceptual de la antigua ciencia se vino abajo y se operó un giro en la dirección del pensamiento; de estructuras objetivas formales se pasó a principios esenciales: filosofía de la filosofía, metafísica de la metafísica, epistemología de la ciencia. Y vino la técnica con su “mensaje de salvación”, con sus códigos informáticos, sus computadoras, sus robots industriales, su red electrónica de circulación del dinero, su mensaje de desempleo. Por un momento creímos tener en las manos la sabiduría de los dioses para edificar sobre bases firmes la nueva ciudad del hombre: habíamos encontrado en los circuitos cibernéticos de la diosa Técnica un fundamento más real, más efectivo, más “cierto” que los antiguos principios, ideales y sueños de filósofos, poetas y místicos. En pocas décadas la técnica cambió la faz del mundo, pero pronto nos daríamos cuenta de que “el poder de la técnica es algo que el hombre no domina” (Heidegger). Y comenzamos a pre-sentir que en nuestro afán por conquistar el universo habíamos perdido el Tabernáculo que codifica las funciones sagradas de la vida.

Habíamos quedado expuestos a un “viento cósmico” devastador:

A-sombro ante la extrema cercanía de una luz que se oculta a nuestra mirada.

¿Qué había ocurrido?

Se había quebrado la barrera cósmica, se derrumbaban los imperios de la tierra, se dispersaban los pueblos a los cuatro vientos. ¡Habían huido los antiguos dioses, quedaba un alma desilusionada! Un A-corde sagrado resonaba en el interior de la materia.

Pasarían muchos años de trabajo en el laboratorio de mi propio cuerpo antes de que me diera cuenta de que mi corazón también había estallado.

Y comprendí que el corazón del hombre

No es una bomba mecánica.

No es una pieza de repuesto.

No es una caverna poblada de sueños.

“¡Era un lugar sagrado y yo no lo sabía!”

Esta idea de “lugar sagrado” habría de orientarme en la búsqueda de “funciones” del Templo que habían quedado ocultas a la mirada de la investigación teológica: funciones sagradas del Templo en el hombre.

¿Pero qué *es* entonces el Templo?

Ya *no es* un lugar: es una fuerza viva. ¿Por qué “viva”?

Porque es una corriente que baja de la montaña y no se detiene en el valle. ¿Podemos acaso decir que es un puente ideal entre el cielo y la tierra, o quizá una “tierra prometida”? Muchas son las palabras y figuras del lenguaje que en el curso de la historia hemos utilizado para nombrar esta “Fuerza” que viene a nosotros, quiere habitar entre nosotros y hablar con nosotros; pero hoy nos damos cuenta de que la misma corriente que descende de la montaña barre con las imágenes de los templos que hemos edificado sobre la arena. Dicho de otro modo, la esencia del Templo se nos escapa de las manos. Y viene una última pregunta: si la tarea que tenemos por delante es re-construir el Templo, ¿dónde encontrar el plano original? Y me animo a una respuesta: en el ritmo alternante de mi propio cuerpo.

¡Ya no vivimos en el mismo cuerpo!

La casa que habitábamos ha quedado sin sostén. La “crisis de fundamento”, antes que metafísica, epistemológica, ideológica, es *fisiológica*: una “crisis de Cuerpo”: cuerpo individual, cuerpo social, cuerpo místico. Hemos sido desalojados de nuestro antiguo Cuerpo; y nuestro drama-raíz es querer volver a ocupar una morada que ya no existe (aunque para fines prácticos puede ser un buen “albergue transitorio”).

Tocamos aquí un punto delicado:
transición entre la vida y la muerte.

Nadie sabe lo que pasa en el medio.

Lo que sí sabemos
es que ya no sabemos muy bien qué *es* la vida
y que hemos olvidado desde hace mucho tiempo
qué es la muerte.

¡Un A-corde sagrado resuena en el corazón de la materia! Se han partido las aguas. Es otro ritmo: lo más inicial en la re-construcción del Templo, la nota clave de la transfiguración del hombre. No hay aquí filosofía que pueda explicar lo in-explicable. Pero cuando la mente quiere dar palabra a este ritmo in-audible recién-nacido, lo único que puede hacer es replegarse sobre sí misma y dejar hablar a la Lengua Madre.

2. Lengua Madre

Clave de sentido: Hieros-Logos.

Volvemos a preguntar: “¿Qué es el Templo?”

- Es el “lugar” de Re-sonancia de la Palabra.
- Es la Palabra misma.

El Templo es el ámbito donde somos convocados a escuchar la Palabra.

Y el son de la Palabra es la raíz originaria de tiempo, sentido y forma.

Pre-sentimos *antes* de comprender, pero al mismo tiempo nace la voluntad de Saber.

Ya no vivimos en el mismo Mundo.

No celebramos en el mismo Templo.

No recorremos la misma Historia.

No nos habíamos dado cuenta. Nuestra mente racional había quedado constelada con la imagen del templo de piedra, cuando todavía la tierra era nuestro hogar, cuando aún no había estallado la bomba atómica, cuando la luz permanecía separada de las tinieblas, cuando los poetas y los místicos tocaban el cielo con las manos.

Cuando para caracterizar de alguna manera la nota vibratoria de la era que comienza decimos que “un A-corde sagrado resuena en el corazón de la materia” queremos significar que se ha producido una verdadera “catástrofe de significados” en el orden del mundo, una “ruptura de simetría” en las funciones del árbol de la vida, y surge otro tiempo, otro ritmo, otro estado de la materia: un estado de “resonancia”: es algo así como...

Es como la “resonancia acústica” que quiebra la copa de cristal, como la “resonancia de las trompetas de Jericó”, como la “resonancia que rasga el velo del templo de arriba abajo”, como las “resonancias” entre partículas en el mundo subatómico, como la “resonancia magnética” en instrumentos de alta tecnología. De todos modos, estas distintas formas vibratorias de la materia no van más allá de lo que podríamos llamar “resonancia técnica”, energía que en alguna medida podemos manejar. Pero aquello que se revela como “Re-sonancia en el corazón de la materia” y que intuimos como “Clave de Sentido” es un “a-contecer que A-

sombra”: no pertenece al mundo de los hechos que se suceden en el tiempo, sino al orden sagrado del alma de los hechos.

¡Comenzamos a oír el *silencio* de la Palabra! No tenemos “formas” del lenguaje corriente para representar esta Re-sonancia *inicial* que separa lo que está unido y une lo que está separado. Lo más que podría “decir-no-diciendo” es que se me aparece como “ruptura de una barrera cósmica”.

Pero ¿qué *es* “barrera cósmica”? Sería lo mismo que preguntar qué es el Mar Rojo en la simbología bíblica. No sabemos “qué es” la barrera cósmica ni “qué es” el Mar Rojo. Lo único que sí sabemos -porque lo experimentamos en carne propia- es que se ha quebrado el orden lógico del mundo, se han separado las aguas y preguntamos por el ser: “¿Quién es mi madre y quiénes *son* mis hermanos?”.

¿Dónde está el Templo?

¡No está aquí! No ha quedado piedra sobre piedra; a las palabras de profetas, filósofos y sabios se las ha llevado el viento: la tierra ha vuelto a quedar desolada y vacía. Pero en la noche oscura de la materia escuchamos la *Hierofanía* del Silencio. El lugar sagrado se torna Templo del Saber: donde se hace audible la Palabra justa.

De una u otra manera, con distintos lenguajes y en ámbitos que van de la metafísica a la técnica (pasando por la filosofía, el arte y la ciencia), las corrientes avanzadas del pensar y sentir buscan penetrar en el Templo del Sonido para des-ocultar allí la “divisa vibratoria” que haga posible re-unir el *logos* de la inteligencia humana con el *hieros* divino de la Lengua Madre. La re-construcción del Templo adquiere así el sentido de “arte de re-constitución de la lengua”: *hieros-logos*.

Los científicos-filósofos de hoy, siguiendo el rastro que dejara Jean-François Champollion al descifrar -guiándose por la analogía con el texto griego- los enigmáticos jeroglíficos grabados en la Piedra de Roseta, comienzan a advertir resonancias similares en esa “otra” Piedra de Roseta que es el ADN. El doctor Edward Trifonov y sus colaboradores del Instituto Weizman de Israel, comparando las secuencias genéticas del ADN con oraciones de lenguas antiguas como el hebreo, el etrusco, el latín, descubren en esas secuencias una gramática simbólica, “palabras comando” de una lengua extraña que comienzan a llamar “Gnomio”: lenguaje de los genes. Quizá con ésta y otras investigaciones similares se estén dando los primeros pasos en la búsqueda de algo más esencial:

Prestar *oído* a la Re-sonancia de la Lengua Madre en nuestra propia materia.

En otras palabras, más allá de la geometría del código genético comenzamos a escuchar las primeras palabras del código Hiero-fon-ético (código que ya no se transcribe en proteínas, como ocurre en la traducción del ADN, sino en funciones de “resonancia espiritual”).

¡Escuchar la Enseñanza in-audible en el Templo Sagrado del Corazón!

No es tarea fácil en medio del ruido de las ciudades modernas, del flujo continuado de información, de las ceremonias multitudinarias de los templos vacíos. Ni siquiera es fácil escuchar la “flauta mágica” y el “Clave bien temperado” de Bach en los templos modernos de la música: porque hemos perdido el “oído interno” para reconocer lo que nos quiere decir el Habla que habla detrás de las partituras. Tampoco es fácil oír la música moderna. Me llama la atención lo que dice el destacado crítico Napoleón Cabrera en su artículo “Por qué «es difícil» la

música moderna”: “El oyente corre el riesgo de no querer correr riesgo alguno... El lenguaje musical se ha expandido demasiado rápido y las estructuras mentales no han creado todavía los canales para que el lenguaje nuevo aparezca tan coherente como el antiguo. El oyente de buena fe necesita un oído tan rápido como el ojo para multiplicar en un segundo las percepciones de lo inédito y obtener una imagen sonora de conjunto... Empresarios, funcionarios, programadores, inclusive los intérpretes, todos han sido formados en el lenguaje musical tradicional y se resisten a lo nuevo porque no lo dominan”. Lo mismo podríamos decir nosotros del lenguaje de la física cuántica, del lenguaje metafísico-poético de un Hölderlin, un Heidegger, y aun del mismo lenguaje social que hoy nos habla por in-versión de energía e implosión de significados.

Pero no nos apartemos de la idea fundamental de “Templo del Sonido”. También allí, y quizá con mayor dramatismo que en cualquier otro lugar, “corremos el riesgo de no querer correr riesgo alguno”. Porque el Templo es “lugar de riesgo” (y nosotros lo hemos transformado en “lugar de paso”: para calentar sillas, para sentirnos mejor, para que la vida continúe igual después del espectáculo).

“Correr riesgo” quiere decir “quedar expuesto”: al poder de la verdad. No a la verdad que hemos fabricado a nuestra imagen y semejanza, sino al poder de “resonancia de la Verdad”. Cuando el “sonido primordial” de la Lengua Madre resuena en nuestra materia corremos el riesgo de “quebrar nuestra propia copa”: no sólo corremos el riesgo de perder una idea, un amigo, un reino, sino que “quedamos expuestos a quedarnos con nada”. No digo quedarnos “sin nada” sino “con nada”; no una nada metafísica, existencial, sino vital: una dimensión de la verdad total, de la vida total, que hemos expulsado sistemáticamente de nuestra experiencia humana en aras de la construcción de una imagen racional del mundo. La nueva “revelación de resonancia” no sólo ilumina el alma sino que desintegra la materia: fin del “iluminismo” antiguo. Ya no se trata de construir “otro” templo con las piedras de la luna, sino de re-construir el Templo con las piedras de demolición de nuestro antiguo cuerpo.

Comenzamos a descubrir resonancias *energ-éticas* de la Lengua que antes apenas podíamos vislumbrar a través de mitos, símbolos, ritos, metáforas. Pero hoy los sabios y los santos se re-unen en el mismo Templo y hablan una misma lengua: ¡Hieros-Logos!

Es algo más que palabras, que filosofía del lenguaje, que código informático, y es más que ceremonia religiosa, que fraternidad universal, que solidaridad social. Se trata de la Re-sonancia de la Lengua Madre en las moléculas de la vida. La nueva Lengua es algo más que lingüística, por supuesto, y algo más que filología. Lo que llamo Re-sonancia de la Lengua Madre en el Corazón de la materia es un modo de decir. Hiero-Logos es más que un jeroglífico lingüístico: es un “pro-gen” para más vida.

Ya no nos entendemos con las viejas lenguas: el antiguo *logos* griego ha dado todo lo que podía dar. Tampoco vamos en busca de “otra” lengua. Lo que necesitamos es hablar la Misma lengua. Aunque esto de “hablar” es otro modo de decir. Más que hablar, lo que necesitamos es dejar hablar a la Lengua Madre “con” el lenguaje de las moléculas de la vida: como “germen de vida”, como código *gen-ético*. Ya no nos entendemos por el camino de las palabras, pero podemos comenzar a entendernos por resonancia de similitud desde la vida misma, desde la no-palabra, desde el fuego sagrado que circula por dentro.

Comenzamos a tomar contacto vivo con el poder de la Lengua sagrada.

Volvamos a la idea de Templo como sitio de “riesgo” (*silla peligrosa* en la simbología de la Tabla Redonda). A niveles de alta energía humana el Templo ya no es el lugar de reunión pacífica para oír la prédica dominical, sino el punto de contacto peligroso con aquella enigmática Corriente cósmica que viene a fundar (con el hombre) las nuevas funciones sagradas de la vida: ceremonial de fuego, pacto sagrado que ya no se escribe en tablas de piedra sino que se in-scribe como “ritmo”, como “resonancia” en una materia social des-estabilizada por las fuertes contradicciones históricas. Este nuevo “ritmo”, que también es nuevo “fuego” y nueva “enseñanza”, ya circula como “luz coherente” que desintegra-ilumina el magma social en que vivimos y somos.

Esta irrupción de la Palabra sagrada en la trama de la historia viene, en cada época, con un rostro diferente. El tema arquetípico podría caracterizarse como el momento en que la sabiduría joven entra en el Templo y enseña a los antiguos doctores. El Evangelio cristiano nos dice que Jesús, a los doce años, se había perdido y sus padres lo buscaban: “Al cabo de tres días le hallaron en el templo en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándole” (Luc. 2:46). Dicho de otra manera, la Lengua Madre (que se había perdido) vuelve a hablar (interactúa) con el lenguaje propio de la época (“oyéndole y preguntándole”). Pero esta escena de sublime armonía que nos presenta el Evangelio de Lucas, entre el joven de la nueva Palabra y los antiguos doctores de la ley, es sólo la cara luminosa de la “luz coherente”, la faz creativa de la Revelación. Pero, en nuestro tiempo, comenzamos a descubrir la faz oscura de la Lengua Madre, la energía inversa de la RevelaciónRe-Velada.

Este diálogo entre la inteligencia que viene de lo claro y la sabiduría que se oculta en lo oscuro se personifica en la biblia gaucha como contrapunto metafísico entre Martín Fierro y el Moreno:

Martín Fierro: -Tomó Fierro la guitarra,
pues siempre se halla dispuesto,
y así cantaron los dos
en medio de un gran silencio:

¡Ah negro! si sos tan sabio
no tengás ningún recelo:
pero has tragao el anzuelo
y, al compás del estrumento
has de decirme al momento
cuál es el canto del cielo.

El Moreno: -Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio;
lloran al cáir el rocío,
cantan al silbar los vientos,
lloran cuando cain las aguas
cantan cuando brama el trueno.

Voy a tratar de ser un poco más claro en este diálogo secreto con lo oscuro, aun a riesgo de volverme más oscuro.

Los filósofos griegos se quedaron con el *logos* (también el hombre moderno): sólo la “mitad de la fórmula”. Y la lengua sagrada de los Hierofantes quedó preservada tras el velo de herméticos signos: “otra mitad” de la fórmula. Pero los sabios y los santos de hoy hablan por primera vez una Lengua única: Hieros-Logos. Aunque esto de “hablar una lengua” sea todavía un modo inadecuado de nombrar la Lengua; porque no hablan una lengua: *son* la Lengua. ¿Cómo es esta Lengua?

Quizá el símbolo más accesible de unificación entre la conciencia cósmica y la materia humana sea la figura representable-no representable de la dinámica atómica: el “salto cuántico”. En sus relatos sobre la búsqueda de conceptos adecuados para representar los nuevos fenómenos de mecánica cuántica, dice Werner Heisenberg en *Encuentros y conversaciones con Einstein y otros ensayos*: “Se entendía que para obtener la explicación total de los fenómenos no bastaba con calcular la energía: había que calcular también la probabilidad de transición”.

Y para la “explicación total” del nuevo fenómeno humano tampoco basta la dialéctica de la historia o el cálculo de la riqueza de las naciones: hay que calcular el riesgo de transiciones de conciencia. ¿Por qué “riesgo”? Porque en cada una de estas transiciones se libera o se absorbe un poder.

La clave para el desarrollo de la civilización que viene no es un sistema (tal o cual sistema) sino el hombre que escapa a los sistemas para unirse a la raíz sagrada de la vida. Y la vida habla una única lengua: Lengua Madre. Ya no es el *logos* que describe, interpreta y transforma el mundo, sino el *hieros-logos* que crea el mundo: Ópera Magna.

3. Ópera Magna

¡La Obra!

Anhelo profundo de Ser. Voluntad creadora. Crear aquello que contemplo.

El hombre de hoy lucha por fines separados: por el salario, por el conocimiento, por el poder: por la pequeña obra. Y yo me pregunto:

¿Qué *es* Ópera Magna?

Es algo más que el dominio técnico de la naturaleza, la construcción del socialismo, la guerra de las galaxias, la religión universal. El *I Ching* nos dice que “es la acción de lo grande”. La tradición alquímica nos habla del *opus alchemicorum*. Yo me pregunto, ¿es una buena causa? Y Nietzsche, en su *Zaratustra*, me responde: “¿Decís que es la buena causa la que santifica incluso la guerra? Y yo os digo: es la buena guerra la que santifica todas las causas”.

Todas éstas son palabras, grandiosas por cierto, pero palabras al fin. Hoy no negamos la grandeza de las obras que hemos realizado, pero nos preguntamos por el sentido del esfuerzo. Continuamos luchando por lo que damos por cierto, por lo que son buenas causas, pero no sabemos qué es la buena guerra. Y aquí surge una pregunta: si no podemos acceder fácilmente a lo que “santifica” una buena causa o una buena guerra, ¿podría ser criterio adecuado medir la grandeza de la Obra por la jerarquía del “gran hombre”?

No existe hoy sobre la tierra (o no podemos reconocerlo) ningún hombre universal que elevando su dedo al cielo señale a la humanidad su destino cósmico. No tenemos ningún rey sabio, como Salomón, quien según el Libro de los Reyes era “más sabio que hombre alguno, a quien todos los pueblos venían para oír su sabiduría y que mandó construir el templo” (1 Re. 5 y 6). Tampoco oímos la palabra de algún sumo sacerdote convocando a todos los pueblos de la tierra a edificar la nueva ciudad del hombre. Ni vemos la presencia heroica de algún Santo de la Espada que irrumpiendo en medio de la batalla de los buenos y los malos quiebre de un solo tajo las cadenas de la esclavitud y señale el camino de la liberación.

En resumen: ni por la grandeza de la obra, ni por la dignidad del esfuerzo, ni por la buena causa, ni por la buena guerra, ni por los grandes hombres alcanzamos a vislumbrar el resplandor originario de Ópera Magna. ¿Comenzamos acaso a pre-sentir el silencioso advenimiento de la Obra por la Magna Oscuridad del alma?

Escuchamos “señales de alarma”: ¡la vida se derrumba por dentro!

No es la primera vez que oímos palabras de fuego y mandatos de supervivencia: “La tierra está llena de corrupción y violencia... Hazte un arca... para que viva la raza sobre la faz de la tierra toda” (Gén. 6:7). Al parecer, todavía era posible entonces re-construir la tierra. Pero hoy el porvenir del hombre se encuentra más amenazado: por desequilibrio ecológico y daño genético. ¿Cuál es la alternativa de “supervivencia”: construir un arca o re-construir el Templo?

En realidad no se trata de “alternativa”, porque en lo esencial, como figuras simbólicas de la conciencia, *Arca* (Arkhé) y *Templo* son la misma cosa.

Hoy también somos convocados (por dentro) a “construir” un Arkha y a “entrar” en el Arkha, pero estas mismas palabras tienen para el hombre moderno un sentido diferente. Trataré de explicarme.

Ante todo (y siempre que hayamos “oído” el mensaje y vislumbrado la *meta*), ¿con qué clase de “madera” construiremos el Arkha? Dicho de otro modo: ¿con qué “materia” iniciaremos la Re-construcción del cuerpo?

El *Popol Vuh* nos habla de una primera creación (fracasada) de hombres de madera. Y hemos leído en la Biblia: “Harás un arca de madera de acacia” (Éx. 25:10: se refiere aquí al Arca de la alianza). Los dólmenes y menhires de los templos tectónicos de los antiguos celtas fueron de piedra sin pulir. Y de piedra fue construida la catedral de Chartres. Hoy, para construir el arca de la Nueva Alianza peregrinamos camino al Templo en busca de una *mater-materia* que llegue a vibrar al ritmo de las nuevas funciones de la vida: lo que ya no es una construcción sino una “gesta”. No nos llamemos a engaño, la Re-construcción del Templo no la podemos realizar con el mismo material de demolición de los antiguos templos, ni con piedras de la luna, sueños astrales o modelos matemáticos. Lo que buscamos ahora es un “superconductor”, es decir una “materia” humana que ofrezca mínima resistencia al paso de la luz. Y por ironía del lenguaje comenzamos a ver que esta materia superluminica nace del seno de la materia más oscura: sacrificio del hombre en la noche del mundo.

¡Una pausa en el desarrollo de la idea!

Aquí el pensamiento se detiene: no todo se puede explicar. El Arkha de este nuevo “diluvio” que vivimos hoy ya no flota sobre las aguas sino que navega por debajo de las aguas. Ya no se trata del arribo feliz de los sobrevivientes a “tierra seca” para “procrear y multiplicarse sobre ella”, sino de la “agonía de los por nacer”.

Nuevo Mysterium: *Agonía de encarnación del Verbo*.

La clave de la Obra a nivel humano (y en términos bíblicos) es “preparar el camino del Señor para que habite entre nosotros”. Pero este “preparar” no significa simplemente limpiar y arreglar la posada para recibir al huésped, porque puede ocurrir (y ya ha ocurrido) que la posada misma no sea sitio adecuado para albergar la luz: “No había sitio para ellos en la posada” (Le. 2:7).

El ideal no basta. El sentimiento cósmico que nace en el corazón del hombre necesita una *mater-materia* (que lo albergue) para transformarse en germen de vida: transfiguración de la Tierra, “gestación” de la luz en la entraña de la materia oscura, “nacimiento en agonía”.

¡Agonía de encarnación del Verbo!: que padecemos sin comprender.

Pero no nos asustemos de la palabra “agonía”, cuya raíz del griego y el latín nos habla de *lucha* y *combate*: para re-nacer.

Agonía de encarnación del Verbo es divino Alumbramiento en el seno de la Materia oscura. Tocamos aquí una dimensión de la Vida que se oculta tras espeso velo.

Misterio espiritual del sacrificio de la materia.

Una “ultramateria” se está elaborando en un magma social que sometido a tremendas presiones alcanza la “temperatura crítica de fusión”: sacrificio colectivo de la humanidad. ¿Sólo de la humanidad? También los demás reinos, el ganado que va al matadero, los perros que mueren en la calle, los bosques desforestados, las aguas contaminadas... y también las piedras trituradas, todos participan (participamos) de la misma transmutación de materia, de la misma danza del fuego, del mismo sacrificio, de la misma transfiguración.

Sin darnos cuenta hemos sido convocados a un *pacto sacrificial*.

¿Pacto sacrificial?

Los antiguos pactos han caducado. Se ha roto el “pacto con la naturaleza”. Se ha quebrado el “pacto social” surgido de la Ilustración. Se ha fisurado el “pacto religioso”: de golpe los fieles se vuelven infieles. Se ha olvidado el “pacto de compañeros” sellado en las corporaciones de oficios. Se ha perdido el “pacto de solidaridad” entre los proletarios de la tierra. Pero queda el “pacto sacrificial”: rito colectivo de sacralización de la materia. El “campo unificado de fuerzas” que busca la ciencia por teorías fisicomatemáticas, el “cuerpo social” que buscan los pueblos por cruentas guerras de liberación, el “cuerpo místico” que buscan las religiones por un misticismo desencarnado de la vida, ese “cuerpo-matriz” de la Obra se está “preparando” en el laboratorio secreto de la humanidad por un “pacto sacrificial”. En otras palabras, lo que nos re-une en esta nueva edad del mundo, en esta noche sin estrellas, no es una nueva idea, sino un nuevo sacrificio. Toda *ofrenda*, más allá del ropaje ideológico, dogmático y aun pasional que oculta su significación esencial, otorga a la materia una dignidad que antes no tenía: se transforma en palabra de una lengua universal que re-une a todos los reinos en un mismo Templo y en una misma fuerza creadora.

La ofrenda sacrificial de hoy tiene el carácter de holocausto. ¿Por qué “holocausto”? Porque nos incluye a todos y a todo: al espíritu y a la materia, a los vivos y a los muertos. No sólo hay ofrenda en el monje, en el sabio y en el santo. También hay ofrenda en los pingüinos empetrolados, en los peces que mueren en mares y ríos contaminados, en los árboles que se mueren en las calles de la ciudad opulenta porque nadie los riega. Hay ofrenda en las estrellas que mueren en el cielo, en los recién nacidos arrojados a la basura, en los no nacidos arrancados de un vientre sin amor, en los embriones congelados condenados a muerte química. Y aun hay ofrenda en los millones de latas, botellas y demás cosas que tiramos impunemente todos los días a la basura. ¡Sacrificio colectivo de los inocentes!

El sentido de la *Obra* se nos escapa de las manos porque hemos hecho del mundo una imagen: y la imagen del mundo creada por el hombre se ha desplomado. Conocimos la visión griega del mundo en el origen de la civilización de Occidente: y fue un “molde racional”. Luego la revelación cristiana tuvo que ser adaptada a ese molde, y surgió la escolástica y la disputa teológica: y la verdad revelada perdió su rasgo esencial. Hoy la esencia de la Obra (que simbolizamos como Ópera Magna) se revela (Re-vela) en la oscuridad de una Magna Crisis; la verdad de la nueva Revelación no encuentra “lugar”: todos los lugares están ocupados.

Ante la “crisis” somos convocados a entrar en el *Arkha*, pero antes de entrar preguntamos: ¿para qué?

Las fuerzas que se han des-encadenado en el mundo superan la medida del hombre: la tecnología ha superado las escalas humanas para medir el tiempo y la historia, la “transparencia del mal” ha superado la sensibilidad del corazón, los virus asesinos quiebran la barrera inmunológica de una raza debilitada. Hemos entrado en otro tiempo, sabemos más, pero hay cosas que no comprendemos.

No comprendemos el “para qué” del esfuerzo. Somos *prot-agonistas* humanos de una Obra más que humana. Pero estamos en el *Arkha*: somos el *Arkha*:

Navegamos bajo otras estrellas.

Otros signos se dibujan en el horizonte.

Una poderosa corriente in-pulsa nuestra barca.

Y nos hacemos muchas preguntas.

¿En nombre de qué (o de quién) vamos a ofrendar nuestra vida? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es el sentido de la historia?

¿Qué es pan de vida y qué es basura?

No es fácil descifrar los nuevos signos del tiempo. No es fácil captar el rasgo esencial de la Obra. Todavía estamos bajo el signo de la omnipotencia del hombre, de la voluntad de poder, de la representación del conocimiento, que es como decir: “La sombra del antiguo eón oculta la luz primera”.

Toda una filosofía del “fin de la historia”, desde Nietzsche a Fukuyama, ha puesto al descubierto los signos de la decadencia de un *Imperium*: me refiero al imperio de una metafísica de desacralización del mundo, imperativo de una voluntad de dominio que se niega a morir y cuyas banderas, abandonadas ya por los filósofos críticos, son retomadas por los sacerdotes de la ciencia y los mercaderes del templo. Pero resulta que, hoy, ni los filósofos, ni los técnicos, ni los sacerdotes, ni los mercaderes tienen respuesta para el hombre, y ninguno de ellos puede impedir el mandato del signo del tiempo, mandato de la Obra que in-pulsa la *consummatio* del tiempo: llevar todas las cosas al fin.

Fin de las interpretaciones del mundo, de las representaciones del tiempo, de las imágenes del Templo. Pero el mismo movimiento de la Obra que in-pulsa el fin del tiempo vuelve al Templo con nuevos bienes de la vida: “Al que tiene se le dará, y al que no tiene aún aquello que tiene le será quitado” (Mt. 13:12).

También el “antiguo cuerpo” toca a su fin, junto a la catástrofe ecológica, al cansancio de la raza, a la profanación del Templo. Hay un límite a la caída de significados, a la pérdida del ser: punto crítico de no retorno donde la vida se vuelve contra la vida (cuando el Templo ya no es habitado por el Dios vienen a ocuparlo las bacterias asesinas).

Pero *antes* de llegar al punto crítico de no retorno, *antes* de quedar convertidos en estatuas de sal, hay un instante del camino donde el alma del hombre puede llegar a oír el llamado de la Obra: es el “lugar” (que tampoco es un lugar) donde la verdad que otorga sentido a la Obra me llama *a mí* (con mi propio nombre). No puedo decir qué pasa realmente allí, pero algo acontece, y algo puedo decir del impacto de ese acontecer en mi alma y mi cuerpo.

Cuando un material superconductor es sometido a la influencia de un campo magnético, una parte de ese campo queda atrapada en el material. Y si el material atrapa suficiente poder magnético se genera una fuerza repulsiva que puede levantar su propio peso.

Yo me había dado cuenta de que al *disponerme* a entrar al Templo con todo mi ser, la materia de mi propio cuerpo había “atrapado” una parte del campo espiritual del Templo (a este acontecer lo llamo “Pacto sagrado”, aunque no es un pacto en el sentido habitual del término). A partir de esta “Alianza” mi cuerpo *es* el Templo, y las lámparas del Templo sostienen la llama con la materia de mi propio cuerpo. Y vuelvo a preguntar: ¿Qué es la Obra?

Muchos llegan al Templo, pero pocos se sostienen en la llama del Templo. Como dice el Evangelio: “Muchos dirán Señor, Señor, y yo no los reconoceré”.

En tiempo de penuria como el nuestro, no siempre la voz que viene del Templo es reconocida como “llamado para mí”. Para los peregrinos que han perdido la imagen del mundo una de las tentaciones es volver la mirada a lo que fue; la imagen perdida es reemplazada por otra imagen: a fin de que la vida continúe, que el tiempo no se detenga. Otra tentación (que más que tentación es deslumbramiento) es la “inflación del profeta y de los discípulos del profeta”, como llama Cari Jung a la seducción de los espíritus débiles por el poder numinosos del inconsciente colectivo: se ha visto algo, se ha oído algo, y se toma ese “algo” como valor absoluto, se lo exalta a jerarquía suprema y se transmite como “mensaje de salvación”.

No es lo mismo ser poseído por un arquetipo del inconsciente colectivo que disponerse a albergar en nuestro corazón la verdad que quiere hacerse Obra; que es como decir “tomar en la mano el fuego sagrado que quiere convertirse en vida”: transfiguración de la materia en cuerpo de luz.

Hoy vivimos (padeciendo) un tiempo de “gestación de un nuevo cuerpo” (cuerpo solar) en el seno del antiguo cuerpo físico: encendido de materia y radiación de energía. Y volvemos a preguntar por el signo del tiempo y el sentido de la Obra.

Cuando se apagan las luces del Templo y los dioses huyen de la *polis* quedan las obras de los hombres y los ídolos de las naciones. Cuando el proyecto originario del cuerpo social se pierde lo que queda es la “empresa” (con minúscula: pura actividad que computa resultados económicos y devora energía humana); queda la “universidad” (también con minúscula: poder intelectual que sostiene la imagen científico-técnica del mundo); quedan las “iglesias” (en plural: como último refugio de la plegaria al Dios desconocido). En pocas palabras: ¡queda el vacío del alma!

Pero nuestra alma no puede alimentarse de información, de índices económicos, de ideología, de salario: cuando nuestro cuerpo se derrumba por dentro por falta de vida, ¿qué nos pasa realmente?

No podemos vivir de una verdad abstracta ni de la verdad revelada por un profeta iluminado. Tampoco esperamos al dios de una raza o de un pueblo elegido, porque pre-sentimos que *todos* hemos sido elegidos para darle “cuerpo” al Dios desconocido que quiere habitar en morada humana. Se han agotado los modelos teóricos para construir la Tierra: es hora de la encarnación del Verbo en el Cuerpo total de la humanidad. Pero hay resistencia (de la mente y de la

materia) a encarnar el espíritu de Dios que aletea sobre las aguas de la vida; más aún, ante la cercanía del mensaje sagrado se eleva una poderosa ola de antimensaje: recibirlo sí, como filosofía espiritual, como dogma religioso, como anuncio profético, pero “no darle cuerpo” (una vez más: “no había sitio para ellos en la posada”). ¿Y entonces?

A partir de aquí la corriente de la vida se bifurca: por un lado vemos “la antigua tierra como cementerio de la raza”, por el otro oímos “el canto de los no nacidos”.

4. Canto de los “no nacidos”

Margaret Mead decía que los jóvenes de la generación de la bomba eran “hijos sin padres”. El poeta Georg Trakl (comentado por Heidegger) habla de los “nacidos nietos”. Pero nosotros, hijos y nietos de una carne desgarrada, comenzamos a oír el silencioso “canto de los no nacidos”.

¡Canto que viene en busca de vida!

Hay funciones sagradas que quieren nacer, que quieren ingresar en el mundo, que quieren tener voz en la historia, y buscan padres y madres que les brinden morada donde alojarse. Más allá de la genética biológica y la gen-ética social, en la oscura noche que precede al alba pre-siento el delicado A-corde de una divina concepción espiritual: un “gen sagrado” se alberga en el seno de la materia.

Me faltan palabras para nombrar este sublime acontecer. ¿Se trata acaso de Revelación? Demasiado metafísico, demasiado sobrenatural. ¿Es Génesis? Demasiado abstracto, demasiado cosmogónico. ¿Es Gestación? Demasiado terrestre, demasiado natural. Ninguno de estos términos cubre la significación total de un A-contecer que si por uno de sus polos evoca una sublime presencia divina, por el otro hunde sus raíces en los más profundos abismos de la materia. Si yo tuviera que reunir en un solo núcleo semántico la intuición primordial con el toque sensible, hablaría de *Concepción*. El Evangelio cristiano nos remite al misterio de la Virgen. Y nosotros ahora, al filo de una noche sin estrellas, escuchamos al unísono el “canto de los no nacidos” en la matriz espiritual del mundo. Es algo así como si la luz de una estrella tomara la maquinaria genética del hombre terrestre para edificar (con ella) las protofunciones del hombre cósmico: germen de futuro albergado en las aguas de la vida.

Esta “divina concepción” ya no queda relegada como “símbolo” en el círculo hermético de los antiguos misterios, sino que se nos hace accesible como “función genésica del corazón del hombre”.

Ya no se trata simplemente de “oír” el canto de las Musas sino de “concebir” el Hijo del hombre (aquí “Hijo” -con mayúscula- es más que el fruto del padre y la madre: “hombre” con minúscula).

Tocamos aquí el primer misterio de la vida interior del hombre sobre la tierra, primera función sagrada, clave de bóveda en la re-construcción del Templo.

El hombre no es el creador del templo, pero puede ser el arquitecto, el constructor, el Obrero.

La concepción de una “molécula puente”, una “célula madre”, no es sólo una idea en el reino de los números imaginarios (como la raíz cuadrada de menos uno) sino que pertenece al orden de los poderes creadores del mundo: palabra que conVoca a la re-uni6n de los fragmentos del hombre despedazado.

Hoy, en la fase oscura de “desimbolizaci6n del mundo”, lo que llamamos re-construcci6n del Templo ya no depende de alg6n rey sabio, como Salom6n (“cuya sabidur6a sobrepasaba la de todos los hijos de Oriente y la sabidur6a toda de Egipto” (1 Re. 4:10), ni de corporaciones de arquitectos (como los que dise~aron Chartres, Reims, Amiens), ni de las corporaciones multinacionales, la ingenier6a gen6tica o la geopol6tica de la tierra, sino que la re-construcci6n comienza con la *concepci6n* org6nica de una Palabra de fuego: “otro inicio”, otra estirpe, otra vibraci6n *gen-6tica* que prefigura funciones de re-sonancia c6smica.

Veamos el desarrollo de este “canto de los no nacidos” cuando ese “canto” ha logrado poner pie en las mol6culas de la vida.

Si en la visi6n del nuevo orden del mundo la primera funci6n sagrada se nos revela como Concepci6n (algo as6 como la dimensi6n m6stica de la Obra: “Hazme un santuario y habitar6 en tu coraz6n”), la segunda funci6n (cuando el A-corde primordial se transcribe en mol6cula mensajera) se nos impone como “bienes intr6secos”: bienes que pertenecen a la esencia misma del ser humano, bienes indelegables a todo poder pol6tico, social o religioso, bienes que aseguran la *transmisi6n* del sentido de lo humano.

Ya no hablamos aqu6 de filosof6a de los valores sino de “bienes de la vida”. Actualmente este patrimonio Gen-6tico est6 da~ado y, por lo tanto, est6 comprometido el futuro de los ni~os que vienen. ¿Podr6 el “canto de los no nacidos” cruzar (sin ser o6do) la barrera del genoma terrestre y convocar la mater-materia a una nueva danza de la vida?

La crisis global de nuestro tiempo no puede reducirse a un “drama metaf6sico” (“olvido del ser”, en t6rminos de Heidegger), “drama social” (“el fin de la historia y el 6ltimo hombre”, Nietzsche, Fukuyama), “drama existencial” (“neurosis de masas del mundo moderno”, Viktor Frankl), “drama religioso” (ausencia de Dios), aunque cada una de estas figuras del nuevo fen6meno humano tenga su valor y su lugar en el drama del mundo, la sociedad, la historia; pero la “cat6strofe de significados” que hoy sufrimos sin comprender tiene consecuencias mucho m6s profundas: no s6lo toca las fibras del alma, el esp6ritu de las instituciones, la teor6a del conocimiento, sino que arrastra en su “ca6da” la propia arquitectura simb6lica de la materia y con ella la geometr6a de la vida. Y cuando se toca imprudentemente la geometr6a de la vida lo que queda al descubierto es el “poder del mal”: nos estamos muriendo no s6lo por falta de sentido sino por falta de vida.

A la vista de este paisaje subterr6neo de “degradaci6n” de funciones de la vida nos damos cuenta de que ya no es tan importante tener o no tener, pertenecer a un credo u otro, habitar el primer mundo o el cuarto mundo. La “cat6strofe” del Templo (“No quedar6 piedra sobre piedra”) adquiere un significado m6s amplio, es algo m6s que la cat6strofe de un pueblo, de un sistema pol6tico, de un paradigma cient6fico, de un dogma religioso: es una “cat6strofe de la vida” (“Todo aquel que bebiere de esta agua volver6 a tener sed”). A partir de aqu6, de

esta crisis radical de sentido, lo que hasta ahora habíamos entendido como “revolución social” toma un camino diferente.

La re-construcción del Templo comienza en la entraña misma de la materia, en el Mismo lugar donde no ha quedado piedra sobre piedra: lugar de Hierofanía, lugar de gestación de funciones sagradas. ¿Con qué materia? ¡Con la propia! con la materia transfigurada por el conocimiento, el dolor, el sacrificio: sacralización de la materia.

En el Mismo lugar donde mueren las palabras de antiguos sacerdotes y nuevos filósofos resuena hoy el “canto de los no nacidos”.

Pero ¿por qué tiene que ser “el Templo” el lugar de gestación de lo que llamamos funciones sagradas de la vida? ¿El in-pulso inicial no puede venir de la “universidad” (de su poderoso aparato docente, académico y técnico)? ¿De la Iglesia (de su teología dogmática, sus libros sagrados, su magisterio sacerdotal, su liturgia)? Todo esto se ha vuelto “demasiado humano”, ya no brota agua de la piedra de Horeb para calmar la sed del pueblo que acampa en el desierto. Lo que hoy pre-sentimos como “otro inicio” y que para nombrarlo de algún modo llamo “re-construcción del Templo” no nace de una nueva idea (*eidos*) sino de un nuevo lugar (*topos*). Lo que otorga poder genésico a la palabra no es lo “cierto” del conocimiento sino la “sacralidad” del lugar.

Tiene que haber algún lugar sagrado, alguna tierra no contaminada, algún corazón puro, donde el “canto de los no nacidos” pueda transformarse en vida. Lugar sagrado es lugar “justo”: el budismo diría “justa acción”; la biología molecular descubre el “lugar justo” de los aminoácidos en las moléculas de las proteínas; el Evangelio distingue entre la “posada” (donde no había sitio) y el “pesebre” (adonde llegaron los magos). Lugar *sagrado*, lugar *justo*, es punto de re-sonancia humano-divina, donde se imprime la “nota inicial” de las funciones sagradas de la vida.

¿Cómo caracterizar estas nuevas funciones? ¡No están hechas! Nacen como Ideales del alma, concepciones del mundo, Señales pro-féticas en la trama de la historia. Es el albor, la naciente claridad del mundo que viene: A-nuncio de nuevas funciones de la vida. Ortega diría que es el “soplo primerizo que riza la quieta piel del estanque”. Transformar este “soplo” en vida se me aparece como la obra de arte del porvenir, génesis de nuevas estructuras orgánicas, nuevas funciones sociales, apertura de nuevos caminos de resonancia cósmica: ritmo primordial que al tomar vida en el corazón del hombre se expande, y en su pulso de expansión y repliegue transforma la materia y transfigura la conciencia.

En este apostar a la re-construcción del Templo (en cuanto obra de arte) ya no partimos de principios metafísicos, doctrinas políticas, filosofías sociales, credos religiosos, teorías de la ciencia; partimos de *escuchar* el nuevo ritmo de vida instalado en el corazón y de *responder* a ese llamado con nuestra propia vida. Pero ¿cómo reconocer la esencia de lo *nuevo* en esto que llamamos “nuevas funciones de la vida”?

Lo reconocemos como “otro” ritmo, “otro” lenguaje, que nos habla de

Nuevo sentido de la Obra.
Nueva dimensión de la Mente.
Nueva dirección de la Fuerza.

Hagamos una breve introducción teórica a estos temas.

Larga y fecunda ha sido la marcha de la humanidad en busca de los “medios” para consumir la Obra, pero debemos reconocer que, en el intento, hemos dejado a muchos recién nacidos en el camino: proyectos genéticos que abortaron, no por falta de ideal sino por falta de vida. Hoy, mirando al futuro, ante la onda evolutiva que se nos viene encima, no podemos menos que advertir el peligro de quedar, una vez más, sepultados bajo las aguas, sobre todo cuando llegamos a tomar conciencia de la ruptura de simetría que se ha producido en las propias funciones orgánicas del hombre. En muy poco tiempo hemos pasado del “hombre fragmentado” (por especialización de funciones, por división internacional del trabajo) al “hombre mutilado” (por falta de vida, por pérdida de trabajo). A este nivel de “funciones mutiladas” nos damos cuenta de que muchas veces es inútil querer salvar lo que está perdido y de que en el mundo práctico sólo nos queda la política ortopédica, la economía de desamparo, las prótesis, el corazón artificial, el seguro de desempleo. No es que todo esto no sea necesario como emergencia social, pero ¿debemos recibir a ese modelo “sociotecnológico” como “mensaje de salvación”?

Algo termina en esta civilización: pérdida de vida.

Sin embargo, a pesar de todo, en medio de la oscura noche de desimbolización del mundo, recordamos una vez más a Hölderlin: “Pero donde está el peligro, crece también lo que salva”. Con la advertencia, diría yo, de que “lo que salva” no está en el mismo espacio esencial que “el peligro”.

Dicho de otra manera: la re-construcción del Templo ya no la podemos iniciar con las mismas “piedras” que fueron demolidas (porque ya no hay tales piedras y el mismo Templo ha sido trasladado a otra parte, a otra dimensión, a otro chakra (si queremos utilizar el lenguaje de la fisiología simbólica del cuerpo).

La revolución que viene ya no se hará por los “derechos del hombre” sino por la re-construcción de las funciones sagradas de la vida. Ya no por el derecho al trabajo, a la libre determinación de los pueblos, a la no discriminación racial, étnica, religiosa, sexual (derechos todos afirmados y negados millones de veces en declaraciones, Constituciones, encíclicas) sino por la conciencia de “Ser-en el Templo” y la voluntad de “participar en la Obra”: *Homo universitas*.

Pero, una vez más: ¿Qué es el Templo? ¿Qué es la Obra?

Nuevo sentido de la Obra

Desde el corazón del Templo no preguntamos solamente por las “funciones” sino también por los “obreros”. Porque la “función” es también el “oficio” y la “herramienta”. Y el Templo es la Obra.

Una vez más, el fuego sagrado pro-yecta el orden del mundo y las funciones de la vida. Nos adelantamos a “estados de la materia” completamente nuevos: a dimensiones del hombre, la sociedad, la historia, aún *no* exploradas. En este escenario de un teatro NO ya no hablamos desde la ciencia, la filosofía, la técnica, la historia, sino desde un nuevo “estado del saber”.

Se me aparece como “señal anunciadora” la imagen de una gran planta industrial totalmente informatizada. ¿Dónde están los obreros? ¡No están! ¿Qué sentido tiene aquí hablar de convenios colectivos de trabajo, mano de obra, se-

guro de desempleo? Las leyes son otras, el lenguaje es diferente, la revolución que esperábamos ya ha venido. ¿Ha desaparecido el trabajo? No, funciona a otro nivel. ¿Ha desaparecido el obrero? No el “obrero” (que pertenece a la obra), sino el “asalariado” (que pertenece al capital). Pero el “asalariado” no es un dato estadístico, es un padre de familia que se ha quedado sin pan para dar a sus hijos, una mujer sola que ya no podrá pagar el alquiler, un joven que ya no podrá seguir estudiando; la empresa no tiene respuesta para estos “desempleados”, no la tiene el sindicato, no la tiene una solidaridad social abstracta, declamativa, no la tiene la llamada seguridad social del Estado.

El hombre sin trabajo es más que un “desempleado”, es un *mutilado*: una de las funciones esenciales para su desarrollo como ser humano ha quedado fuera del circuito de la vida. Esto es grave. Y esto no tiene respuesta en la sociedad de consumo de nuestro tiempo. No es cuestión de política económica sino de genética social.

El problema del “trabajo”, como necesidad fundamental del hombre, no se resuelve por el salario sino por la Obra.

¡Trabajo! Una asignatura pendiente.

“Ganarás el pan con el sudor de tu frente”: Mensaje bíblico. ¿Castigo?, ¿o pacto con la naturaleza?

“Transformarás estas piedras en pan”: Tentación del desierto. ¿Voluntad demoníaca de poder, o mensaje tecnológico?

“No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” Mensaje evangélico que, según algunos críticos, el cristianismo habría reducido a un “pan espiritual” en desmedro del “pan material”. ¿Vino el marxismo a sobrecompensar este desvío, rebajando el pan espiritual a la categoría de “opio de los pueblos”? De todas maneras y dejando a un lado las interpretaciones yo me pregunto:

¿Qué es el “pan”?

La teoría económica ya no habla hoy de “pan”, ni de “sudor”, ni mucho menos de la “palabra de Dios”. En lugar de “pan” se habla de mercaderías, materias primas, productos transables, bienes de consumo. El “sudor” queda relegado a la categoría de trabajadores no calificados. Pero quedan las “piedras”. En todo esto tampoco se habla propiamente de trabajo, sino de productividad, valor agregado, salario, mano de obra.

Y nosotros volvemos a preguntar. ¿Qué es trabajo?

El trabajo, no sólo como pan material y fuerza social activa sino -y ante todo- como potencialidad originaria de creación del mundo, sólo puede ser recuperado cuando prestamos oído al sentido de la Obra. Lo que dicho en otras palabras quiere decir: recuperar antes al “obrero” que a la empresa (recuperar al obrero que llevamos dentro). Más aún, me animo a decir que en la revolución que viene los sindicatos de trabajadores (si todavía existen) ya no lucharán por el salario sino por la Obra.

¡El obrero! Rescatado de la esclavitud del trabajo mecánico por la revolución tecnológica, el obrero de nuevo cuño *inicia* la re-construcción del Templo por el yoga del trabajo. ¿Yoga del trabajo? Sí, fundamento vivo de la integridad de la Obra, de todas las obras, de todos los oficios, de todas las artes, de todas las ciencias; lo primero que tendremos que aprender y enseñar en la futura Universidad del Hombre: iniciación por el trabajo.

Antes de seguir adelante, veamos un poco más de cerca qué papel juega la revolución tecnológica en el desarrollo de las nuevas funciones de la vida.

¡Salto antropológico!

En nuestra era técnica aún no hemos penetrado en la dimensión *fisiológica* de la Revelación; aún no nos hemos repuesto del “trance tecnológico”, como diría Thomas Berry. McLuhan fue el primero en advertir que se había producido un nuevo “enlace” (¿nuevo pacto?) entre los circuitos cibernéticos de los modernos medios de comunicación y el sistema nervioso central del *Homo sapiens*. Pero la revolución tecnológica de nuestro tiempo tiene un alcance (y significación) mucho más profundo que esta “hibridación de medios” anunciada por McLuhan: ha producido una verdadera exteriorización de “órganos” en la corriente evolutiva del árbol de la vida. Muchas funciones que antes se encontraban dentro ahora están fuera. No sólo el mundo técnico es otro mundo (una segunda naturaleza) sino que también el cuerpo es otro (otra fisiología). Todavía no nos hemos dado cuenta de que a la revolución tecnológica por fuera corresponde una catástrofe fisiológica por dentro: dos fases de una misma Revelación Re-velada. A los robots industriales, circuitos electrónicos multimedios, discos rígidos de las computadoras, satélites artificiales, cápsulas tripuladas en el espacio, observatorios girando en órbita y mirando a las estrellas, a toda esta red informática de extensión de los sentidos corresponde por dentro (a escala fisiológica) el hundimiento del cerebro tecno-racional, la caída del sistema inmunológico, la descalcificación de los huesos de los astronautas. En el pasado evolutivo de la raza ya tuvimos catástrofes parecidas: continentes sumergidos, restos embrionarios de órganos desaparecidos. Todo esto figura en relatos, leyendas, mitos y también en huellas fósiles y estructuras biológicas arcaicas (¿mitocondrias?). Pero la catástrofe fisiológica de la era técnica es de hoy y la estamos viviendo sin comprender. Por fuera ha salido el sol, por dentro ha caído la noche. Y quebrando el oscuro misterio de la noche, un nuevo alumbramiento:

Nueva dimensión de la Mente

Ritmo analógico. Reversibilidad de valores.

Comenzamos a pre-sentir el ritmo, el pulso, el latido de un *cuerpo* que oscila entre dimensiones alternas de la vida: nuevo código *gen-ético*. Dicha fisiología alternante corresponde (analógicamente) al patrón partícula-onda de la geometría de la luz en el mundo físico.

¡Alumbramiento interno!

Nos alegramos y damos la bienvenida al recién nacido, al inefable Hijo de la luz.

No me resulta fácil hablar de estas cosas. Pero cuando veo los avances tecnológicos que se dan por fuera (circuitos electrónicos, superconductores, código genético, partículas de resonancia) ya no como signos escritos en el gran libro de la historia de la ciencia sino como “señales” de una lengua desconocida que quiere decirme algo *a mí*, entonces comienzo a comprender (por resonancia de similitud) lo que me está pasando por dentro sin comprender. Comprendo-sin comprender, porque lo que llamo “comprender” pertenece al cerebro antiguo, a

la mente lógica; y el *logos* técnico ha caído ante el destello del nuevo alumbramiento; quien habla es el recién nacido: yo simplemente escucho. Una lengua que no entiendo.

La nueva fisiología del cuerpo alternante nos obliga a formular la teoría de los instrumentos sobre bases completamente nuevas. No es lo mismo interpretar el mundo con un cerebro físico al tipo de los antiguos discos duros (con sus surcos grabados en la piedra: como los caminos de antaño marcados con las huellas de los carros) que pulsar (al modo de contrapunto: como en las fugas de Bach) las notas de la Lengua Madre resonando en el campo magnético de un cerebro virgen. Ya no tenemos la misma mente. La computadora es la última palabra de un ciclo que se cierra (externalización de una lengua que ya dijo todo lo que tenía que decir: el verbo se hizo información y habitó en el “patio de los objetos”: feliz expresión de Rodolfo Kusch en su *América profunda* que viene así a constituirse en símbolo de “lo que está a la mano en el supermercado”). Cuando el ser se ha transformado en objeto la información está al alcance de todo el mundo y la computadora se hace cargo de todos los cálculos, pero he aquí que por dentro, como contrafigura del derrumbe del antiguo templo, surgen los primeros resplandores de una nueva mente. De todos modos no nos hagamos ilusiones, se trata de destellos fugaces, palabra inicial de un recién nacido que busca la Palabra. Sólo algunos, muy pocos, nacen ya con esta nueva mente plenamente desarrollada. Detengámonos aquí un momento para escuchar estas primeras voces silenciosas.

¿Qué puedo decir de la nueva mente? Yo diría que es un don que hay que custodiar, un fuego inicial (como el de Prometeo) confiado a la humanidad para un nuevo desarrollo gen-ético, una lengua originaria (potencial) que se abre camino hacia la experiencia histórica. En este “abrirse camino”, la nueva mente va dibujando una nueva figura en la materia del mundo. “Abrirse camino” quiere decir alumbrar el bosque, apartar obstáculos, abrir picadas en lo desconocido. Hay que sortear peligros. ¿Cuáles son estos peligros? Sentirse demasiado seguro (la “inflación del profeta” de que habla Jung), no calcular bien la fuerza de los enemigos ocultos en la sombra (la antigua mente tiende sus trampas, el antiguo dios Saturno devora a su propio hijo), dejar apagar el fuego inicial (por comodidad o cobardía), querer construir demasiado pronto (poniendo vino nuevo en odres viejos -fracaso de muchas comunidades nacientes-), quedar aislado de los contemporáneos y de la vida cotidiana (por falta de puente para cruzar el río, por falta de ciencia y de arte, por falta de lenguaje de transcripción de la Lengua Sagrada en bienes de la vida).

Veamos un poco más de cerca algunas de estas dificultades “por falta de puente”.

El diálogo entre David Bohm, destacado investigador en el campo de la física cuántica, y Krishnamurti proyectando al mundo la luz de la nueva mente, nos ofrece un punto de apoyo para ver más claro la brecha entre dos modos de pensar. Leemos en *The Awakening of Intelligence*:

Krishnamurti: ¿Es la inteligencia fuera del tiempo?

Bohm: -Pero el pensamiento debe estar relacionado con la inteligencia.

Krishnamurti: -¿Es así? Yo pienso que no hay relación entre ellos.

A través del diálogo se hace patente que cuando hablan de “inteligencia” cada uno la entiende de modo diferente. Y cuando la conversación llega a un punto crítico, que es cuando se acaban los argumentos, Krishnamurti da la clave del nuevo lenguaje de resonancia: “Cuando usted me estaba hablando a mí yo me daba cuenta de que no estaba escuchando demasiado sus palabras. Yo lo estaba escuchando a usted. Yo estaba abierto a usted, no sus palabras, a lo que usted explicaba y cosas por el estilo. Y me dije a mí mismo: está bien, dejemos todo eso. Lo estoy escuchando a usted, no a las palabras que usted usa sino a la significación, a la cualidad interior del sentir que usted quiere comunicar”. Aquí vemos funcionar la nueva mente, por lo menos en una cierta medida: es otro ritmo del pensar, otro modo de comunicarse; el pensamiento no se anula sino que retrocede en busca de su origen, de su procedencia: se niega como pensamiento objetivo, determinado en conceptos y representaciones, para dejar libre la energía primordial que tiende el puente entre las diversas formas y lenguajes de la vida. Efectivamente, lo que la palabra de Krishnamurti deja aquí al descubierto no es una nueva visión del mundo, una nueva filosofía de los valores, una nueva teoría de la ciencia, sino una nueva función de la vida: apertura a la esencia del habla, y con ello liberación de la energía primordial del verbo (Octavio Paz dice en *El arco y la lira* “Verbo desencarnado”: “La misión del poeta es restablecer la palabra original, desviada por los sacerdotes y los filósofos”).

Nueva dirección de la Fuerza

El suave aleteo de una mariposa en el golfo de México puede desencadenar un tifón en el mar del Japón: “efecto *butterfly*”. Una palabra justa en el momento adecuado puede cambiar el rumbo de la historia. Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo (Arquímedes). Todas estas sentencias encierran un profundo significado, pero para que el “canto de los no nacidos” se transforme en bienes de la vida se requiere liberar un potencial energético hasta ahora encadenado en un materialismo irreflexivo.

En el antiguo cuerpo el fuego de Prometeo continúa encadenado a la roca. El fuego sagrado de la vida ha quedado “ligado” a funciones de la naturaleza que han sido sobrepasadas por el impulso evolutivo del hombre. Este desfase entre el antiguo orden natural y las nuevas funciones en gestación es lo que provoca esa “tristeza profunda” del hombre moderno en el vivir cotidiano: permanecer encadenado a un mundo que ya no le corresponde. Pero, ¿no es fácil “salir de la lata”? La energía fundamental, por lo menos en la actual sociedad de consumo (sociedad “que hace masa”, en términos de Jean Baudrillard) está invertida en actividades improductivas (no toda actividad es trabajo), afán de posesión, política de poder, racionalismo filosófico, sexualidad de olvido, espiritualidad de conformismo, y aun invertida en un cuerpo físico demasiado denso, demasiado “material” (con demasiado calcio) como para poder funcionar en el campo antigravitacional de la luz.

La *fuerza del trabajo* cambia de dirección: se hace trabajo social, plasmación creativa, “economía de amparo”.

La *fuerza de la mente* cambia de dirección: sabiendo razonar no razona, se abre en busca de un sentir profundo: la ciencia objetiva, racional, experimen-

tal, se repliega sobre sí misma y vuelve como función humana de resonancia cósmica.

La *fuerza del sexo* cambia de dirección: también “retorna” sobre sí misma en busca del misterio del Amor y de la fuente primordial de la Vida.

En síntesis:

Nuevo sentido de la Obra:	del salario a la Obra.
Nueva dimensión de la Mente:	ritmo de reversibilidad de valores,
Nueva dirección de la Fuerza:	transformación de la energía fundamental en bienes de la vida.

Al llegar a este punto en el camino de nuestras reflexiones sobre una *fisiología de advenimiento*, nos sale al paso una pregunta: ¿hacia dónde nos conduce este “canto de los no nacidos”?

Yo diría que por un lado nos trae “más acá” del tiempo, por el otro nos lleva “más allá” del horizonte.

V. MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE

Y más acá del tiempo

MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE

¿Qué es Aquello que resplandece más allá del horizonte?

¡Es el Poder!

Siempre hubo (hay) una ruta de la seda, de las especies, del opio, de los esclavos: es el camino de los mercaderes.

Siempre hubo (hay) una ruta de Alejandro, de César, de Napoleón: es el camino de los guerreros.

Siempre hubo (hay) una ruta de Stonehenge, de Santiago, de Chartres: es el camino de los sabios.

Siempre hubo (hay) una ruta de los peregrinos: es el camino de los que van a pie al Templo.

Todos ellos, de una u otra manera y con diferente medida, buscan lo Mismo: ¡el Poder!

Hoy también recorreremos las nuevas (antiguas) rutas del comercio, la guerra, el conocimiento, la fe, quizá no con tanta grandeza, aventura y convencimiento que en tiempos heroicos, pero sí con la misma esperanza de encontrar la piedra preciosa, el agua de la vida y el pájaro que habla.

Más allá del horizonte de las antiguas-nuevas rutas comenzamos a vislumbrar “otro” camino: es la ruta que nos trae “más acá del tiempo”. No nos habíamos dado cuenta; cuando creíamos haber alcanzado los confines del universo nos encontramos de nuevo en el centro de nuestro corazón: de golpe descubrimos el recorrido secreto de la Fuerza. Nos dimos cuenta de que el punto de “fijación” interior de la Fuerza *es* al mismo tiempo campo de expansión de la Obra.

Más allá de la filosofía de las ideas se dibujan los primeros trazos de una geometría simbólica de la materia.

Más allá de la teoría de la ciencia y el poder de la técnica nos detenemos a contemplar la Arkhitectura de la vida.

Más allá de los caminos de piedra y las rutas informáticas comenzamos a comunicarnos por resonancia de similitud.

La clave de bóveda para la re-construcción del Templo en la era que se inicia es el manejo inteligente de la Fuerza Creadora. Si queremos nombrar la “primera piedra” con otros nombres, podemos hablar de:

- Claves de Poder.
- *Homo universitas*.
- Trans-misión gen-ética.

1. Claves de poder

No hablo desde otra filosofía, desde otra imagen del mundo, desde otra idea del hombre, desde otra teoría de la ciencia, desde otro credo religioso. Hablo desde otro inicio: desde otro estado de la materia. Dicho en otros términos, el resplandor naciente que viene a la vida desde más allá del horizonte y desde más acá del tiempo *no es* un estado intermedio: *es* “otro” estado.

Los primeros astronautas vieron la tierra por fuera, desde el espacio cósmico: fue una visión gloriosa. Nosotros, prot-agonistas de una era de transición en el eje del significado, contemplamos nuestro cuerpo por dentro, desde el interior de la materia, y pre-sentimos sus centros de fuerza, su campo magnético oscilante entre el espíritu y la materia: y es conocimiento/pasión/sacrificio. No es fácil hablar de estas cosas.

Tampoco les resultó fácil a los padres de la física moderna encontrar conceptos adecuados para nombrar estados de la materia que escapaban a los marcos teóricos conocidos hasta entonces. ¿Cómo relacionar la estabilidad del átomo con las frecuencias de su espectro vibratorio? Era la pregunta que se formulaba Niels Bohr en 1913: y respondió con un nuevo concepto: “estado estacionario discreto” (la figura lingüística ponía en relación fenómenos que aparecían separados en la antigua física). Hoy, a escala global, cuando los modelos teóricos de interpretación del mundo ya no nos sirven para sostener la vida, dejamos de preguntar a los sabios y los entendidos y nos disponemos a escuchar lo que nos dice nuestro propio estado:

“otro” estado:
también estacionario-discreto.

Tratemos de explicarnos.

Ruptura de la forma

Algo se había roto por dentro: “otro” estado marcaba las horas del tiempo y los silencios del corazón.

El Señor había llegado, pero yo no lo reconocí. El Rayo divino había derribado el muro del castillo encantado donde mi alma moraba cautiva, pero tuve miedo a la libertad y me quedé entre los escombros. Todo esto lo supe *antes* de recorrer el camino para saberlo. Y el camino fue largo y la marcha, penosa. Busqué la verdad en la ciencia, la filosofía, la religión. Un día, llevando a cuestas la pesada carga de libros, símbolos y recuerdos, me puse a descansar al borde del camino y me quedé dormido. Tuve un sueño inquietante. Me encontraba en un antiguo templo egipcio: participaba del ceremonial de los misterios de Isis. En el centro de una gran sala rodeada de columnas, de pie, en un lugar elevado, se divisaba con dificultad (porque todo el ambiente se encontraba con luz muy tenue) la imagen de la diosa cubierta de pies a cabeza con un espeso velo negro. Una procesión de sacerdotisas cubiertas con velo blanco y portando lámparas de aceite en sus manos desfilaba silenciosamente alrededor del altar. Detrás de las columnas, lo que parecía un coro de sacerdotes entonaba un himno en lengua para mí desconocida. De golpe se apagaron todas las luces y me encontraba ahora yo mismo en el centro de un escenario muy iluminado. En medio de un gran silencio entraba en escena una mujer muy hermosa, de enigmática sonrisa y que parecía interrogarme con mirada de fuego; creí reconocer en ella a la misma Isis, pero ahora sin velo, y me vino a la memoria el libro de Madame Blavatsky *Isis sin velo*. Ante tan sorpresiva aparición me quedé sin palabras, y antes de que pudiera decir algo toda la escenografía había desaparecido. Me encontraba ahora en un aula o anfiteatro de una universidad, ante algo así como una mesa examinadora donde profesores u hombres sabios me hacían preguntas. No recuerdo exactamente lo que me preguntaban, pero me quedó la impresión de que debía responder por la “unidad del conocimiento”. Cuando desperté, en un súbito resplandor vi la unidad esencial de las dos figuras simbólicas de Isis: con velo y sin velo. Pero también me di cuenta de que el resplandor era sólo un anticipo (pro-fético) del saber y que a partir de esta meta debía descubrir el *movimiento* fundamental que re-unía estos dos aspectos del *mysterium* en un Mismo *corpus sapientia*.

Al querer dar el primer paso vi que se había roto el “puente” para cruzar el río. Pero ya no era el mismo río ni la misma historia.

¡Resonancia pro-fética!

Vivimos un tiempo de *transfiguración histórica*.

Un Poder de naturaleza desconocida ha entrado subrepticamente en el mundo y ha quebrado el “molde” (la forma conceptual-histórica) que hasta ayer albergaba nuestros sueños. Derribada la muralla del castillo encantado, hemos quedado a la intemperie. Pero el propio Poder que arranca el Velo de ilusión marca el camino de la nueva historia.

El Mismo fuego sagrado que en medio de densa nube descendió en el Sinaí (Éx. 19), que encendió la palabra de los profetas de Israel, que alumbró el *logos* griego, que “se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1), el mismo *Verbum* sacro retorna hoy como corriente invisible que quiebra el molde que aprisiona el alma del hombre. La misma Voz que en otro eón dijo al hombre: “Hazme un tabernáculo y habitaré entre vosotros”, resuena hoy nuevamente en el corazón del

Templo invisible; pero esa voz no vuelve como imagen, símbolo o idea sino como *estado* que anticipa nuevas funciones de la vida: “resonancia pro-fética”.

¿Por qué digo “resonancia pro-fética” y no simplemente profecía?

- Hay *resonancia acústica*: rompe la copa de cristal.
- Hay *resonancia magnética nuclear*, poderosos campos magnéticos desplazan protones de los núcleos atómicos y revelan alteraciones de los tejidos orgánicos.
- Hay *resonancia pro-fética*: quiebra la simetría de sentido y desplaza las figuras de la historia.

¿Resonancia pro-fética hoy? ¡Sí, el Mensaje ha llegado *antes* que los mensajeros!

Pero no viene como otra idea: es “Otro” estado.

El mensaje nuevo ya no es “una voz que clama en el desierto”: es un “in-pulso” de alta energía vibratoria que desestabiliza la materia y abre camino a funciones de resonancia cósmica. Dicho de otro modo, no es la palabra del hombre que viene a transformar el mundo: es el propio “Poder” que, antes de tomar la palabra, entra en el corazón del hombre como rayo que muralla parte: resonancia pro-fética. No es la primera vez: “En medio de la noche pasaré por tierra de Egipto y morirá todo primogénito de la tierra de Egipto” (Éx. 11,4:5). Fractura vibratoria: “otro” estado, se ha quebrado la copa, nueva dirección de la fuerza. Hoy estamos viviendo algo parecido: hemos cruzado una frontera crítica, cayeron las murallas, los hombres se dispersaron y no se reconocieron.

Hemos entrado en contacto con “Otro” poder: también en física de partículas se habla de “resonancia” (¿qué es “resonancia”? Es algo que acontece). El pensamiento no alcanza a comprender la naturaleza de este “Otro” estado, pero tampoco se resigna a no comprender. Y sigue preguntando.

¿Dónde está el Templo? ¡En todas partes y en ninguna!

¿Dónde está el electrón? Es probable que esté en tal posición o en tal otra: ¡principio de incertidumbre!

¿Dónde está el hombre? No lo sabemos, ¡quizá haya sido transferido a otro escenario histórico! ¿O a otro reino? Pero, ¿cuál es la palabra fundante (el *son* signifiante) que se oculta tras el velo de los acontecimientos?, ¿cuál es la *clave* vibratoria, el código energético del nuevo reino?

Un fuerte viento sopla del desierto

Es inútil hablar de estas cosas con “los que se han quedado en Egipto”.

Pero millones de seres humanos comienzan a hacerse sensibles a estas cuestiones desde “otro lugar”: desde el *exilio*. El “pulso pro-fético” genera un poderoso “campo magnético” que arranca al hombre del lugar donde vive. Exilio político, exilio social, exilio económico, son “modos” de exilio, circunstancias que llevan al exilio, pero el exilio mismo es una “resonancia” que nos saca de la casa *antes* de haber entrado.

El “exilio” es hoy una *experiencia* de la humanidad que se da a escala planetaria: millones de hombres, mujeres y niños son arrancados todos los días del

lugar donde viven. ¿Pero, a dónde van, si ya no hay sobre la tierra lugar adonde ir? ¡Van al “exilio”!: el “exilio” no es sólo una “separación” sino también el “lugar” del exiliado. Y aquí viene una pregunta nada fácil de contestar: ¿ese “otro lugar” es “otra tierra” para repetir la misma historia, o es el “desierto” como vía crucis de la historia? Exilio: ¿desgarro?, ¿o transfiguración?

“Otro estado de la materia humana”

El exilio político, la migración en masa de pueblos enteros en busca de pan y trabajo, y aun una experiencia más esencial: el exilio del alma en su propio pueblo, su propia cultura, su propia familia, todos estos modos de exilio operan como “fuerza de transfiguración” de la humanidad de nuestro tiempo: gestación silenciosa de un nuevo pueblo, una nueva estirpe, una nueva cultura, un nuevo código gen-ético, un nuevo Cuerpo social. El rol enzimático, catalítico, activador de este “in-pulso pro-fético de la historia” es rechazado por las teorías evolucionistas y los proyectos mundialistas, que prefieren dejar la iniciativa en manos de la voluntad del hombre. Pero es que el poder autónomo del hombre ha terminado por desequilibrar la balanza de la vida. ¿No habrá llegado el momento, anunciado poéticamente por Hölderlin, de “pasar la balanza de manos del mercader a manos del ángel”?

Yo me había dado cuenta, meditando en mi lugar del exilio, de que las “señales pro-féticas” son muy efímeras, vienen y se van: dejan una traza fugaz en la conciencia y de inmediato todo vuelve a la “normalidad”; es algo parecido a lo que ocurre en la física de antimateria: experiencia indirecta por “huellas” registradas en instrumentos ultrasensibles. Y digo que es sólo parecido, porque en condiciones críticas de la materia el hombre puede atrapar (fijar) la huella y hacer posible que la re-sonancia pro-fética fugaz se transforme en función sagrada de la Vida. Llegué a darme cuenta de que esa re-sonancia es algo más (de otra naturaleza) que intuición intelectual: es un “poder” (y un saber) que quiere habitar en nosotros: alumbramiento *inicial* que no se registra en el cerebro sino en el corazón; y es éste el nuevo “ritmo de re-sonancia” del corazón el que inspira, orienta y desintegra las formas del pensar.

¡“Son” inicial!

Lo realmente *nuevo* en el mundo de hoy, el acontecimiento *clave*, el *jundamentum essentia* de la nueva historia es la irrupción de una “onda” pro-fética que alumbra (y deja su “huella”) en el corazón del hombre: ¡encendido de la materia, cuerpo de luz!

¿Voz transformándose en Luz? Sí, pero tratemos de aclarar. Este “alumbramiento” no quiere decir lisa y llanamente que la *época* sea luminosa: el “son” supersonico transformado en luz pone al descubierto el poder de la sombra. Tratemos de ver esto un poco más claro:

Los místicos *escucharon* la palabra divina como “voz profética en el alma”.

Los científicos *vieron* las “simetrías fundamentales” de la materia.

Y cuando todo parecía claro, una vez más los antiguos dioses transformados en demonios exigieron el “sacrificio de los inocentes”.

La hora que nos toca vivir es enigmática por naturaleza: el mismo “son” que *resuena* dulcemente en el alma (“¡Oh, toque delicado!”) y que *alumbra* la inteligencia (“Fui golpeado por Apolo”) *derriba* las murallas y deja a oscuras el escenario del mundo (“Padre, ¿por qué me has abandonado?”).

Hasta ahora habíamos vivido bastante cómodos, el tiempo transcurría plácidamente y a pesar de guerras y revoluciones mañana sería mejor que ayer. La revelación espiritual nos hablaba del “más allá”, del “reino de los cielos”, y la revolución social nos prometía la dictadura del proletariado y la “sociedad sin clases”. Pero de repente fuimos arrancados de nuestro sueño por una poderosa onda de “implosión pro-fética” que nos trajo más cerca que lo cerca: se abrió la entraña de la tierra y cayeron las interpretaciones; el poder se nos escapó de las manos, los antiguos símbolos ya no nos dicen nada y la nueva ciencia nos oculta con su racionalismo técnico el resplandor del misterio.

Tal vez la humanidad se esté desprendiendo de su antiguo “cuerpo”: cuerpo psicoemocional cargado de creencias, filosofías y dogmas; expulsión de materia por colapso gravitacional de masa (como las estrellas que han agotado su combustible). Me animo a decir que la antigua materia del hombre terrestre es un real obstáculo a la expansión de conciencia. Y este “desprendimiento” (por desapego del alma y transmutación de materia) no sólo se realiza hoy por el *renunciamiento* de unos pocos sino por el *sacrificio* de todos.

La “ONDA PRO-FÉTICA” se revierte en implosión de masa

Se trata de la liberación de un tremendo poder.

¿De qué poder? ¿Poder de la mano?, ¿poder financiero?, ¿poder político?, ¿poder informático?, ¿poder sindical?, ¿poder femenino? ¡Cuántas filosofías se han tejido alrededor de estas preguntas! Hoy ya no preguntamos por el poder: habla el Poder mismo. Y el Poder no pregunta; ya lo dijimos: antes de llamar a la puerta ya ha derribado la casa.

En la sociedad tradicional conocimos un “poder a la medida del hombre”: la mano del artesano, la sensibilidad del poeta, la inteligencia del científico (poder del *Homo natura*). Al llegar la época moderna conocimos el “poder de la técnica”: revolución industrial y revolución informática (poder del *Homo technicus*). Pero ahora, en los sismógrafos de la humanidad planetizada comienzan a registrarse las primeras resonancias de un tercer “pulso” de liberación de poder: por implosión de masa social. Se trata de un nuevo fenómeno humano que ya no podemos explicar por el impacto tecnológico, la violencia política o la revolución social: se ha liberado un “poder” que supera todos los demás poderes conocidos hasta ahora. Es “otro” poder: el reino del *terror* está entre nosotros; donde todos somos *cómplices* (como dice Baudrillard) y donde la violencia toma la forma *implosiva*. “Es el vacío político (más que el resentimiento de tal o cual grupo), es el

silencio de la historia (y no rechazo psicológico de los individuos), es la indiferencia y el silencio de todos lo que implosionan en estos acontecimientos”, dice Jean Baudrillard en *La transparence du mal*. Pero, ¿cuál es el *sentido* de esta “violencia” que hoy cambia la geometría de la materia, mueve las ruedas del mundo y señala los nuevos caminos de la historia? ¡Es una violencia que alumbraba por “implosión”!

Tratemos de explicarnos.

¿Qué nos dice la ciencia?

El llamado “viento solar”, plasma muy enrarecido procedente del Sol y de naturaleza supersónica, choca contra la magnetósfera de la tierra transformándose en radiación de alta energía. Una onda sonora lanzada a gran velocidad, cuando alcanza un estado crítico se transforma en luz: fenómeno llamado de “sonoluminiscencia”. ¿Y qué nos dice el saber que se anticipa? Que cuando la “onda pro-fética” no es recibida -vacío político, silencio de la historia, indiferencia y silencio de todos-, esa voz anunciadora se retira (energía inversa) y alumbraba la conciencia por implosión de masa. Muchos crímenes aberrantes, muchas enfermedades por “virus asesinos”, muchas catástrofes financieras, son otras tantas formas “sacrificiales” por implosión de masa social: antimensaje profético (la “otra” mitad de la fórmula) para los que tienen oídos y no oyen.

Es hora temprana,
el viejo tiempo ha terminado.

Saturno ha devorado a su propio hijo.
Un nuevo Sol alumbraba los caminos de la historia.

El *Homo sapiens* ha sido des-terrado de su propia tierra:
y desde el “exilio” prepara las vestiduras
para el *Homo solaris* que viene.

No hablo aquí de principios, doctrinas, modelos teóricos: hablo de “vestiduras”, que es como decir “claves orgánicas de poder”.

La reflexión sobre la naturaleza del Poder, las rutas del Poder y la confrontación que hoy experimentamos con los resultados de la técnica del Poder nos lleva a replantear la pregunta por el manejo del Poder; pero ya no desde la teoría de la fuerza sino desde el ritmo de la vida.

Se ha perdido la enseñanza de los antiguos maestros de artes marciales, se ha perdido la palabra de fuego de los sacerdotes-sabios, se ha perdido el misterio de las marcas talladas en piedra en el camino de Santiago. Pero el Mismo poder que abrió los caminos de la Tradición tiene algo que Decir hoy a nosotros.

Y cuando nos disponemos a escuchar en silencio lo que nos quiere Decir, el Poder mismo nos revela

Claves de Poder

Nos enseña que nosotros mismos hemos “roto el puente” para cruzar el río; y que lo único que podemos hacer desde “este” lado (desde el conocimiento) es disponernos a que desde el “otro” lado (desde el

mysteriurri) el Poder que no hemos tenido en cuenta en nuestros cálculos nos arroje la primera cuerda. Lo que surge de esta correspondencia no es una filosofía del poder sino una resonancia de la vida: no una nueva metafísica sino una nueva fisiología.

Nos enseña que el Poder no es un bien disponible para el hombre: no está a nuestra disposición en cualquier momento y lugar. Lo único que puede hacer el hombre es disponerse a recibirlo. El Poder no establece “alianza permanente con el hombre”, pero le hace falta el hombre para hacer fructificar la tierra. Cuando incorporamos esta “clave de poder” aprendemos el manejo de la economía providencial: una economía que no surge de las teorías económicas sino de la energía viva que circula por el Árbol de la Vida y cuya memoria hemos perdido desde que salimos del Paraíso.

Nos enseña que no podemos retener el Poder sin consecuencias: sin que el Poder mismo nos abandone (dejándonos cristalizados en el tiempo) o nos destruya (por disolución o degradación de la vida). Nos enseña que la única forma de poseer los “dones” del Poder es cuando entregamos a la gran corriente de la vida los frutos del Poder. Dar es recibir: eso ya lo habíamos aprendido de la filosofía espiritual: pero ahora lo volvemos a aprender de la mano de una ética-fisiológica, que nos enseña a transformar los valores del alma en química de la vida.

Nos enseña que el no-tiempo sagrado del Poder se entrelaza misteriosamente con el tiempo histórico del hombre y teje-y-desteje (con el hombre) la imagen del mundo y la tela de la vida. Y cuando alcanzamos a descubrir el signo del tiempo vemos que el Hombre, por “clave de Alianza”,

puede revertir la dirección de la flecha de sentido y
quebrar el sentido trágico de la historia.

Otro inicio, otro destino, otra misión.

Su conciencia expansiva lo lleva “más allá del horizonte”:
hacia

Homo universitas.

Su voluntad participante lo trae “más acá del tiempo”:
vuelve a su pueblo, trayendo palabra de vida a quienes se
quedaron esperando al borde de la fuente. Viene como mensajero del Templo a construir un “arca social”: en misión de

Trans-misión Gen-ética.

2. *Homo universitas*

¡Idea-símbolo!

No es fácil nombrar con una sola palabra la ambigüedad esencial del ser, el conocimiento, la vida.

¿Qué es *Homo universitas*? No es un concepto. Es una *In-vestidura*: término que por otra parte no hace a la idea más clara sino más oscura, pero que nos remite a “otra función”, a “otro lugar”. Sin darnos cuenta hemos sido arrebatados de nuestra antigua morada: el punto de apoyo de la conciencia ha sido transferido a “otro sitio”.

¡Sitio peligroso!

Es difícil sostenerse en el vacío sin caer. En este sitio no sólo habla el hombre, habla la Lengua. Y la Lengua habla “con” el universo-y-el-hombre: *Homo universitas*.

Homo universitas es una forma-estado del saber.

¿Cómo llegar a ese *sitio-estado*? No puedo llegar a él por ningún camino, porque ya estoy en ese *estado*. Lo único que puedo hacer es disponerme a “no-hacer-haciendo”. Cuando caen todas mis opiniones y las representaciones que tengo del mundo me doy cuenta de que la Lengua-Madre vuelve a *respirar*, ya no soy yo quien respira, Ella respira en mí. *Homo universitas* es un estado del saber que no viene por el camino del conocimiento habitual sino que se revela en mí por resonancia de similitud con la gran corriente que circula por el Árbol de la Vida.

Ciencia sagrada

La Lengua-Madre *resuena* en todos los reinos, *respira* en todas las funciones, *enseña* en todos los templos. *Homo universitas* opera como “puente”, como “medio”, como “mensajero”, entre el *Son* primordial de la Lengua y la geometría de la vida.

Cuando digo que al caer las opiniones, las interpretaciones, las representaciones, la Lengua Madre “vuelve a respirar”, no quiero significar con ello que la corriente fundamental de la Lengua quede desvinculada del pensamiento, sino

que “la Lengua respira “con” el pensamiento”; nace otra función, *Junción, de re-sonancia*: el “*logos* racional” queda in-corporado a la “transgen-ética de la vida” (en otros términos: aquí el saber no es sólo conocimiento, es también cuerpo).

¿Cómo se pasa del “conocimiento” al “cuerpo”?

Del camino de la *piedra* (Compostela, Chartres),
y del camino del *logos* (la Academia, la escolástica, la Ilustración),
pasamos a la génesis de las *proteínas*.

¿Ruta de las proteínas?

¿Cómo nacen, cómo se pliegan, cómo se activan o desactivan las proteínas que constituyen la arquitectura funcional de nuestro propio cuerpo? Para la biología molecular, un problema técnico. Para la filosofía del lenguaje, un poema geométrico. Para la ciencia (*scientia*) del *Homo universitas*, el camino vibratorio de la Palabra: movimiento funcional de la vida que otorga sentido a la “piedra”, al *logos*, a las “proteínas”.

De la teoría de la información pasamos a la re-sonancia de significación.

Esta “significación” se nos hace *audible* cuando de la visión de los hechos pasamos a escuchar el alma de los hechos: “alumbramiento audible”. ¿Exaltación mística?, ¿o revelación de la ciencia?

¡Revelación de la ciencia!

No hay que confundir los datos de la ciencia, la teoría de la ciencia, los resultados de la investigación científica, con la “revelación de la ciencia”. Dicho de otro modo, una cosa es el “resultado” y otra *aquello* que se manifiesta en el resultado: la visión del resultado puede no ser audible para el investigador que no ve más que el resultado. *Homo universitas* no niega la ciencia, pero no se limita a los resultados de la ciencia. Tampoco es “otra” ciencia u “otra” universidad: es otra estructura, otra función, otra “molécula”: ritmo in-sonoro que tiende el puente entre el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida. Leo en el diario *La Nación* (Buenos Aires, 13 de abril de 1996) en un artículo firmado por Nora Bär, que un investigador argentino, Fernando Nottenbohm, que trabaja en la Rockefeller University, descubre que “en el cerebro de los pájaros adultos se producen constantemente nuevas neuronas, contrariando la opinión corriente de que los animales superiores y el hombre tienen desde que nacen la dotación completa de neuronas y que no hay posibilidad alguna de regeneración”. Mi observación es que este y tantos otros descubrimientos científicos tanto pueden ser “leídos” como datos técnicos (que pueden conducir a resultados utilitarios) como ser “oídos” como señales anunciadoras (posibilidad de desarrollo de nuevas funciones de la vida). ¿Qué me dice la revelación de la ciencia? ¿A qué me llama el dato de “renovación de neuronas” en el cerebro de los pájaros?, ¿a implantar un “gen” de pájaro para reparar mi cerebro dañado? ¿o a re-generar “otro” cerebro para volar?

Homo universitas es “código” simbólico de trans-figuración. Casi “diría otro “molde”: *matriz* de transición *gen-ética*. No se trata de la figura del “hombre universal” (tal como fuera concebida la idea por los sabios-artistas del Renacimiento), sino más bien del “salto” de la oruga a la mariposa: nadie sabe lo que pasa entre esos dos estados.

¿Cómo se pasa del hombre de los hielos al pájaro que habla?

Es como pasar de la sabiduría del mundo antiguo depositada en la Biblioteca de Alejandría al *logos* racional de la nueva mente griega.

Es como pasar de la mente técnica de internet al corazón místico de *Homo universitas*.

Homo universitas también utiliza la red, pero no para quedarse en la red sino para salir de la red.

Dicha transición *gen-ética* es algo más que una “transvaloración de todos los valores” (tal como aparece en la filosofía de Nietzsche), algo más que un “paso evolutivo” (semejante a la transición entre funciones vegetativas del cerebro antiguo -paleocórtex- y el pensamiento y lenguaje del cerebro racional -neocórtex-), algo más que un “paso cultural” del mito al *logos*. De la genética biológica pasamos a otro *estado*, que no podemos representar; giro de la corriente profunda de la vida que nos lleva a una base más firme, a una “piedra” más segura: para edificar ya no “sobre” ella sino “con” ella la futura ciudad del hombre. Transición *gen-ética* es un salto cualitativo a “otro” “Código” de la vida, sin que podamos saber de dónde viene este “gen” ni a dónde nos lleva: de golpe aparece una nueva *molécula*, un nuevo *mensajero*, y nos encontramos en “otro” *sitio* hablando “otra” *lengua*. Y esto es lo que nos pasa en el tiempo de hoy: se ha quebrado el molde, se han partido las aguas. Fractura *gen-ética*: a la vez en el orden de los valores y en el orden de la vida. Por eso cada vez nos entendemos menos: porque el hombre histórico que conocimos se ha transfigurado, vuelve con “otro” código, habla “otra” lengua, pertenece a “otro” reino.

En este “tiempo de fin de la historia” el método científico experimental de Claude Bernard curva su trayectoria para acoplarse al pensamiento rítmico de los poetas románticos:

... todo es jeroglífico... y el poeta no es sino el traductor, el que descifra.
Charles Baudelaire, “L’Art romantique”

Homo universitas es un estado que se revela por interpenetración de estados.

Toda la historia del pensamiento de Occidente gira en torno a la necesidad de comunicarnos, de entendernos: voluntad de captar y transmitir ese *verbo* esencial que habita *entre* nosotros. Para acceder a ese “entre” Platón propuso el *diálogo* (*dia-legein*) y Hegel la *dialéctica*; y es a través del movimiento “dia-lógico” de la conciencia como hemos venido a conocer todo lo que hoy llamamos filosofía, ciencia, teología y comunicación social. Pero he aquí que cuando este “diálogo” entre la conciencia natural y el saber real cree alcanzar su máxima *verdad* en la creación de una imagen “objetiva” del mundo, su máxima *certeza* de cálculo en los viajes espaciales, su máxima *velocidad* de comunicación a través de la red informática que cubre todo el planeta, dicha “verdad” y dicha “certeza” vuelven a nosotros como sentimiento de máxima incertidumbre y máxima incomunicación. ¿Qué ha ocurrido? ¿Que el lenguaje “dia-lógico” nos había mostrado una sola cara de la realidad! El propio *logos*, tal como lo hemos interpretado hasta ahora, se muestra insuficiente para responder con “verdad” y “certeza” a

las cataclísmicas transformaciones del mundo. Dicho de otro modo: en la raíz de nuestro tiempo de crisis advertimos una “catástrofe” de significados; se ha producido el hundimiento del “marco dialógico” que, hasta ayer nomás, sostenía la imagen del mundo. Y quedamos a la intemperie:

El mundo es mucho más de lo que habíamos imaginado.

Hay otras fuerzas que escapan a los ojos del microscopio electrónico, otras corrientes de la vida que no ven los satélites en órbita, otras significaciones que no se dejan atrapar en la red de la antigua lógica.

Aquí, a la intemperie, el universo le habla al hombre con otro lenguaje. Pero ¿dónde está la antigua lógica? Ha quedado *in-corporada* al Árbol de la Vida como “servomecanismo” de una lengua de resonancia por similitud.

¿Otro medio de comunicación?

¿Es acaso el lenguaje simbólico de la ciencia y la técnica?

Yo pienso que la propia ciencia ha quedado atrapada en el “molde” de la antigua-nueva “lógica”, y que pese a su extraordinario desarrollo el pensamiento científico nos muestra hoy una sola cara del mundo: “la mitad de la fórmula”. Ante la huida de los antiguos dioses la ciencia viene al hombre como “mensaje de salvación” pero el nuevo hombre ha tomado sobre sí mismo la misión de “salvar la ciencia”.

¿Salvar la ciencia?

¿Salvarla de qué? Salvarla de la absolutización de sus resultados: salvarla de la dogmática de la ciencia.

En mi libro *Universidad de síntesis*, al preguntarme por la unidad del conocimiento, respondía diciendo que “la filosofía de la ciencia es insuficiente para fundar una epistemología de síntesis”. Y citaba al respecto palabras de Octavio Paz:

Quizá la metafísica de mañana, si el hombre venidero aún siente la necesidad del pensar metafísico, se iniciará como una crítica de la ciencia.

Octavio Paz, *Corriente alterna*

Hoy el hombre venidero ya no siente la necesidad del “pensar metafísico”, y la “crítica de la ciencia” no viene desde las ramas de la filosofía sino desde las raíces de la vida.

El sentir de la vida no cuestiona los resultados de la ciencia sino la absolutización de dichos resultados: no niega el método científico, pero sí la dogmática de la ciencia. Sin darnos cuenta, nuestra propia mente técnica ha sustituido la contemplación del orden sagrado del mundo por la verdad objetiva proclamada por la ciencia. El paradigma de creencia del hombre contemporáneo podría resumirse en estas pocas palabras:

“Si está comprobado por la ciencia *es verdad*”.

Si su electroencefalograma ya no registra actividad, usted es declarado oficialmente “muerto”, y el poder político autoriza a los equipos médicos a extraer

le un órgano vivo. El dogma de la “muerte cerebral” hace de la muerte un dato objetivo, representable, comprobable, medible; en realidad usted ha muerto de “muerte técnica”: el misterio de la muerte ha desaparecido.

Homo universitas no viene con una nueva filosofía de la ciencia o un nuevo dogma religioso: viene con un nuevo instrumento orgánico. Libera al saber de la carga de datos empíricos acumulados por las ciencias particulares, la interminable crónica de acontecimientos históricos, la complejidad de teorías científicas, sistemas filosóficos, doctrinas teológicas que han conformado la imagen lógico-técnica del mundo. Y cuando los “residuos” del conocimiento y la historia quedan al borde del camino el alma se abre a un sentir profundo de resonancia cósmica: donde la vida y la muerte hablan con “otro” lenguaje.

Gen-ética de liberación

Es un torbellino de fuego sagrado que nos arrastra a todos. Las guerras de independencia, las revoluciones políticas de liberación, las promesas de liberación de la ciencia, la técnica, las religiones, todo esto había quedado atrás. Yo había penetrado en otro espacio: no había aquí universidades ni templos. Recorredé el Apocalipsis, cuando habla del “descenso de la ciudad santa... pero templo no vi en ella...” (Ap. 21.10:22). Pero no era el apocalipsis: todo parecía igual, pero no era.

Gen-ética de liberación no es una teoría, es una chispa que incendia la pradera: chispa que toma por asalto los recintos atómicos de la materia y prepara el estallido de funciones cósmicas de la vida.

Gen-ética de liberación no es una ideología, es una fuerza: pero necesitamos un marco teórico para manejar esa fuerza, fuerza que conmueve nuestras vidas desde las raíces mismas de la Vida. Y es este marco teórico el que intento representar (por lo menos en sus líneas fundamentales) bajo la idea-símbolo de *Homo universitas*.

Homo universitas es idea-síntesis que está instalada en *germen* en el *anima mundi*: constituye la raíz *gen-ética* de la revolución que viene. Digo “en germen” (es decir, sin adecuado esclarecimiento intelectual), pero cuyos primeros destellos se hacen visibles en la teoría de la ciencia moderna.

La teoría de la ciencia se adelanta a la revolución social

¿Cómo caracterizar estos “destellos” del saber que anticipan el advenimiento de nuevas moléculas de la vida?

Georg Picht, filósofo crítico de la posmodernidad, anunciaba una “ciencia a la segunda potencia”. Y Einstein le dice a Heisenberg: “Jamás es posible introducir sólo magnitudes observables en una teoría. Qué sea lo observable depende de la teoría”. Pero yo me pregunto: ¿qué es teoría? *Theoria*, en su significación original (*theorein*), nos remite a *contemplación*. De todos modos, también la “contemplación” (sea filosófica, poética o mística) queda atrapada en la sutil red del antiguo *logos*: sólo alcanzó a revelar “la mitad de la fórmula”: leyó las señales del cielo, pero no pudo bajarlas a la tierra. Lo que yo llamo aquí “revolución del saber” (que con más propiedad debiéramos llamar “revolución del método”) consiste en transcribir la mística de contemplación espiritual a una *gen-ética* de transfiguración social: devolviendo a la Obra la “otra mitad” de la fórmula.

¿Revolución del método?

Mientras *Homo ratiōis* recorre ávidamente las redes electrónicas en busca de datos y más datos (más información y más basura), *Homo universitas* “sobrevuela” el disco rígido del sistema social computarizado por el *logos* para *contemplar* las ideas madre (*theoría* de la teoría) y *transcribir* (en cuanto “mensajero”) dichas matrices-arquetípicas al lenguaje simbólico de ciencia y técnica. Este “giro” de la *contemplación* a la *plasmación* (movimiento unificado del conocimiento-y-la-vida) ya no se realiza en los laboratorios fisicoquímicos, en los aceleradores de partículas, en las cápsulas espaciales o en los templos en ruinas sino en el espacio interior del hombre mismo: primera “piedra” en la re-construcción del Templo.

La revolución del método pone al descubierto el tiempo del hombre.

Dicho de otra manera: “Para que la luz de la estrella-guía entre en la historia hace falta un suelo que le permita apoyar el pie”. Para que la idea fuerza del cristianismo naciente pudiera ser asimilada por el pensamiento de Occidente tuvo que apoyarse en la filosofía griega. Los “profetas del Renacimiento” (Schuré) plasmaron las ideas madres en obras de arte. Los padres de la ciencia moderna tradujeron el alumbramiento inicial de la nueva edad en lengua matemática. Pero luego vinieron los técnicos y los filósofos críticos de la posmodernidad y sólo vieron las sombras proyectadas en las paredes de la caverna. Las revoluciones políticas, las filosofías del “fin de la historia”, las revueltas estudiantiles, la vanguardia artística, las nuevas religiones, todos estos movimientos, cada uno a su modo, hicieron la “crítica” de lo que llamaron “mitos del mundo moderno”, pero al perder contacto con la luz de la Revelación primera quedaron “atrapados” por el poder fantasmal de los mismos mitos que querían expulsar de la historia: las ideas madre del nuevo cielo se ocultaron una vez más de la mirada del hombre y prevalecieron las sombras (aun más oscuras) de la antigua tierra.

¿Pero, qué *son* estas ideas madres? ¿Quiénes son sus “mensajeros”?

¿Cómo ingresa la luz del “mensaje” en el horizonte del nuevo signo del tiempo? Demasiadas preguntas para un resplandor que se oculta. Sólo quisiera detenerme en alguno de los principios-guía que configuran la “revelación de la ciencia”. Veamos lo que pasa con el llamado *cuanto de luz*.

¡“Cuanto de luz”! Enigmático “Koan” en el campo del conocimiento científico.

A comienzos de siglo Einstein, uno de los mensajeros del nuevo tiempo, propone la idea de “cuanto de luz”: aun una mente tan esclarecida como la de Niels Bohr no aceptó esa idea. Luego vino todo el desarrollo de la teoría cuántica, el principio de incertidumbre, la antimateria. Hoy nos resulta familiar el “concepto” de cuantificación de la energía, pero venimos a darnos cuenta de que lo que llamamos “cuanto de luz” es más que un concepto, es un símbolo, una señal, una estrella en el firmamento del hombre posatómico. Y surgen las preguntas: la idea de “cuanto de luz” ¿era sólo una idea-concepto que desmoronaba los castillos de arena que había edificado la mecánica racional, o era idea madre que embestía los edificios atómicos de la antigua materia para crear “con ella” las rutas invisibles del nuevo mundo del hombre?

En síntesis y yendo a lo más esencial: “cuanto de luz”, ¿es sólo palabra técnica para designar un determinado comportamiento de la luz?, ¿o palabra-testimonio para nombrar (simbólicamente) un destello del saber?

La Revelación no vino en la forma que habíamos imaginado. Comenzamos a ver la “trayectoria” de las ideas madre (si todavía podemos hablar de trayectoria

en este nuevo reino). Habíamos oído que en los orígenes “el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas” (Gén. 1:2). Y ahora veíamos que el “cuanto de luz” desprendido de la estrella de Einstein se cernía como mensaje hablado en lengua matemática sobre la mente de científicos y sabios. Pronto vendrían los magos, siguiendo la luz de la estrella; y los magos-técnicos (incluyendo al propio Einstein) quisieron tener la estrella en la mano: y fabricaron la bomba y quedaron des-lumbrados.

“Más brillante que mil soles...”, exclama Oppenheimer.

Pero una vez más se materializó la Idea: el poder de la técnica ocultó el resplandor primero.

¿Dios había muerto esta vez de muerte-técnica? No, la idea madre no había muerto, se había retirado como “resplandor que se oculta”: dejando su “huella”, su “impronta” en la materia del mundo. ¿Cómo recuperar esa “huella” para la conciencia del hombre?

Lenguaje “vibratorio” de la nueva edad

Pronto habríamos de darnos cuenta de que en esta era de ruptura de simetría de la materia, de transiciones cuánticas de energía a nivel atómico, de súbitas transiciones de fase a escala social, ruptura del equilibrio ecológico, enfermedades de autoinmunidad, habríamos de darnos cuenta de que, como “contrapunto” del derrumbe de mitos, interpretaciones y sistemas, un nuevo lenguaje vibratorio “re-sonaba” en el mundo interior del hombre. Ya no veníamos a interpretar el mundo, ni siquiera a transformarlo: buscábamos lo que ya habíamos encontrado.

Buscábamos (buscamos):
no sólo salvar la ciencia sino
salvar el alma.
También buscamos salvar el cuerpo,
un cuerpo que ya no resiste
el impacto de la furia cósmica.

Hemos entrado en resonancia con las fuerzas vivas del universo, resonancia peligrosa: puede hacer estallar la copa.

¿Cómo era, cómo *es*, el nuevo lenguaje de resonancia por similitud?

Una vez más me detengo antes de responder. Vuelvo a retomar la “*theoria* del Lenguaje”, pero ya no para proyectar una nueva idea del hombre sino para escuchar la palabra-sentido que quiebra la imagen del mundo.

No sólo los antiguos maestros espirituales, también los padres de la ciencia moderna hablaron en parábolas. Habíamos entrado en “otro” mundo, el mensaje venía de la mano de “otros” mensajeros (que hablaban “otra lengua”). Werner Heisenberg, refiriéndose a sus impresiones en el seminario de Gotinga (1922), dice lo siguiente en *Conversaciones con Einstein y otros ensayos*: “Bohr insistía una y otra vez en que evidentemente el lenguaje humano no bastaba

para describir los procesos del interior del átomo..., y con respecto al modelo atómico que el mismo Bohr presentó en aquel seminario, Bohr me confirmó lo que Pauli y yo sospechábamos: los complejos modelos atómicos no los había calculado según la mecánica clásica, sino que se le habían ocurrido intuitivamente en base a la experiencia y a modo de imágenes, en la medida justamente en que las imágenes mecánicas son aptas para representar los modelos atómicos". Una cosa resultaba clara en este "círculo hermético de los científicos cuánticos": los "nuevos videntes" no encontraban palabra adecuada para nombrar fenómenos que ocurrían en ese extraño mundo donde $a \times b$ no es necesariamente igual a $b \times a$. Todavía hasta 1922, época en la que Heisenberg hacía estas reflexiones, se podía hablar simplemente de "mecánica cuántica" como modo de pensar por analogía la relación entre el comportamiento del salto cuántico y las leyes conocidas de la mecánica clásica. No se trataba de una teoría científica más, que venía a hacer más inteligible la trama del mundo físico: se trataba de hacer inteligible el mensaje de esa palabra-energía que había quebrado la antigua imagen del mundo. El "cuanto de luz" no vino a traer la paz sino la paradoja.

"Teoría de la relatividad", "cuanto de luz", "mecánica cuántica", "principio de incertidumbre", "ecuación de onda": "notas" simbólicas de un primer movimiento (un "oro del Rin") en la gran sinfonía cósmica interpretada en la catedral de la ciencia; primeros violines: Einstein, Planck, Bohr, Heisenberg, Pauli. Pero en 1928 Paul Dirac sube al podio de la orquesta y con un golpe de su batuta matemática armoniza el contrapunto entre la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica (también Juan Sebastián Bach había hecho una síntesis de contrapunto y armonía). En el "Clave bien temperado" de Dirac la notación musical resultaba tan extraña que los físicos de su tiempo se resistieron a aceptarla: a una partícula de carga positiva correspondía un "agujero de carga negativa" (al electrón que se ve, un positrón que no se ve; a la materia, una presunta antimateria); ni siquiera se hablaba aquí de partículas sino de "simetrías fundamentales". ¿Qué había ocurrido? Ni el propio Dirac lo tenía del todo claro: él también "había sido golpeado por Apolo". Tras el velo de la compleja formulación matemática Dirac había visto el "otro" lado de las cosas, el "mundo del revés"; había vislumbrado la "asimetría cósmica" y pre-sentido un "jardín de flores inexistentes", pero la propia estructura del pensamiento científico de su tiempo no le permitiría ir demasiado lejos. Quienes lo siguieron quizá fueron más lejos, pero se perdieron por el camino, no pudieron volver. Los físicos que buscaban la "última" partícula elemental se encontraron con una "lluvia" de partículas; los cosmólogos que buscaban descifrar la estructura fundamental del universo se perdieron en un mar de modelos matemáticos; los biólogos que buscaban el "eslabón perdido" se perdieron en las bifurcaciones indefinidas del árbol de las generaciones. En resumen, por el camino de la ciencia logramos extraordinarios resultados prácticos: llegamos muy lejos, pero no supimos volver a la casa de nuestro padre. Y aquí surge una pregunta inquietante:

¿Existe realmente un camino de retorno?

Muchos de los que están *no son*,
y algunos que *son no están*.

Si por el camino de la ciencia no podíamos responder a esta pregunta, ¿sería posible hacerlo por el camino de la filosofía? Hegel, en su *Fenomenología del Espíritu* (1807), había dicho que sí, al postular la *dialéctica* como “movimiento *inverso* de la conciencia”. Y la filosofía política de su tiempo tomó en sus manos el pensamiento dialéctico como herramienta teórica para la transformación del mundo. Pero a pesar de que la dialéctica revolucionaria abriéndose camino por la palabra encendida de un Marx, un Lenin, un Mao Tse Tung, quebrara la estructura política y económica del sistema dominante de la época, esa dialéctica debía naufragar en el orden social por sus propias contradicciones internas. Una vez más, nos habíamos perdido en un camino “sin retorno”.

Ni por el camino de la ciencia, ni por el camino de la filosofía, ni por el camino de la revolución pudimos encontrar la “palabra de pase” entre los resultados del esfuerzo humano y el sentido de la Obra. ¿Qué había ocurrido?

¡Que el mundo marchaba más rápidamente que nuestra capacidad para comprenderlo! El obstáculo ya no era el poder político y económico del sistema dominante sino el “mandato dominante” que el antiguo eón había impreso como *meta* de desarrollo de la conciencia racional. El Evangelio simboliza este “mandato” como “tentación del desierto”: “Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (Mt. 4:3). Y el Hijo de Dios responde con un no al príncipe de este mundo: “No sólo de pan vive el hombre”. Pero el “no sólo” no es una simple negación sino una *negación afirmativa*: “No sólo de pan vive el hombre... sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4). La tradición racional de Occidente se quedó con el “no” de la primera parte de la sentencia evangélica, trazando con ello una radical separación entre valores materiales y espirituales. Recién hoy, al quebrarse el molde estrecho de la antigua mente, comenzamos a “oír” el *son* significante de la “palabra de retorno”.

Hemos entrado en un nuevo eón, las líneas de fuerza del campo magnético-espiritual *curvan* la trayectoria del lenguaje, la Lengua-Madre vuelve a *respirar* y la palabra de *Homo universitas* re-suena en nuestro corazón como “ritmo de reversibilidad de valores”: sin darnos cuenta, el centro de gravitación de la conciencia ha sido trasladado a otro chakra.

Lo importante no es ya lo que decimos
sino el lugar desde donde lo decimos.

Reversibilidad de valores

Es una función de “vida-total”. Como *principio* cosmogónico y metafísico, dicha reversibilidad ha sido preservada bajo el velo de mitos, alegorías y símbolos en la tradición espiritual de los distintos pueblos de la tierra; pero en cuanto *función* reclama hoy una teoría para el desarrollo del niño que anuncia su llegada.

La ciencia, la filosofía, la metafísica, vislumbraron una fase de “retorno” en el movimiento de la conciencia, pero no alcanzaron a develar la “clave” del movimiento-total de universo-hombre-vida. Dicha “clave” escapa a toda explicación,

a toda interpretación, pero resuena como palabra guía en las paredes del corazón: “prestar oído” a la *sabiduría-savia* del corazón es el primer paso en la mística de los hombres y las mujeres que vienen. El paso siguiente es “fijación”.

¿Qué es “fijación”? Tomo el término no como concepto mecánico: “hacer fya, estable una cosa”, sino como símbolo de la alquimia-mística del corazón: punto crítico de estabilidad-dinámica, fijación-expansión, reversibilidad de valores.

Fijación, ritmo y medida configuran el “acorde fundamental” de *Homo universitas*, la nota clave de su fisiología-espiritual: “No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”, pero al “enraizar” esta Palabra en su propio corazón puede el hombre (en una cierta medida) transformar las piedras en pan.

En este punto crítico el *corpus mysticum* se trans-
figura en *arkha socialis*.

El descubrimiento del “punto” de fijación de la Palabra divina en el corazón del hombre marca un *acontecer fundacional*: señala la transición entre la filosofía especulativa y la mística en acción, entre el conocimiento científico-experimental y la sabiduría-savia de la vida, entre la política económica de las naciones y la economía providencial del universo.

Ortega y Gasset, desde principios de siglo, percibió con aguda sensibilidad el advenimiento de “misterios cardinales” que quebraban la penumbra de la historia. Pero advierte:

Lo viejo podemos encontrarlo donde quiera: en los libros, en las costumbres, en las palabras y en los rostros de los demás. Pero, lo nuevo, lo nuevo que hacia la vida viene, sólo podemos encontrarlo inclinando el oído pura y fielmente a los rumores de nuestro corazón. (José Ortega y Gasset, *El espectador*)

Al llegar a este “punto” donde ya no tenemos punto de apoyo, donde colapsan todas las figuras de la conciencia, donde el re-sonar de la Lengua nos deja sin palabras, en dicho punto cero la propia corriente del saber invierte su signo y nos “devuelve” al punto de partida: a la pregunta por *Homo universitas*. Pero ahora ya no preguntamos por el *qué*, sino por el *quién*. ¿Quién viene a dar “forma” y “función” al *alma mater* del mundo?

Se han retirado los antiguos dioses.
Han caído los modernos mitos.
El Templo ha quedado vacío.

Brecha *gen-ética* en la gran corriente del saber

Se nos aparece aquí una fractura epistemológica e histórica entre el mensaje pro-fético que A-nuncia el nacimiento de nuevas funciones de la vida y el paradigma dominante de las ya antiguas universidades. Quizá una brecha parecida a la que se dio en plena Edad Media entre la tradición monástica de Occidente y el nacimiento de las primeras universidades: salto a “otro” escenario histórico, a “otro” espacio del saber. Pero volviendo a la pregunta sobre ¿quién pro-

mueve dicho salto?: ¿sólo una voluntad humana para crear la *universitas* (comunidad de maestros y alumnos en procura del saber)?, ¿o un Saber que convoca?

Yo pienso que no sólo el hombre busca el saber, sino que el Saber mismo viene en busca del hombre: dejando su huella en caminos aún no hollados por el hombre. ¿Cómo son estos caminos y dónde están dichas huellas?

La marcha durante milenios por los caminos de piedra dejó en el cerebro huellas físicas. Hoy la “onda pro-fética” imprime una “huella magnética” en un plasma ígneo: y pro-mueve un “cerebro de resonancia magnética”. Con el antiguo cerebro físico podemos *ver*, con el nuevo cerebro magnético podemos pre-*ver* (ver lo que se manifiesta *antes* de ver). Algunas de las ideas fundamentales de la nueva ciencia, tales como “salto cuántico”, “principio de complementariedad”, “ruptura de simetría”, “antimateria”, han sido pre-vistas por la mente cósmica de los jóvenes sabios de la nueva era.

Homo universitas: una “fisiología cósmica” olvidada.

No sólo con otros *valores* sino con otro *cerebro*.

El Saber no viene hoy como institución sino como *arkha*. Quiero decir, no viene como pura información, principio metafísico, arcano simbólico, fe religiosa, sino como “poder de rescate”: rescate de la propia conciencia de las turbulentas aguas de la vida. Ese “rescate” se produce cuando el Saber *vuelve* a grabar las leyes del cielo en la materia del hombre. Y digo expresamente “vuelve”: no sólo porque dichas leyes han sido olvidadas sino porque la esencia del “rescate” es una “vuelta” de la materia del mundo a la Fuente de la Vida, algo así como un viaje de “retorno” a Tierra Santa. Pero el hombre no entra “solo” en el *arca*, “entra con” los demás reinos: *Homo universitas*.

¡“Retomo al Templo con los demás reinos”!

Ya no es sólo “uno”, ni son “todos”: es “uno con todos”. Esto es imposible de entender dentro de la imagen del mundo que nos impone la estructura del lenguaje.

Yo pude darme cuenta, por lo menos en alguna medida (cuando vino el “segundo diluvio” y la imagen del mundo cayó hecha pedazos junto a mi propia imagen), de que una poderosa corriente me arrastraba rumbo a las estrellas; éramos muchos en el “arca”, pero “entre todos” yo seguía siendo yo-mismo. Al llegar a cierto punto perdí la conciencia y de golpe me encontré de nuevo en el mundo cotidiano; nada parecía haber cambiado, pero todo estaba teñido de ilusión: yo era y no era el mismo. En realidad el mundo tenía la misma “apariencia”, pero eran “otros” los prot-agonistas de la historia. El drama real había comenzado en “otra” parte, en “otro” escenario, y los acontecimientos que desfilaban delante de mis ojos eran apenas una representación de algo más esencial que acontecía a mis espaldas: una especie de teatro de sombras. Yo “estaba-con-otros-en el arca”, pero ¿qué era el arca? ¿Sólo un “arca de supervivencia” para salvarnos del diluvio universal? ¿O un “arca de

gestación” para iniciar viaje a las estrellas? Al fin y al cabo no sería la primera vez: también el “pesebre, el nacimiento del niño y el viaje de los magos de Oriente guiados por la Estrella” (Mt. 2:1) configuraban un arca de iniciación.

Y llegué a comprender un poco mejor lo que se estaba gestando en la entraña de la tierra:

¡Estábamos preparando un nuevo nacimiento!

Habíamos alcanzado un punto crítico en la curva del tiempo, donde las leyes creadas por el hombre cambiaban de signo y las cosas perdían su sustento. Sí, había un “diluvio” (el decorado se hundía bajo las aguas: catástrofe social), pero también había un “arca” (algo esencial quedaba preservado, quizá el patrimonio *gen-ético* de la humanidad total: no sólo el hombre y los demás reinos de la naturaleza, también los “magos” que aportaban dones de sabiduría al niño por nacer), y había una “estrella” que marcaba el rumbo al caminante. Una nueva constelación de signos se dibujaba en el espacio recién abierto: la “catástrofe” preanunciaba la “estrella” y ponía al descubierto el “arca”. ¿Pero qué era aquello esencial “salvado de las aguas”?

Los sabios y los santos de ayer y de hoy le dieron distintos nombres. Yo prefiero llamarlo un “gen sagrado”: pero no es una cuestión de nombres sino de “testimonio”.

Vuelvo a la idea-gen de *Homo universitas*.

Homo universitas no es una nueva imagen del hombre ni tampoco una figura del lenguaje para representar algo así como “el puesto del hombre en el cosmos”.

Homo universitas quiere significar “Tercera naturaleza” (la primera: *natura-naturans*) la hemos destruido; la segunda (naturaleza técnica) nos está destruyendo; la tercera es “homo-arca-estrella”. No tenemos palabra para nombrar un *estado* de la materia que va más allá de las cuatro dimensiones del espacio-tiempo. ¡Pero ya no estamos solos! El dios-imagen ha huido del Templo, pero el universo sagrado habla con nosotros por inter-medio de “moléculas mensajeras”. El arca ya no navega sobre las aguas sino *por debajo* de las aguas:

... se ha de recordar
para hacer bien el trabajo,
que el fuego, pa calentar,
debe ir siempre abajo. (*Martín Fierro*)

Desde las raíces del árbol de la vida iniciábamos el ascenso hacia el Quinto Reino. Con “otro” código *gen-ético*, con “otros” mensajeros.

¡Moléculas mensajeras!

¿Son realmente moléculas (tal como lo entiende la química moderna)? ¿O son “poderes”, ideas madre codificadas en lenguaje logoquímico? Comenzamos a tra-

tar con estos “poderes-moléculas” de la vida (y de la muerte: porque también hay “células asesinas” circulando en nuestra propia sangre). Ya no vivimos en un mundo de imágenes, sino de “poderes”: radiación ultravioleta que se filtra por el agujero de ozono, lluvia de neutrinos que atraviesan nuestro cuerpo sin que nos demos cuenta, virus asesinos que toman por asalto la ciudadela del hombre. No tenemos necesidad de ir a buscar los misterios del universo en lejanas estrellas: el universo ha entrado en nuestra propia casa, y nuestra casa *es* el universo: *Homo universitas*.

A la vanguardia de insospechados acontecimientos

De la “lógica” del pensamiento pasamos a la “geometría” de la vida. Los conductores formados en la actual universidad profesionalista no tienen respuesta para los problemas del hombre; dicho de otro modo: la ciencia que ha creado el mundo objetivo se muestra insuficiente para gobernar la fuerza irracional que viene a destruirlo. Las señales de los centros de poder no son respuestas para “curar” la patología social, sino medidas para adaptarse a la enfermedad. ¿Cuál es el resultado de estas medidas?

¡Enfermedad de adaptación! De todas maneras, marchando por el desierto con “viento solar” de frente me animo a formular algunas preguntas. ¿Hacia dónde apunta la flecha de sentido? ¿Cuáles son las funciones sagradas del cuerpo social en gestación? ¿Cómo responder a las leyes acuñadas por la inteligencia cuando los relojes químicos de la vida marcan una hora diferente? La lógica de la “universidad” no puede responder a las necesidades de un mundo que se transforma más rápidamente que los modelos teóricos para comprenderlo. Presentimos más de lo que podemos decir.

Quizá la respuesta ya no venga de lo que piensan “los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los ancianos del pueblo” (modernos), sino de lo que presentían los alquimistas: “Arnaldo de Vilanova afirmaba que existe en la naturaleza una cierta sustancia pura, que descubierta y perfeccionada por el arte podía convertir en *sí misma* todos los cuerpos imperfectos que tocara”, dice Juan Cuatrecasas en *Ramón. Llull, médico y filósofo*. Y es lo que presentimos hoy al llegar a los confines del tiempo. Pero con una diferencia:

La “sustancia pura” ya no viene del atanor del alquimista sino del colapso de una estrella.

Homo universitas no es:

una corporación de sabios,
un concilio de sacerdotes,
una asamblea del pueblo.

Homo universitas es:

un *arkha* que viene
desde más allá del horizonte y
desde más acá del tiempo.

Pero ¿a qué viene?

Viene a Transmitir a la humanidad el mismo “gen sagrado” que se transmitió siempre, aun en las épocas más oscuras de la historia; viene a entregar la misma “piedra preciosa”, la misma “sustancia pura”, el mismo “pan”, el mismo “mercurio filosófico”: para tener vida, para que el hombre no sea sólo carne, no sólo máquina; viene a dar la “palabra viva” a quien quiera recibirla: la palabra que conecta los mundos, el poder que tiende el puente entre el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida, el amor que enlaza la luz de las estrellas con la sangre del corazón.

Una pausa:

Al explorar estos extraños caminos del conocimiento y la vida me doy cuenta de que llego a cierto punto y no puedo avanzar: el cuerpo marca un límite. Hay una frontera crítica en la que el pensamiento se detiene; no se trata de una barrera lógica, epistemológica: el “cuerpo” dice *no*. Tengo que detener aquí la marcha, todo se vuelve oscuro: la luz de la inteligencia cae a un abismo de sinsentido; es algo más que angustia existencial: es tiempo del cuerpo. La materia tiene su propio tiempo para asimilar las ideas: para in-corporar la luz.

Homo universitas irrumpe como matriz generativa de la

Nueva Escuela.

La escuela actual está en crisis: los jóvenes ya no tienen interés en un conocimiento que se ha vuelto extraño a la vida. La red informática a escala planetaria ha transformado la escuela moderna en una gigantesca Biblioteca de Alejandría (aunque sería mejor decir: en un hipermercado donde todo está al alcance de la mano). Quizá las nuevas generaciones de estudiantes tengan ya un nuevo cerebro (red neural correflexiva) pero se siguen muriendo por falta de vida.

3. Trans-misión gen-ética

Intento hacer audible el Silencio de los caminos invisibles.

Si entendemos por re-construcción del Templo la plasmación del In-pulso originario de la Revelación en la materia de la Obra, surge de inmediato una pregunta: ¿cuál es el Camino, el modo de Transmisión? Es algo más que teoría de la comunicación: no sólo código del Mensaje, sino función-misión de los Mensajeros.

Trans-misión *gen-ética*, en cuanto “huellas” de los “mensajeros del Templo” en las rutas del tiempo, es llave simbólica de acceso a la gran corriente de energía cósmica que “conduce y guía” las funciones sagradas de la vida: “resonancia” de la Palabra en la materia del hombre. Esta “resonancia humano-divina” marca un cambio cualitativo en la fisiología de nuestro cuerpo físico e imprime nuevo significado a las funciones del cuerpo social.

Lo que hasta ahora hemos llamado “obra de re-construcción del Templo” es al mismo tiempo alquimia de transmutación del “Cuerpo”.

Si por algún grave accidente cósmico-social las moléculas de la vida no pudieran reconocer las señales orientadoras de la Lengua Madre (eso ya está ocurriendo con las enfermedades de autoinmunidad), los seres humanos quedarían transformados ya no en estatuas de sal sino en figuras de piedra. Los *Mohai* de la isla de Pascua son testigos silenciosos de la catástrofe de una antigua raza: cuando un “gen sagrado” se pierde viene la enfermedad de la carne, la muerte del alma, el derrumbe de toda una civilización. Nosotros hoy, en la cresta de la ola de la era técnica, al mismo tiempo que avanzamos velozmente por los caminos de la ingeniería genética y la conquista del espacio comenzamos a presentir un “estado crítico” de la materia social, donde el vuelo de una mosca en el golfo de México puede desencadenar un tifón en el mar del Japón.

La llamada “teoría de catástrofes”, criticalidad autoorganizada, efecto dominó, no pertenece al dominio de anuncios apocalípticos del fin de los tiempos sino que viene avalada por estricta experimentación científica: todos los sistemas interactivos evolucionan hacia un estado crítico, una frontera peligrosa, en el que “el vuelo de una mosca” provoca una catástrofe: sea un terremoto, el colapso de un sistema ecológico, una estructura fisicoquímica disipativa (Prigogine y su escuela), una caída estrepitosa de la bolsa de valores, un crimen aberrante.

¿Cuáles son algunas de estas “señales anunciadoras” cuando nos detenemos a escuchar el mensaje de las corrientes profundas de la vida?

- Se ha roto el antiguo pacto con la naturaleza (Monod): catástrofe ecológica.
- Se ha quebrantado la racionalidad del pacto social; se ha negado la ley primera (“los hermanos sean unidos”); la solidaridad orgánica de la sociedad humana ha sido reemplazada por burocráticas instituciones llamadas de “seguridad social”; es el “fin de lo social”, en términos de Baudrillard (el hombre se ha vuelto extraño para el hombre).
- Se ha olvidado el pacto religioso originario: aun los hermanos de una misma creencia ya no se reconocen por el espíritu de la fe.

Y como si todo esto fuera poco, comenzamos a advertir peligrosas señales de “catástrofe de funciones” en las raíces mismas de nuestra biología molecular: no sólo colapso del cerebro por enfermedades degenerativas (Alzheimer), no sólo asalto de bacterias y virus asesinos, sino también destrucción orgánica por potenciales “células asesinas” de la misma sangre que de golpe desconocen a los tejidos del propio cuerpo y se lanzan contra ellos con furia devoradora (enfermedades autoinmunes). En pocas palabras, el *Homo sapiens* viene perdiendo posiciones en el planeta.

Todas estas “señales” que he enumerado sucintamente, “señales anunciadoras” (que anuncian no lo que va a venir sino lo que ya ha llegado), nos aproximan a una frontera peligrosa: “estado crítico” de la materia donde la vida se vuelve extraña para la vida. Es el poder de la Sombra que nos desafía a combatir en desigual batalla por el todo o la nada.

¡Guerra arkhetípica en el “Cuerpo”!

¡Los dioses se han retirado! Recordé la tremenda advertencia bíblica: “No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre porque no es más que carne” (Gén. 6:3). Los teóricos de la “criticalidad autoorganizativa” hablan de “ruido de fluctuación”. Y nosotros, que también oímos por dentro amenazadoras señales, tomamos conciencia de que cada vez necesitamos más “prótesis”, más “artificios”, más “simulacros” para sostener la realidad de un templo que se viene abajo. ¿Cuál es el real peligro que advertimos? Ya no el avance del materialismo dialéctico, la dictadura del proletariado, la sociedad de las hormigas (que ya está), o la sociedad de los poetas muertos (que también está). Más allá del horizonte que hoy nos ofrece como esperanza la revolución tecnológica, una Sombra se me viene encima y exclamo con A-sombro:

¡Si se interrumpiera la cadena de Trans-misión *Gen-ética*, la tierra misma podría quedar convertida en cementerio de la raza!

¿Trans-misión gen-ética?

Todavía muchos siguen creyendo que lo que hoy llamamos “crisis global” es de naturaleza fundamentalmente económica, que con un nuevo pacto político entre las naciones, nuevo pacto financiero de la banca mundial, inversión de capitales de riesgo en los países en desarrollo, transferencias de tecnología, seguridad social, represión del delito, que con todo esto no sólo vamos a salir de la

crisis sino que entraremos en una nueva era de crecimiento económico y justicia social.

Sin embargo, todo me hace pensar que el porvenir del hombre -entendido dicho “porvenir” en el sentido de real trascendencia espiritual (“para que no siga siendo más que carne”)- depende de que no se interrumpa la cadena de transmisión del “gen” sagrado de la vida. Pero antes de seguir adelante, volvamos a la pregunta.

¿Qué alcance le damos a esto que llamamos “Trans-misión *Gen-ética*”?

- Hay una “transmisión genética” muy bien estudiada por la biología molecular: transcripción y traducción del mensaje codificado en el código genético (ADN) en proteínas funcionales de la vida: en este nivel cualquier error en la posición de un aminoácido es fatal (enfermedades metabólicas, genéticas).
- Hay una “transmisión informática”: circulación electrónica de la información a escala planetaria. Aquí un “virus informático” puede hacer caer el sistema.
- Hay una “transmisión oral”: valores, ideas, concepciones del mundo que se transmiten de maestro a discípulo, de una civilización a otra, de una raza a otra, de una lengua a otra. El error, la omisión, el olvido de un patrón cultural, también es fatal: el mensaje de los presocráticos fue mal traducido; la palabra de Sócrates, mal interpretada; los ideales de libertad, igualdad, fraternidad, traicionados más de una vez.
- Hay una “transmisión religiosa”: por los sacramentos, el rito, el dogma, el libro sagrado. Cualquier desvío, interpretación arbitraria o corrupción de la revelación de origen también es fatal: la dulce palabra del Nazareno termina en las cámaras de tortura del Santo Oficio; el espíritu de la Torah, en las interpretaciones de los talmudistas.

¡Y hay una “Trans-misión *Gen-ética*”!

Ya no hablamos aquí pura y simplemente de valores sino de “bienes”; no sólo de intercambio de bienes materiales, culturales, sociales, sino de “circulación de la luz”; ni siquiera hablamos solamente de la tierra, sino de la “sal de la tierra”. Más allá de los errores (*errare*) de transmisión hay algo esencial que permanece: la corriente de energía sagrada que fecunda la materia. Ese “algo esencial”, esa “sal de la tierra”, ese “río de fuego” puede manifestarse a la luz del día en las épocas heroicas de la historia o puede permanecer oculto (en las épocas oscuras), pero siempre *es* custodiado celosamente por los guardianes del Templo.

Pero ¿por qué hablamos de “Trans-misión *Gen-ética*” y no simplemente de Transmisión espiritual? Porque si bien la idea de Transmisión espiritual lleva en esencia el potencial genésico del Verbo, en la cultura materialista y pragmática de nuestro tiempo lo que llamamos “espiritual” suele quedar reducido a relatos míticos, símbolos arcaicos, metáforas literarias, principios metafísicos, sensibilidad artística, intuiciones del alma. No es que todo esto no tenga valor, pero casi siempre dichos valores quedan flotando en el aire como ideales abstractos sin enraizamiento en la vida: la poesía sigue sin encarnar en la historia (como diría Octavio Paz), y el Evangelio queda como promesa espiritual pero sin hacerse carne en el hombre.

La verdadera “Transmisión espiritual” es una corriente de “Trans-misión Gen-ética”, que no sólo transmite una idea, un sentimiento, una fe, sino un “gen sagrado”. Hay una herencia de la carne y una herencia del espíritu, pero no de un espíritu ideal o virtual sino de un “espíritu hecho vida”.

Por analogía con la genética molecular, el Código Gen-ético del Mensaje espiritual se transcribe en “mensajeros”: portadores, custodios, misioneros, cuya misión (trans-misión) es proteger los caminos que llevan a Tierra Santa para que circule por ellos libremente el fuego sagrado de la vida (“para que el hombre llegue a ser *algo más* que carne”).

Al llegar a este punto y antes de seguir adelante en la elucidación de este Camino que hemos llamado de “Trans-misión Gen-ética” quizá convenga replegarlos una vez más sobre nosotros-mismos en pro-cura de un contacto real y efectivo con el Sople primigenio que otorga significación esencial a la palabra y evitar de esta manera que nuestra palabra no se ahogue en un mar de palabras.

Trans-misión *Gen-ética* es “transmisión de la palabra que conduce y guía”. Pero, ¿qué es lo que conduce y a dónde guía?

Heidegger, en su *Untenwegs zur Sprache*, al explorar el camino del habla cita el siguiente párrafo, de un poema tardío de Stefan George, “La Palabra” (1919):

Un día llegué de feliz viaje
Con joya delicada y rica.

Es la posesión real y efectiva de algo valioso que se transmite. El Evangelio lo dice de otro modo: “Toma, éste es mi pan...”.

Ese “algo valioso” que se transmite por canales invisibles es un *fermento de vida*. Si ese “fermento” (*gen sagrado*) no se recibe, o se recibe y no se transmite, o se recibe y se transmite mal (desviando su curso o desvirtuando el sentido); en pocas palabras, si la energía sagrada destinada en principio a elevar la vida no se utiliza (por sordera espiritual, por apatía), o se retiene en beneficio propio (para tener más, para consumir más), nos encontramos de repente con una “carencia”: algo valioso se ha perdido. Y viene el envejecimiento y la degradación de la vida. La biología molecular nos dice que la “muerte de la célula” se produce por “acumulación de errores” y “agotamiento de una *reserva enzimática no renovable*”.

¿Alguna vez nos hemos preguntado quién custodia esa *reserva enzimática no renovable*? Hoy, al “fin de la historia”, nos encontramos con “fallas metabólicas”, “enfermedades sociales”, “parálisis evolutiva” (los cojos, ciegos y paralíticos del Evangelio), que se nos aparecen como áreas enteras de tejido social que han quedado fuera del circuito de circulación de la luz.

Pero de repente surge ante nuestra mirada el resplandor del *Mensaje* y la dignidad de los *mensajeros*.

¿Quiénes son los “mensajeros”?

Son aquellos que llevan en su mano la “joya delicada y rica”, el “pan espiritual”, el “gen sagrado” (“enzima no renovable”): ultraelemento “catalítico” indispensable para poner en marcha las transformaciones *fundamentales* de la vida. Y aquí conviene hacer un paréntesis antes de proseguir. Para poblar la tierra es suficiente la “transmisión genética” (ADN y ARN mensajero). Para la producción industrial en gran escala es suficiente la “transmisión informática” (sus códigos telemáticos, sus robots, sus redes de comercialización). Para la organización po-

lítica del Estado bastan las Constituciones, los códigos jurídicos, la normativa social: “transmisión del espíritu de las leyes”. Para la “transmisión cultural” bastan las escuelas, las universidades, internet. Pero para asegurar la “transmisión” de funciones sagradas de la vida se requiere “otro” código y “otros” mensajeros. No bastan la sola genética ni la sola ética, se requiere una “gen-ética”: función de *enlace* (hasta ahora poco conocida) entre los valores del alma y la química de la vida, *salto cualitativo* en la organización de la materia.

De la filosofía política pasamos a la gen-ética social. Y volvemos a la pregunta: ¿Quiénes *son* los “mensajeros”?

¡No sólo los grandes, también los pequeños!

En *gen-ética* social “mensajero” no es sólo una figura mítica, un símbolo cosmogónico (Mercurio, “mensajero de los dioses”), un héroe arquetípico (Jasón en busca del vello cino de oro), un guerrero libertador, un “santo de la espada”, un rey prudente, un pontífice sabio. Decir aquí “mensajero” es remitirnos a una función esencial de la vida, a una misión: trans-misión de la Lengua Madre. Más allá de la lingüística, de la informática, de la filosofía del lenguaje, de la dialéctica de la historia, hay un “fuego sagrado” que circula por el árbol de la vida.

No todos podemos ser santos, sabios o héroes, pero siempre podemos tener una “palabra de honor” para ponerla como testigo en el gran drama de la vida y la muerte: ¡ser-mensajero! El *I Ching* habla del “noble”: el mensajero que trae la palabra con el ingreso de la luz y que se retira (para custodiar el principio) en la época oscura. A medida que esta “conciencia de trans-misión” se vaya incorporando a la vida de las generaciones venideras iremos viendo cambios significativos en el escenario del mundo: no sólo se dará un nuevo impulso al desarrollo social y espiritual de los pueblos de la tierra sino que, al mismo tiempo, se quebrará el aislamiento cósmico del hombre.

A medida que avanza la noche del mundo tratemos de pre-sentir (antes de que sea demasiado tarde) las “protoformas” ya concebidas (pero aún no nacidas) de la civilización que viene. Se trata de intuir la génesis de “funciones”, “oficios” y “herramientas” que configuran el tejido orgánico de la sociedad futura: impulso del alma que nos lleva, una vez más, al camino que recorre la Palabra al transformarse en Obra. Y ya en el camino veamos una primera configuración de la conciencia que nos sale al paso.

Revelación (Mensaje)

xP

Trans-misión (Mensajero)

xP

Re-construcción (Obra)

Tres aspectos, tres fases, tres momentos de un Mismo soplo creador, de un Mismo campo de fuerza, de una Misma geometría de la vida. En otras palabras, el *fiat* bíblico, el canto de las “Musas” en la teogonía hesiódica, el lenguaje de las “moléculas mensajeras” que traducen el mensaje codificado del ADN en las distintas proteínas del organismo, son otras tantas formas, ritmos y medidas de una Misma energía generativa, distintas palabras de una Misma lengua, distintas funciones de un Mismo cuerpo.

Y retomando la idea de “Trans-misión Gen-ética”, enfocada ahora como corriente nutricia de la organización biológica, social y política del mundo por nacer, conviene que nos detengamos un instante para ver, si es posible, cómo esta actividad del espíritu que hemos llamado “Re-construcción del Templo” se transcribe en el pentagrama del alma colectiva de la humanidad como ritmo, pulso, latido de un nuevo

“Cuerpo social” en gestación

Hoy no tenemos “cuerpo social”, hemos sido desalojados del hogar y vivimos como extraños en la casa que fuera de nuestros padres. No nos sorprende que Jean Baudrillard, uno de los sociólogos con más penetrante lectura de las “estrategias fatales” de nuestro tiempo de crisis, nos hable del “fin de lo social”. No tenemos “Cuerpo”. Mejor dicho, tenemos un cuerpo fragmentado, sin identidad social, un cuerpo desmembrado. Sin “cuerpo social” (en cuanto sentido orgánico de “cuerpo”) no hay vida social, ni funciones sociales, ni instituciones sociales, ni sentido de Obra del hombre sobre la tierra. Este sustraerse de la “corporalidad social” y su reemplazo por la “política social” caracteriza nuestra era técnica: leyes sociales, seguridad social, trabajo social, economía social de mercado, justicia social, solidaridad social, democracia social; todas estas formas de *politeia* (García Venturini) que exhibimos hoy (con orgullo) como índices cualitativos de “desarrollo social” de los pueblos (y que sin duda lo son) no alcanzan, sin embargo, a reemplazar la corriente de “bienes sociales” que como agua fresca que surge de la fuente da *vida* a un cuerpo social unificado. Hoy tenemos suficiente conocimiento para interpretar el mundo, pero nos falta “vida” para transformarlo; lo hemos intentado por la filosofía, la ciencia, la política y la revolución, pero ahora debemos intentarlo por inversión del movimiento de la propia conciencia. La revolución social que viene comienza a preparar el *germen* de esta obra sistemática gigantesca: reversión de la fuerza. Giro de la “filosofía política” a la “*gen-ética* social”. Pero no nos engañemos, cada vez que intentamos dar el salto una sombra nos sale al paso. Veamos qué ocurre en algunas de estas fronteras críticas.

Norman Borlaug, luchador mundial contra el hambre, premio Nobel de la Paz por su aporte al mejoramiento genético del trigo, “padre de la revolución verde”, en entrevista al diario *La Nación* (Buenos Aires, 20 de enero 1996) sostiene que la agricultura es el motivo de crecimiento económico; pero cuando el periodista Ángel Palermo le pregunta si al producirse más granos y más carnes se solucionarán los problemas de hambre en el mundo, el “padre de la revolución verde” contesta: “Un problema es incrementar la producción, eso se puede lograr. Soy pesimista al pensar que ese plus llegue a quienes más lo necesitan. No tienen plata para pagar los alimentos y tampoco ferrocarriles o vías de comunicación para llegar hasta ellos. La distribución equitativa es un conflicto de difícil solución”. Indudablemente tropezamos aquí con una barrera de potencial: ¡la sombra de los desamparados del mundo! Y viene una pregunta. ¿Lo que no puede hacer la técnica por sí sola, podrá hacerlo la economía?

Economía orgánica del cuerpo social

En la economía del cuerpo
todos tienen trabajo,
y la savia del trabajo
circula por todo el cuerpo.

Las teorías económicas están en crisis. Hemos alcanzado un punto crítico en el desarrollo del poder económico donde la “riqueza de las naciones” deriva en “pobreza de los pueblos”. Ninguno de los sistemas económicos de nuestro tiempo, ni la economía capitalista de libre mercado ni la economía planificada del marxismo, han dado respuesta a la necesidad de desarrollo de la conciencia y la vida porque, como dice Mario Kamenetzky en sus trabajos sobre “Conciencia y economía”, ambos sistemas se mueven dentro de “las mismas estructuras de conciencia que dieron origen tanto al capitalismo como al marxismo”: “Son estructuras mentales”, dice Kamenetzky en un número de la revista *Relaciones*, “que en economía se preocupan por problemas de precios, ingresos, tiempo libre, productividad y competitividad, descuidando la calidad y el sentido de la vida individual, familiar y social. Son estructuras que han puesto al espíritu y a la naturaleza fuera del ser humano”. Kamenetzky vislumbra el despertar de una “conciencia expansiva”, abarcante, comprensiva, humana, telúrica y cósmica a la vez, que vendría a reemplazar (superándolas) tanto la “mano oculta” del mercado (liberalismo económico) como la “mano pesada” del Estado (tipificado en el comunismo soviético). Y al final de esta reflexión sobre teorías económicas nos damos cuenta de que hemos vuelto a tropezar con una barrera crítica, que ya no es económica sino metafísica: ¿cómo se pasa de una conciencia natural (sociológica, política, histórica) a una “conciencia expansiva” (que tienda el puente entre el ser, el conocimiento y la vida)?

A la actual escala planetaria, los dirigentes políticos, los economistas, los científicos, los técnicos y también los teólogos se ven sobrepasados por la violenta ola que derriba los castillos teóricos edificadas sobre la arena. Es algo más que un “desencantamiento del mundo”, como diría Max Weber. Se trata de una “crisis de inteligibilidad”, que es como decir que “los poderes que gobiernan los acontecimientos han superado la capacidad intelectual del hombre para comprenderlos”: a escala social la ola de revuelta es cada vez más difícil de controlar por la mano política de los Estados nacionales. Sin embargo, por momentos, escuchamos lejanos latidos de un nuevo “Cuerpo” en gestación y pre-sentimos el advenimiento de energías creadoras. ¿Habrá llegado el tiempo (recordando nuevamente a Hölderlin) de “traspasar la balanza del mercader al ángel”? Pero yo me pregunto: ¿quién es el mercader y quién es el ángel? Peter Drucker, destacado economista, dice: la “economía simbólica” (movimiento de capital, tipos de cambio, flujos de crédito) reemplaza a la “economía real” (flujo de bienes y servicios).

Tratemos de penetrar en el oscuro laberinto del tiempo. Remontando la corriente del río que baja de la montaña, se me hace más claro el sentido epocal e histórico de las “cuatro castas” reveladas en la tradición védica: en el trono ya no está sentado el sacerdote, tampoco el guerrero, sino el mercader. Sí, las teorías económicas están en crisis pero el mercader sigue reinando en el mundo. La época técnica que vivimos está signada (en la conciencia colectiva) por un

“pacto secreto con los mercaderes”. En un número de *Le Monde diplomatique*, Ricardo Petrella habla de “las nuevas Tablas de la Ley, de un nuevo Evangelio”. Y puntualiza “seis mandamientos” consignados en estas “nuevas Tablas de la Ley” que son otros tantos artículos de fe:

- 1) *Mundialización* de las finanzas, capital, mercados, empresas (precepto que se transmite como inevitable e imprescindible).
- 2) *Revolución científico-tecnológica* (el mandato es adaptarse o perecer).
- 3) *Competitividad* (si no eres más competitivo, otro lo será y serás eliminado).
- 4) *Liberalización* de los mercados nacionales.
- 5) *Desregulación*.
- 6) *Privatización*.

En resumen, según Petrella, “la lógica de estos seis mandamientos no es la creación de empleos y trabajo para todos sino exclusivamente la búsqueda de nuevas fuentes de beneficio”. Hasta aquí la crítica al reino de los mercaderes (René Guénon diría “reino de la cantidad”), pero ¿ese “reino” no tiene acaso una *función* en la dialéctica de la Gran Obra (“lo que tengas que hacer hazlo y pronto”)? La tercera casta, los “mercaderes”, las fuerzas ocultas del “mercado”, marcan la dirección de la historia. ¿Hacia dónde? ¡No lo sabemos muy bien! Pero, ¿la “expansión de conciencia” (de la que habla Kamenetzky) y la “dictadura del proletariado” y la “teología de la liberación”? La nueva conciencia comienza a medir su verdad con un poder que supera la medida del hombre. La gestación del nuevo “Cuerpo” unificado no viene solamente por una idea luminosa que quiere encarnar en la historia (“la poesía no encarna en la historia”, Octavio Paz) sino por un sacrificio (hoy a escala global, a escala de “mercado”) que prepara condiciones para un nuevo advenimiento.

Advenimiento de los mensajeros que preparan la nueva edad del mundo

¡Algunos ya vinieron
y fueron sacrificados!

Aún no hemos tomado conciencia de lo que realmente ocurre en el mundo. El poder de seducción de los “medios” (y el mensaje subliminal de “salvación” que transmite la tecnología) nos ocultan el rostro del poder “real” que nos amenaza. Y preferimos la adaptación al medio (“enfermedad de adaptación”) a la conciencia de esta “nueva guerra de liberación”, a la que muchos son llamados (para el sacrificio) y pocos los elegidos (para la parusía).

Pero volvamos al tema del “sacrificio de los mensajeros”. Herodes se había dado cuenta de que su reino peligraba: no debía quedar uno vivo y se ordenó la matanza. La misma orden se dio en la Plaza de las Tres Culturas (Tlatelolco, México), en Tiananmen, en la sierra boliviana, en las calles de Buenos Aires... y se da ahora como “leyes del mercado”, “mandamientos de las nuevas Tablas de la Ley”. Quebrada la primera vanguardia de la revolución social, ya no resulta tan fácil expulsar a los mercaderes del templo.

El templo sigue ocupado: porque ahora nosotros mismos *somos* los mercaderes. Nosotros mismos hemos firmado el “pacto” con el mercado: tanto los que creen en el mercado como los que no creen. Expulsar al mercader que llevamos dentro no resulta fácil porque dicho “mercader” es la balanza de nuestra propia mente: instrumento que pesa, mide y calcula todo lo que pasa delante de los ojos, todo lo que cae en las manos; el problema ya no es económico sino humano-estructural: lo que equivale a decir que no estamos preparados (estructuralmente) para vivir y para ser en un cuerpo social solidario. Trataré de explicarme.

Me llamó la atención que la *Enciclopedia Británica* dedicara uno de sus folletos de actualización a la medicina cubana: “Medicina para todos” (1994). Aquí se quiebra uno de los mandamientos fundamentales de las Tablas: la “privatización” (la empresa privada al cuidado de la salud), termina la medicina como pacto económico (que discrimina: los que pueden pagar y quienes no pueden) y nace la “medicina para todos” como función solidaria del “cuerpo” social. De todas maneras queda mucho por hacer. En lo que llamamos “funciones sociales”, no sólo la salud sino también la educación, el trabajo, la seguridad, la justicia, falta una “teoría” que nos permita pasar de la política de “derechos sociales” a una *gen-ética* de “bienes intrínsecos”. ¿Sólo derecho a una medicina para todos, o responsabilidad individual para generar salud? ¿Derecho a un “salario digno”, o voluntad de participación en la Obra? ¿Derecho a la “seguridad social”, o cuota de sacrificio adelantado para responder “como cuerpo social” a la patología del genoma humano? ¿Por qué vamos a luchar?, ¿por el derecho de todos a recibir beneficios sociales?, ¿o por el deber de todos para transmitir “bienes sociales” para todos?

En síntesis: ¿“derecho social”?, ¿u Obra social (Obra con mayúscula)?

Si privamos al hombre de “funciones sociales” (por mandato de las “nuevas Tablas de la Ley”), no habrá más que “declaraciones” (con minúscula) de supuestos derechos sociales que no se pueden respaldar en la práctica de la vida social.

A medida que las “grandes corporaciones”, fieles a los mandatos de las “Tablas”, van succionando la “plusvalía” de los supervivientes, el Cuerpo social languidece, se va quedando sin defensas. Ya no asistimos solamente al “ocaso de los dioses”, a la “decadencia de Occidente” (Spengler) o al “fin de lo social” (Baudrillard), sino al “fin del cuerpo”. No es la primera vez que un “cuerpo” queda fuera de la historia: conocemos restos fósiles de civilizaciones y organismos que tuvieron su esplendor. La interrupción de la cadena de Transmisión *Gen-ética* ha sido fatal para la civilización moderna: se ha perdido un “eslabón sagrado” en el camino de la historia. La antropología evolutiva busca afanosamente el “eslabón perdido” con el reino animal, pero la *gen-ética* social necesita, para desarrollar las nuevas funciones, re-descubrir ese otro *eslabón perdido* (“gen” sagrado, “enzima” de transcripción, “mensajero” humano) que haga posible la Reconstrucción del Templo.

Al llegar a este punto surge una pregunta que ya hace tiempo tendríamos que haber formulado: ¿qué tiene que ver la Reconstrucción del Templo con la “organización social”?

Porque el Templo es el Código de sentido del Cuerpo social (volvemos al “corazón sagrado del pueblo”). Y ese “corazón sagrado” no puede reemplazarse por el corazón mecánico del mercado. Esta “ruptura de la tradición” (entendiendo

“tradición” por trans-misión de la palabra fundamental) ya no se arregla con un nuevo pacto político, un nuevo contrato social, un ecumenismo religioso.

El año 1945 fue clave. Primer estallido atómico: señal pro-fética. Se había abierto el recinto atómico de la materia: el antiguo “Cuerpo” tocaba a su fin. Una esplendente luz quebró la noche del mundo: pero como diría el evangelio de Juan: “Alumbraba el mundo, y el mundo no la conoció”. Vino otro mensaje y hablaron otros mensajeros, la mente lunar colectiva se interpuso entre el nuevo sol y los recién nacidos: y hubo eclipse sobre la tierra.

No existe mensaje sin la palabra del mensajero. Pero hoy nos preguntamos: ¿dónde están los mensajeros?

Nosotros no nos habíamos dado cuenta, pero los sensores del sistema, mucho más astutos, detectaron la onda profética como fuerza subversiva y ordenaron “aniquilarla”. No era la primera vez, ya lo dijimos: por miedo a que la palabra generativa pudiera infiltrarse entre los súbditos del imperio, Herodes decretó la matanza de los inocentes. Y la historia se repitió: los curas obreros fueron retirados por la jerarquía eclesiástica, el Che fue fusilado en Bolivia (y le cortaron las manos), a Perón también le cortaron las manos, y hubo mutilados y desaparecidos.

Y ahora, cuando lo claro (“Más brillante que mil soles” en la exclamación de Oppenheimer) se volvió más oscuro que lo oscuro, volvemos a preguntar: ¿dónde están los mensajeros? ¡No están! La onda pro-fética se ha replegado sobre sí misma, se ha invertido el signo: Trans-misión inversa. Cuando las condiciones externas se vuelven adversas, cuando ya no hay nada que decir porque no queda nadie para escuchar, el mensajero (el *noble*, como lo llama el *I Ching*) se retira, no por cobardía sino para custodiar el “principio”, el “gen sagrado”. El Evangelio lo dice de otra manera: “Si no os reciben o no escuchan vuestras palabras, saliendo de aquella casa o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies...” (Mt. 10: 14): la corriente de energía sagrada que sostiene por dentro el Cuerpo Social invierte su sentido y vuelve al Templo, al seno de la Madre, al Corazón del Pueblo, y lo que se había vuelto claro retorna a lo más oscuro que lo oscuro (RevelaciónRe-velada).

¡Son “otros” poderes (otros mensajeros) los que entran en el mundo cuando se han apagado las luces del escenario de la historia! La naturaleza misma de la guerra es diferente. Pero todavía no nos hemos dado cuenta de la inversión de signos y seguimos luchando con las viejas armas: más represión, más cárceles, más hospitales, más vacunas, más prótesis, más endeudamiento, más desempleo, más seducción.

¡Los mensajeros se han retirado!

He vuelto a quedar solo.

Miro hacia arriba: enigmáticas señales.

Miro hacia abajo: “la serpiente se oculta en la hierba”.

La retirada de los mensajeros es fatal: “¡Padre, por qué me has abandonado!”. Aquí no sólo cae una idea, una imagen del mundo: cae una protección. De golpe hemos quedado *expuestos* a una oscuridad tangible. ¿Por qué digo “tangible”? Trataré de explicarme. Yo había conocido una “oscuridad sensible” (noche oscura del alma), pero ahora la oscuridad era “tangible”, me tocaba de cerca, pene-

traba en mi propia entraña: “noche oscura de la materia”. Pasaron muchos años sin que pudiera comprender absolutamente nada: ¡sólo un desfile de sombras! Pero un buen día, de repente, todo se me hizo claro: en la oscura noche se había *gestado* un “nuevo ser”. Y desde este nuevo “estado”, con mirada inocente, volví a contemplar el mundo:

La tierra estaba seca.

Los mensajeros del cielo ya no estaban.

¡Yo mismo era mensajero!

Esta conciencia de *ser* mensajero me descolocó por completo: ¿inflación de la personalidad?, ¿delirio místico?, ¿espejismo en el desierto?, ¿o algo realmente nuevo había nacido en mí que aún no sabía cómo nombrar?

La tierra estaba seca, sí: pueblos masificados por el empirismo racionalista, el imperialismo político, la seducción del mercado, la usura financiera, la filosofía de bienestar y consumo. Los mensajeros que traían el agua de la fuente ya no estaban. Pero yo no estaba solo. En los laboratorios secretos del planeta millones de seres humanos experimentaban tremendas presiones, con alto riesgo: los responsables del programa espacial de la Unión Soviética “temían que Yuri Gagarin, el primer astronauta (1961) se volviera loco debido a la ingravidez y la soledad espacial”, según informó la agencia EFE el 28 de febrero de 1996. No pasaría mucho tiempo para que millones de seres humanos entraran en exilio en su propia tierra y que muchos se volvieran realmente locos por ingravidez existencia! y soledad social. Pero algunos sobrevivieron (sobrevivimos): fuimos extranjeros en el mundo, pero traíamos en la mano la preciada joya: la habíamos incorporado.

¡Individuación de la materia!

Darle un rostro a la piedra.

No se trata de una idea, un concepto, una teoría de la ciencia, una filosofía de los valores. Se trata de algo “vivo”, algo que *es*, que soy *yo mismo*, pero que cuando quiero nombrarlo, darle un nombre, eso mismo que *es* me dice que *no es*; y esto no es un juego de palabras porque eso *vivo* que “es-y-no-es” adquiere plena realidad cuando lo doy, lo entrego, lo transmito (trans-misión); y se pierde, se desvanece en lo ilusorio, cuando cierro la mano y quiero retenerlo para beneficio personal.

“Individuación de la materia” es una “signatura”, un “bien intrínseco”, que pertenece a la experiencia individual del “mensajero”: es algo así como la “marca” que los constructores dejaban grabada en la piedra en el Camino de Santiago. Es en virtud del potencial “gen-ético” de esta experiencia de individuación que la obra del mensajero queda inscrita en el Cuerpo de la Obra. Esta “individuación de la materia” es el “opus místico-alquímico” que caracteriza a los “oficios”, “funciones” y “herramientas” del Cuerpo social en gestación: a diferencia de los “operadores” del antiguo sistema que sólo transmiten (y pueden hacerlo con precisión tecnológica) los valores acuñados por una raza, una civilización, una ciencia, una religión.

La trans-misión de este “imponderable” irá adquiriendo cada vez más importancia a medida que nuestra sensibilidad vaya descubriendo (por interpenetración de estados) la diferencia vibratoria entre lo vivo y lo muerto: porque buena parte de la tierra está seca y muchas cosas que brillan están muertas. La tecnología informática de multimedios se nos aparece como la gran conquista intelectual de la mente humana: pero no sólo de información vive el hombre. Siempre fue (y es) la palabra viva, la enseñanza oral, la trans-misión sagrada, la que dio (y da) sentido de vida a los pueblos de la tierra. Y siempre hubo (y hay) *custodios-mensajeros*, que “custodian y transmiten” este “gen” sagrado para que no se apaguen las lámparas del Templo.

Custodios-mensajeros

En tiempo de penuria, en la noche del mundo moderno, los “custodios-mensajeros del Templo” van de casa en casa llevando en la mano la palabra-silencio que sostiene el fuego de la vida. ¿Quiénes son, qué nombre tienen? Hölderlin tipifica la estirpe de estos mensajeros en lenguaje poético:

Son como los sagrados sacerdotes del vino (Dionisio)
que de tierra en tierra peregrinaban en la noche sagrada.

Pero hoy, en el mundo-sin Dios de nuestro tiempo, ¿podemos reconocer la huella de estos divinos mensajeros? “Por lo frutos los conoceréis”, dice el Evangelio (Mt. 7:15) ¿pero cuáles son esos frutos? Se trata de “bienes intrínsecos” al ser, al conocimiento, a la vida; no sólo valores ideales sino bienes reales: materiales y espirituales; no sólo trascendencia del alma para entrar en el luminoso reino de los cielos, sino moléculas de la vida para redimir la materia oscura de la tierra. De la filosofía política pasamos a la *gen-ética* social. Veamos algunas de estas funciones de “transfiguración” que pre-figuran la carta humanográfica del por-venir.

¡Un niño que nace!

¿Sólo el resultado de una sexualidad mecánica, una combinación de genes al azar? ¿O un padre y una madre que se re-unen en un rito sagrado de amor como “mensajeros” de una señal de los dioses?

¡Un ser humano que muere!

¿Sólo “muerte cerebral”, paro cardíaco, fin de la historia, “muerto el perro se acabó la rabia”? ¿O una alquimia de transmutación de la experiencia de la vida, un “mensajero humano” que lleva al reino de los dioses ultraelementos destilados de la materia?

¡Un maestro de escuela!

¿Sólo intermediario de información, presencia silenciosa en la “sociedad de los poetas muertos”? ¿O voz que pre-anuncia el canto de los no nacidos?

¡Un obrero manual!

¿Sólo un asalariado, mano de obra barata que equilibra (desde el desamparo) el derroche de la “sociedad opulenta”? ¿O “mensajero” de la nobleza del trabajo, la dignidad del oficio, el sudor de la frente?

¡Un médico!

¿Sólo un técnico reparador de funciones dañadas, por ignorancia, por perversión del sistema de vida? ¿O “médico-sacerdote”, que como “mensajero” de antiguos misterios lleva en sus propias manos la piedra preciosa y el agua de la fuente?

¡Un juez!

¿Sólo un magistrado de carrera, un intérprete del derecho codificado? ¿O un “mensajero” de la Justicia?

¡Un guerrero!

¿Sólo un oficial de fuerzas armadas que han quedado hoy sin “hipótesis de conflicto” y relegadas a poder policial de represión contra sus propios pueblos? ¿O asumiendo nuevamente la función de guerrero sagrado (como Aijuna en la guerra del Mahabharata), que cuando crece la opresión y la injusticia se yergue como “mensajero de liberación” a la vanguardia de una guerra ética sin fronteras que llama a todos los hijos de la tierra a revertir la fuerza oscura que se oculta en la barbarie?

¡Un sacerdote!

¿Sólo un “pastor de almas” (que guarda, guía y apacienta las ovejas), un “intermediario” de la Palabra del libro, un “oficiante” de antiguos ritos? ¿O un Hierofante de nuevos misterios, un Pontífice que renueva la Palabra?

Funciones nacientes, que siempre han *sido* y son: fundamento espiritual, metafísico y gen-ético de una nueva humanidad.

Una reflexión:

La clave de la revolución que viene no es Información: es Trans-misión. No es la ciencia explicando al hombre, sino el hombre dando testimonio de sí mismo: trans-misión del sentido de lo humano. Y si bien el sentido de lo humano puede transmitirse “con” el lenguaje de la ciencia, la filosofía, la religión, siento que también puede transmitirse “sin” palabras, desde el silencio y el sacrificio: donde mueren las palabras de la ciencia, la filosofía, la religión.

¡COMO RAYO QUE MURALLA PARTE!

*Es el cayado de Moisés
que hiere la roca de Horeb.*

*Es la lanza del soldado romano
que atraviesa el costado de Cristo.*

*Es la espada de Alejandro
que corta de un solo tajo el nudo gordiano.*

*Es el láser del Dios desconocido
que hoy quebranta nuestros sueños.*

PUENTE GEN-ÉTICO

ENTRE EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO Y EL ÁRBOL DE LA VIDA

Otro inicio. Otra función. Otro destino.

El hombre del Cuarto Reino, de los cuatro puntos cardinales, de los cuatro elementos, de la geometría cuatridimensional de espacio-tiempo, este hombre enraizado en la química del carbono de cuatro valencias sólo puede ver las sombras del mundo que fue: ve la muralla que se parte, pero no puede ver el Rayo que la parte. Algo de esto me recuerda la visión de Dante a la entrada del Purgatorio, pero no voy a hablar aquí de la “entrada” al Purgatorio sino de la “salida” de Egipto. Trataré de guiarme no por la apariencia de los hechos sino por la voz del alma de los hechos.

Divino alumbramiento

Otra estrella señala el rumbo a los peregrinos de la tierra: no me refiero a un sol que alumbra sino a un niño que nace. Vivimos una hora de divino alumbramiento, pero nuestros ojos acostumbrados a la oscuridad de la caverna no alcanzan a reconocer la presencia que se oculta tras el velo.

La respuesta a los problemas fundamentales de nuestro tiempo ya no viene por la palabra de los doctores de la ley sino por el “canto” de los recién nacidos. Dicho de otro modo, la “clave” para la Re-construcción del Templo no es una nueva ciencia del hombre sino un nuevo código de la vida: Alumbramiento esencial que anticipa los rasgos fundamentales de la era por-venir.

Pero, ¿qué *es* Alumbramiento?

La tradición espiritual de la humanidad simboliza el alumbramiento de las ideas madre que marcan el principio y el fin de las edades del mundo con el nacimiento de un Dios: Krishna, octavo avatar de Vishnú, nace por inmaculada concepción de su madre Devaki y lleva a los hombres un mensaje de liberación; Cristo nace también de Virgen-madre: “Dio a luz a su hijo primogénito y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre” (Le. 2:1). Todo esto es maravilloso, pero no confundamos las imágenes, las alegorías, los símbolos, con el *acontecimiento* real y efectivo de un divino alumbramiento en la noche del mundo.

Fermento en la masa

Ayer, guiados por la Estrella, vinieron los magos a adorar al niño, “y abriendo sus cofres le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra” (Mt. 2:11). Hoy, guiados por la Misma estrella (pero en otro escenario histórico) vienen los sabios-místicos a entregar al recién nacido los frutos del Árbol del Conocimiento y los dones del Árbol de la Vida. Pero, ¿quién *es* el recién nacido? Si pregunto *quién es*, digo “no sé”; pero si pregunto *cómo* viene, me animo a responder: viene como “fermento en la masa”.

El portador de la idea madre no viene hoy como predicador sino como “levadura” que transforma y eleva la masa. Cristo dice a sus discípulos: “El reino de Dios es semejante al fermento que una mujer toma y echa en tres medidas de harina hasta que fermente toda” (Le. 13:21); y en otro pasaje les hace una advertencia: “Guardaos del fermento de los fariseos y del fermento de Herodes” (Mt. 8,15).

Hoy como ayer, en las fronteras del tiempo, el rayo del cielo resuena en la materia terrestre como las trompetas de Jericó, pero hay muchos que tienen oídos y no oyen. En cambio, los custodios de la “sociedad de masa” (que “hace masa”, como dice Baudrillard) *sí* oyen y han puesto sus sensores en estado de máxima alerta; la consigna es categórica: aniquilar todo “fermento” que pueda inducir una transformación “peligrosa” de la masa; expulsar del sistema toda señal anunciadora de cambio radical; quizá se pueda aceptar una parte del mensaje nuevo, pero hay que disfrazarlo con atractivas vestiduras para que pase inadvertido; y lo más importante: siempre hay que ofrecer nuevos productos de consumo, nuevas filosofías de esperanza: el “mercado” es la madre de todos y traerá bienestar para todos.

Herodes ordenó la matanza de los inocentes, pero no pudo aniquilar el “fermento” que ya había penetrado en el corazón. Y hoy, en otra vuelta del tiempo, ocurre lo mismo, aunque son otros (los mismos) personajes históricos. El “fermento de los fariseos” y el “fermento de Herodes” también decretaron la matanza de millones de “inocentes” (por razones de economía de mercado, política de seguridad nacional, tecnología de salvación), pero no pudieron aniquilar el mensaje que se había adelantado al tiempo: antes de que las huestes de Herodes vieran a torturar la carne de los recién nacidos y arrojar sus restos a tumbas sin nombres muchos se habían retirado al desierto a templar las cuerdas del alma y morir de muerte mística. Y volvieron: no es uno, son muchos.

El “fermento” ya no está entre nosotros: está *en* nosotros. Pero entonces, ¿quién *es* este “fermento” privilegiado que viene a transformar la masa y que escapa a la astucia de los “fariseos” y al poder de Herodes? Es un *primogénito* (Gen primordial): ayer fue el “recién nacido salvado de las aguas”, el “niño en el pesebre adorado por los magos”; hoy es el Mismo “gen sagrado” (primo-gen) incorporado en las moléculas de la vida.

Canto de “gesta”

Lo que viene a la luz
no es un nuevo principio metafísico,
sino el “canto de gesta” de un recién nacido:
clave de poder espiritual
que parte las aguas de la vida.

Ruptura de la barrera cósmica

Un camino que se abre, una puerta que se cierra.

A partir de 1945 la casa que habitábamos quedó sin sostén. El mismo “rayo” que partió el átomo quebró la estabilidad de las moléculas de la vida; de golpe, el centro de gravedad de la conciencia quedó desplazado a un chakra más elevado (de más alta energía en la escala de funciones del Árbol de la Vida); mientras hacia arriba nacían funciones nuevas, las que quedaron por debajo siguieron funcionando, pero con energía degradada. La Serpiente Emplumada, en su veloz ascenso hacia la cumbre del monte, señalaba nuevos caminos a la evolución del hombre. La tradición bíblica, utilizando como analogía un acontecimiento histórico, simboliza dicho salto evolutivo de la conciencia como “cruce del Mar Rojo”: epopeya cosmogónica y humana al mismo tiempo: “Moisés tendió su mano sobre el mar e hizo soplar Yavé sobre el mar un tortísimo viento” (Éx. 14:1).

La ciencia moderna no habla de “rayo que parte la muralla”, ni de “mano que se tiende sobre el mar”, ni mucho menos del “tortísimo soplo de Dios que divide las aguas”; pero sí habla de “rupturas de simetría”, “transiciones de fase”, “bifurcaciones evolutivas”. Pero ¿qué pasa “en medio” del Mar Rojo? El texto bíblico nos dice que cuando el pueblo de Israel hubo cruzado el mar, las aguas volvieron a cerrarse y el ejército del faraón quedó atrapado en medio de las aguas: doble movimiento de apertura y cierre (pero el texto sólo concede destino histórico al “pueblo elegido”: se olvida de los egipcios). También los cosmólogos modernos hablan de “regiones atrapadas”: zonas del espacio cósmico donde la luz queda “atrapada” por campos gravitatorios de la materia (pero se olvidan de la materia humana que queda atrapada en “campos antigravitatorios de la luz”). ¿Qué quiero decir con todo esto?

Quiero decir que la misma Luz que descende sobre el árbol sagrado del Bodhi, el mismo Viento tortísimo que parte las aguas del Mar Rojo, el mismo Fuego que ilumina el Sinaí y marca las Tablas de la Ley, el mismo Verbo que se hace carne y habita entre nosotros..., dicho de otro modo, la misma Fuerza que renueva la vida en los caminos del tiempo “vuelve” hoy a nosotros pero de la mano de “otro” mensajero. La Revelación espiritual es también la Revelación de la ciencia, pero no confundamos las imágenes, los símbolos, las interpretaciones objetivas de la Revelación, con el “acontecimiento” mismo que se Re-vela en la matriz espiritual de la Humanidad. La “idea” misma de Revelación, tal como ha sido acuñada por la metafísica de Occidente, ha entrado en crisis (junto con el pensamiento de objetivación del mundo). Y cuando hoy nos acercamos tímidamente a querer develar el misterio de una Revelación que pre-sentimos antes de comprender, cuidemos de no confundir la voluntad de poder del último hombre terrestre con la conciencia expansiva del primer hombre cósmico.

PUENTE GEN ÉTICO ENTRE EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO Y EL ÁRBOL DE LA VIDA

Es “otro” Mensajero. Es el hombre cósmico recién nacido, que opera como “molécula mensajera” entre las ramas del Árbol del Conocimiento y la raíz del Árbol de la Vida. Es el “fermento en la masa”. Aquí el mensajero es el Mensaje:

“Rayo invisible que quiebra la barrera cósmica”. Pero todas estas formas del lenguaje son demasiado poéticas o demasiado metafísicas, y no alcanzan a develar el suelo, el marco histórico, la naturaleza de la guerra; que es como decir: no alcanzan a develar el “lugar” y el “cómo” de la irrupción del fuego cósmico en la materia del mundo. Aquí tropezamos con una barrera de la mente racional: la “función” del fermento en la masa no puede esclarecerse por explicación sino por testimonio (dicho de otro modo: no se puede decir lo que es el fermento sin haberse transformado en fermento: y el fermento simplemente opera y no necesita palabras para explicarse a sí mismo). Este “otro” mensajero escapa a las categorías del pensamiento y a las determinaciones del tiempo, pero irrumpe en el tiempo y quiebra la continuidad de la historia: es la estrategia de un “guerrero sagrado”.

En las fronteras del tiempo, el “guerrero sagrado” se mide con el poder de los gigantes

Siempre fue así, en los umbrales de máximo peligro evolutivo: cuando el hombre está a punto de conquistar el mundo y perder su alma; pero el fuego del Alma se adelanta al tiempo y derriba el poder de los gigantes. En épocas remotas que hemos olvidado, “cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra”, “existían entonces los gigantes” (Gén. 14). También hoy, cuando creíamos haber alcanzado el máximo desarrollo científico y tecnológico, nos topamos con los gigantes. Pero, ¿quiénes son los gigantes?

Homero nos habla de Polifemo: el gigante con un solo ojo; Hesíodo, de los Titanes; la Biblia, de Gog y Magog. Los gigantes de nuestro tiempo tienen otros nombres: se llaman “poder atómico”, “droga”, “sida”, “poder financiero”, “terrorismo”; no necesariamente los grandes poderes, también los pequeños: las bacterias asesinas que desafían a los antibióticos, los “virus mentales” de la seducción que toman por asalto la maquinaria racional del hombre. Hoy como ayer se trata de la Misma voluntad de poder para dominar la tierra, pero cada vez entendemos menos la naturaleza del Poder.

Cuando decíamos que a partir de 1945, con la liberación de la energía atómica, todo fue diferente, sólo entendimos “la mitad” de la fórmula. Sí, vino la revolución tecnológica, la conquista del espacio, la informática, la ingeniería genética (era sólo “la mitad” de la fórmula); pero los problemas sociales se multiplicaron y vinieron los “otros” gigantes: el desempleo, el hambre, la corrupción, el narcotráfico... y los recursos económicos de las naciones no alcanzaron para sostener la seguridad social. ¿Qué ha pasado? ¡No habíamos entendido nada! Más aún, cuando a partir de 1989, con la caída del muro, creímos que la “disuasión por el terror” había terminado con la Guerra Fría y que ya no había hipótesis de conflicto, nos equivocamos por segunda vez: el conflicto de poderes había venido para quedarse, se volvió autónomo (en términos técnicos se dice hoy que el desempleo es estructural), nosotros mismos éramos (somos) el conflicto, y el conflicto se alimenta de las teorías del conflicto para generar más conflicto. Pero ¿en qué nos habíamos equivocado?

Nos equivocamos al interpretar la ruptura de los recintos atómicos de la materia sólo como resultado de la experimentación científico-técnica. No alcanza

mos a ver que se había quebrado una barrera cósmica y que el Alma de la humanidad quedaba constelada en un nuevo orden de sentido. Sabíamos, por los relatos de antiguas cosmogonías, que al final de los tiempos se desencadena una guerra arquetípica: el nuevo Dios instaura su propio orden temporal y el hombre es desafiado a vida o muerte por los gigantes. La guerra secreta del mundo de hoy también es arquetípica, pero nosotros no nos hemos dado cuenta y seguimos luchando con las viejas armas.

El Rayo partió la muralla, pero yo no me di cuenta. El pueblo cruzó el Mar Rojo y yo me quedé en Egipto. Los astronautas salieron al espacio y yo me quedé en tierra. Y cuando desde la terraza del supermercado contemplo el cielo estrellado, me pregunto una y otra vez: ¿cuál es el mensaje de liberación?

Una voz “silenciosa” me responde: “Sólo puedes vencer el poder de lo grande con la astucia de lo pequeño”.

Al grito de guerra del gigante Goliat, el joven David (hijo menor de Isaí, “que apacentaba las ovejas de su padre”) le hace frente, pero no va a él con la pesada armadura que le ofrece el rey Saúl, sino que tomando en la mano su cayado y honda arroja certero guijarro sobre la frente del filisteo y lo derriba a tierra (Sam.17:12). Son dos épocas que se enfrentan, dos estirpes, dos concepciones del mundo. Cuando un ciclo cósmico-histórico ha terminado (los cuarenta días de idas y vueltas del filisteo: final del “cuarto reino”) no viene otro gigante a combatir contra los gigantes: viene un niño, un “guerrero sagrado” (David, “casi un niño”, toma del torrente “cinco guijarros”: es el recién nacido del “quinto reino”). Y nos sale al paso una pregunta: ¿por qué “en la frente”? ¿Y cómo pudo una sola piedra “hacer caer de bruces al gigante”? Hay aquí una clave hermética.

Hoy, en la era informática, la guerra que vivimos sin comprender es más parecida a la guerra del Mahabharata y a la confrontación entre David y Goliat que a las guerras raciales, políticas, económicas, religiosas, sociales, que hemos conocido en el transcurso de estos últimos dos mil años. Hasta ayer podíamos identificar, casi con nombre y apellido, a los protagonistas históricos de las guerras, pero hoy es la Guerra misma (su código secreto de antisentido) la que elige a los mensajeros simbólicos de la guerra.

En una guerra de símbolos llevamos casi todas las de perder, porque ya no sabemos quién es el amigo o el enemigo ni dónde está el bien o el mal (Baudrillard interpreta que hoy se da una guerra “del mal contra el mal”); luchamos contra “mensajeros simbólicos” que son mutantes, como las bacterias asesinas que al verse atacadas por los antibióticos transfieren su información genética a otras bacterias más astutas. A cada paso, al menor descuido, puedo hacerme accesible al poder de los gigantes y ser devorado por los gigantes: enfermedades de autoinmunidad. Pero ¡ojo! yo también puedo ser elegido por el Poder como “guerrero sagrado” para vencer a los gigantes.

¿Cuál es el signo arquetípico de la revelación re-velada?

Sólo podríamos simbolizar la unidad de la Revelación, el principio y el fin del Nocimiento y la Vida, por un *hieroglifo*: geometría sagrada de la Palabra. El Soplo de fuego en la cumbre del monte genera una onda de energía inversa en las aguas de la vida. La Misma Luz que alumbró la inteligencia en la aurora del

mundo nos deja en tinieblas en la noche sin estrellas. El mismo Rayo que parte la muralla del castillo cierra la puerta hacia la tierra oscura. La tradición espiritual representa este “giro” del tiempo por analogía con acontecimientos críticos del drama histórico: cuando Moisés baja del Sinaí llevando en sus manos las tablas del testimonio escritas por el dedo de Dios, encuentra al pueblo adorando al becerro de oro (Éx. 32); mientras Jesús agoniza los soldados al pie de la cruz echan suerte sobre su túnica (Jn. 19:24).

“No se anuncia impunemente la verdad Divina a una humanidad que no quiere recibirla”, dice Claude Tresmontant en su estudio *El problema de la Revelación*..

¿Por qué “impunemente”? Porque el profeta corre entonces el riesgo de ser sacrificado. El Evangelio de Juan lo dice de otra manera: “Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron” (Jn.1:1 1) y fue sacrificado. Pero este “anuncio no recibido” (y sacrificado) se convierte en Clave de Poder: es el mensaje de las revoluciones perdidas.

La Luz que ingresa puede “no ser recibida” por la inteligencia humana, pero cuando su Código gen-ético penetra en la tierra y desciende a los infiernos “genera” una nueva configuración de fuerzas en el orden sagrado de la vida.

Y vuelvo a la pregunta: ¿cuál es el signo Arkhetípico de la nueva Revelación? Ya no es un signo: es una

¡CON-STELACIÓN DE SIGNOS!

Pienso que siempre fue así: tanto en la cumbre del Sinaí como al pie de la Cruz: estamos hablando de la Trans-posición del mismo Verbo al escenario histórico-geográfico de los pueblos. En cada uno de los puntos terrestres donde el dios Desconocido asienta Su pie se desencadena una

“guerra de mundos”.

Y nace un “nuevo orden de sentido”.

El Fuego que toca la tierra es siempre el Mismo, pero el drama histórico es diferente.

¿Cuál es entonces la con-Stelación de signos de nuestro tiempo?

¿Qué clase de “guerra de mundos” se ha desencadenado en el alma del hombre? ¿Y qué “nuevo orden de sentido” palpita en su corazón?

No es fácil contestar a cada una de estas preguntas. Quizá ya no sea necesario contestarlas: porque *antes* de intentar contestarlas el Rayo divino ha partido la muralla. Estamos viviendo una “guerra de mundos” a escala planetaria, pero se nos escapa de las manos la “clave” del nuevo orden de sentido.

Clave energética del corazón

Es la clave de poder del hombre cósmico que nace: la llave de oro-y-plata que gobierna las fuerzas de la vida.

El cruce de la barrera cósmica se inicia por dentro, en el propio cuerpo, cuando el guerrero sagrado toma en sus manos las poderosas fuerzas que ascienden por el Árbol de la Vida y las lleva en ofrenda a la Cámara de la Reina: es el poder atómico del Corazón.

Lugar de poder recién descubierto: llave secreta que puede mover el mundo.

Junto con los que vuelven
yo vuelvo a ocupar *mi* lugar
en la actual guerra de mundos.

No es fácil descubrir ese “mi” lugar en un mundo ocupado por los gigantes. Y si llego a descubrirlo no es fácil reconocerlo y sostenerlo como “centro” de poder. Era más fácil en el pasado, cuando los gigantes tenían nombre y apellido. Trataré de explicarme.

Retrocedamos en el tiempo, volvamos a Alejandría: siglo II de la era cristiana. También allí se desencadenó una guerra de mundos: poderosa síntesis cultural entre el cristianismo naciente, la sabiduría del mundo antiguo y la filosofía griega; un gran ciclo histórico moría allí, la biblioteca que guardaba los tesoros de Oriente había sido incendiada, e Hypatía, la joven sabia pagana, arrastrada por las calles y lapidada ignominiosamente. Pero algo nuevo nacía: rumbo a Florencia, Roma, Chartres, Compostela.

Hoy ya no estamos en Alejandría, pero no sabemos muy bien cuál es nuestro suelo ni dónde está nuestra casa. Teilhard de Chardin, conmovido por la primera explosión atómica en tierra de América, exclama proféticamente: “Por primera vez ardió sobre la tierra un fuego cósmico”. Pero ¿cuál era la clave espiritual que se ocultaba tras el velo de ese fuego cósmico? También allí, en otro punto de la geografía simbólica de la Tierra, se había desencadenado una nueva guerra de mundos. El Rayo que partía la muralla no venía a confrontar con la filosofía griega y la tradición mágico-mítica de Oriente: venía a dar fuerza y sentido a la revolución científico-técnica y la revolución social. La Alianza recién nacida venía con “otro” lenguaje, pero los magos de Occidente no supieron interpretarlo: mejor dicho, leyeron el nuevo mensaje con la antigua mente. La energía espiritual liberada (el fuego sagrado que se ocultaba tras el resplandor atómico) iba a cambiar la faz del mundo: pero el hombre quedó a la intemperie.

El Rayo había partido la muralla del antiguo mundo: el cielo era “otro”, el hombre terrestre fue investido con el sacro poder de la técnica, pero por la fisura recién abierta entraron poderes subterráneos que superaron el poder del hombre. Una Estrella (Stella) había liberado un terrible Poder sobre la Tierra: y todos quedamos de una u otra manera comprometidos en una guerra de

Constelación de signos.

Poco es lo que puedo decir aquí. Hubo muchas revoluciones en lo que va del siglo, y el gran Ortega y Gasset había anticipado por el “Ocaso de las revolucio-

nes” que hoy vivimos con mayor desolación aun lo que él llamaba “una época de alma desilusionada”. Y no puedo menos que repetir lo que el propio Ortega señalaba como epílogo a su ensayo profético *El tema de nuestro tiempo*:

Tal vez el nombre que mejor cuadra al espíritu que se inicia tras el ocaso de las revoluciones sea el de espíritu servil.

Sí, los que vivieron con el espíritu de la Revolución, los que dieron su vida en ofrenda y fueron sacrificados, ya no están. Y lo que queda tras el ocaso de la revolución es “el espíritu servil”.

De todos modos “no todo está perdido”, como canta Mercedes Sosa. Nuestro corazón nos dice que la Revolución no está perdida, pero tenemos que reconocer que

nos hemos quedado sin teoría de la Revolución.

El “código secreto” de la actual guerra de mundos sobrepasa nuestra capacidad intelectual para comprenderlo. No sólo la izquierda política se ha quedado sin teoría de la revolución; también las fuerzas armadas se han quedado sin hipótesis de conflicto; los sindicatos obreros se han quedado sin teoría para defender el derecho al trabajo; las universidades se han quedado sin teoría para el desarrollo de la conciencia; las religiones (viejas y nuevas) se han quedado sin teoría de la Revelación (que es como decir: sin *theoría* para la transfiguración espiritual de la vida).

El desafío es demasiado grande: y la materia humana demasiado débil para medirse con el poder de los gigantes de las antiguas razas. Yo busco el ideal de sentido, pero ellos operan con una química de antisentido.

En la actual guerra de mundos corro el máximo peligro:
ser devorado por los gigantes.

Pero (recuerdo a Hölderlin): “Allí donde está el peligro
también está lo que salva”.

El peligro es quedar vulnerable; que es como decir “peligro de ser elegido”: ser elegido para la droga, para las bacterias asesinas, para la información, para el mercado... para la basura. Pero ¡jojo! yo puedo ser elegido para vencer a los gigantes: a mi propia sombra (el más astuto de todos los gigantes). Y surge la pregunta clave: ¿con qué poder?

Y llegué a darme cuenta de que en la guerra de mundos que vivimos sin comprender

ya no es suficiente retirarse

al desierto,
a la montaña,
a la selva,
a la academia:
“en busca de
lo cierto”.

Tuve que penetrar en la “entraña” misma de la Tierra. Para volver transfigurado: con otra mente, otra energía, otro cuerpo. Otro corazón, con otra “llave”: para manejar de otra manera las fuerzas de la vida. ¿Liberarse para liberar? Quizá sí: volver a Egipto a rescatar a los que quedaron prisioneros del campo gravitatorio de la antigua tierra.

Y al cabo de la última batalla sobre la tierra, pediría a los dioses una última gracia.

“No me entierres en Egipto”

Jacob baja a Egipto, habita en Egipto, pero no se queda en Egipto: “Yo voy a reunirme con mi pueblo; sepultadme con mis padres en la caverna que está en el campo de Efrón”. (Gén. 49:29)

El fermento entra en la masa, pero no-es la masa. De todos modos ya no tenemos más tiempo: se ha acabado el argumento.

DONDE MUEREN LAS PALABRAS

NACE UN NUEVO SOL

He llegado hasta *aquí*. Mejor dicho, acabo de llegar y todavía no he partido. Las palabras que en el camino de *ida* parecían querer decirme algo, en el camino de *vuelta* terminan por no decirme nada. RevelaciónRe-velada: que por “lo dicho” (la palabra cierta) nos llevaba a “lo claro” del bosque, por “no dicho” (el silencio de la palabra) nos trae de vuelta al seno “oscuro” de la Lengua Madre. Y Re-construcción del Templo: lo que al primer oído sonaba como mensaje de los constructores, al segundo oído re-suena como misión de los creadores.

La enigmática palabra “Revelación” guió mis pasos hasta *aquí*, al lugar donde llegué sin haber salido, a *mi* lugar; en el transcurso algo tuve que decir, pero ahora que he llegado al fin del discurso me doy cuenta de que la propia palabra “Revelación” se ha desplomado con todo su poder semántico. Y con ella han caído todas las palabras, todos los conceptos, todas las representaciones: “catástrofe de significados”.

Han caído las imágenes que nos habíamos formado de la Revelación (“La Revelación no vino en la forma que habíamos imaginado”). Dicho de otra manera, han caído las interpretaciones de la Revelación, pero ha quedado intacta la experiencia de la Revelación.

Y vuelvo a la pregunta conductora. ¿Qué *es* lo que ha ocurrido “aquí” (lo que me ha ocurrido *a mí*) en el recinto sagrado del Templo, en el espacio esencial del Ser, en el Silencio de la palabra?

¡Mi alma ha quedado “expuesta” al *soplo del poderoso viento solar*! No se trata de “iluminación” (una nueva imagen del mundo, una nueva teoría científica, una nueva religión revelada). Se trata de Con-moción de la entraña de mi propia vida: A-sombro inicial. ¿Cómo explicar con palabras el silencio creador de la palabra? ¿Cómo hacer accesible a la inteligencia lo que pertenece al Arcano de la vida?

¡Sólo una señal!

Sólo una “marca” en la genética molecular, como esas trazas radiactivas grabadas en las rocas que señalan la dirección del campo magnético de la tierra.

El alma de la humanidad se encuentra hoy “orientada” (en-caminada) a desvelar un nuevo *Misterio*. Dicho en otras palabras, el fundamento de la civilización que viene ya no hay que ir a buscarlo en las ruinas de antiguos templos,

raíces de lenguas desaparecidas, principios metafísicos, teorías científicas, filosofías políticas, contratos sociales, sino que se revela como “gestación” de la luz en el seno de la materia oscura: es el Hijo que amamos antes de conocerlo.

¡Es el hombre cósmico que nace!

El mensaje no viene hoy de las academias, viene del desierto. Ya no viene de las claras especulaciones de la inteligencia sino de la oscura entraña de la vida. Ya no viene solamente del martirio de los pocos santos y héroes que hubo en el mundo, sino que viene del sacrificio de todos los peregrinos de la tierra: sacrificio colectivo de los inocentes.

¡Un nuevo Reino!

La nota clave que transfigura la historia no viene por la vieja política de las naciones sino por un nuevo in-pulso genético de la vida. Los conductores que hoy gobiernan el mundo no tienen respuesta para el hombre, porque el mensaje se ha adelantado a los mensajeros: la arrolladora corriente que ha quebrado las murallas del antiguo *imperium* terrestre ha abierto el camino a la nueva morada cósmica.

¡Y vuelvo al A-sombro!

La “catástrofe de significados” por fuera la vivo como “derrumbe de funciones” por dentro; no sólo colapsan las construcciones del pensamiento, sino que el propio cerebro racional queda desplazado como servomecanismo en zonas profundas del árbol de la vida: el antiguo *Homo rationalis* queda de pronto fuera del sistema para dar paso a una nueva mente, nuevo instrumento noomagnético de resonancia cósmica.

Pero ¿puedo volver a pensar con este nuevo cerebro? Sí, pero de “otra manera”. La “Revelación” que hasta ayer había interpretado como “palabra” privilegiada del profeta queda hoy al descubierto como “función pro-fética” dentro de mí mismo: una nueva “fisiología” humana cierra el circuito de las funciones cósmicas de la vida.

¿Puedo caracterizar de alguna manera esta función emergente que alumbrá con nuevo resplandor el paisaje de la antigua tierra? El ritmo de la vida es diferente; el instrumento del saber es otro; el pensamiento torna sobre sí mismo y se hace silencio; la palabra hunde sus raíces en la sangre del corazón y vuelve transmutada como sentir profundo: reversibilidad de valores, ruptura de simetría del verbo. El camino ya no es camino: estoy *aquí* de nuevo, adonde he llegado sin haber salido, en el seno de la Madre, donde mueren todas las palabras y donde una nueva Palabra es concebida. Y me doy cuenta de que *aquí* todas las cosas hablan la Misma lengua, todas las preguntas con-vocan la Misma respuesta, todas las palabras ocultan el Mismo silencio. Y la tierra y el cielo, los hombres y los dioses, los vivos y los muertos, la sociedad y la historia, todos pertenecemos al Mismo reino.

Lo que hemos llamado “desimbolización del mundo” resulta una expresión demasiado intelectualizada, quizá demasiado poética para representar la crisis de nuestra *Humanitas* en esta acelerada era técnica. Los teóricos del posmodernismo hablan de “alienación”, “brecha metafísica”, “vacío existencial”, “desmedida”, pérdida del “canon sagrado” (Lúca Paccioli, humanista de la corte de Ludovico el Moro, de Milán, hubiera dicho que hemos perdido la “divina proporción”). Pero todos estos términos, que no dejan de tener valor cuando se aplican a desmitificar el mundo que hemos creado por fuera, dichos términos

resultan insuficientes para nombrar la “catástrofe de funciones” que vivimos por dentro.

Se hunde un viejo mundo, nace un nuevo Sol. Pero no es solamente un Sol que alumbra: es un Sol que nace. Y nace en el corazón del hombre y en la entraña de la tierra.

¡Un sol que se entraña!

Un germen de luz toca la materia,
parte las aguas,
llama a la vida.

¡Déjalo Ser!

Para que podamos navegar en la gran corriente
y habitar de nuevo el mundo.

Bibliografía citada

- BAR, Nora, artículo en *La Nación*, 13 de abril de 1996.
- BATESON, Gregory, *Notes on an Emerging Planet*, Nueva York, Harper and Row, 1977.
- BAUDRILLARD, Jean, *El crimen perfecto*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- , *El paroxista indiferente*, Barcelona, Anagrama, 1998.
- , *La transparence du mal*, París, Galilée, 1990.
- BECCACECE, Hugo, “Los dioses corruptos”, *La Nación*, 30 de junio de 1996.
- BORLAU, Norman, entrevista en *La Nación*, Buenos Aires, 20 de enero de 1996.
- CABRERA, Napoleón, “Por qué es difícil la música moderna”, *La Nación*, 29 de octubre de 1995.
- CASTAÑEDA, Carlos, *Journey to Ixtland*, Nueva York, Simón and Schuster, 1972.
- , *Tales of Power*, Nueva York, Simón and Schuster, 1974.
- CASTRO, Jorge, “Las múltiples guerras de la posguerra fría”, *La Nación*, Buenos Aires, 12 de enero de 1997.
- CUATRECASAS, Juan, *Ramón Llul, médico y filósofo*, Barcelona, Roca, 1977.
- DESCHNER, K., *Amerikanisierung der Welt*, Stuttgart, Weibrecht, 1992.
- FRANKL, Víctor, *El dios inconsciente*, Buenos Aires, Plantin, 1955.
- GARCÍA VENTURINI, Jorge, “El tiempo apocalíptico”, *La Nación Revista*, 28 de noviembre de 1996.
- GEBSER, Jean, *Ursprung und Gegenwart*, Schaffhausen, Novalis Verlag, 1989.
- , “The Foundation of the Aperspective World”, *Main Currents*, 29, 2, 1972.
- GUEVARA, Ernesto, “Carta a Aníbal Quijano”, *Marcha*, Montevideo, 12 de marzo de 1965.
- HEGEL, Friedrich, *Fenomenología del Espíritu*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.
- , *Ciencia de la lógica*, Buenos Aires, Solar, 1976.
- HEIDEGGER, Martín, *Unterwegs zur Sprache*, Stuttgart, Neske, 1997.
- , *Lecciones de M. Heidegger, semestre de verano de 1934*, Madrid, Anthropos, 1991.
- HEINSENBERG, Werner, *Encuentros y conversaciones con Einstein y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1985.
- I Ching*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978.

- JUNG, C.G., *El yo y lo inconsciente*, Santiago de Chile, Época, 1920.
- , *Respuesta a Job*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- KAMENETZKY, Mario, artículo en *Relaciones*, Montevideo, enero-febrero de 1993.
- KRISHNAMURTI, J., *The Awakening of Intelligence*, Nueva York, Avon Books, 1973.
- , *Biografía*, Madrid, Sirio, 1990.
- KUSCH, Rodolfo, *América profunda*, Buenos Aires, Bonum, 1986.
- Lu Tzù, *H mistero del flore*, Papua, Mediterrenee, 1971.
- MARÓTHY, János, "Ritmo e rito. Dagli schemi comportamentali alie struttere musicale", *Música/Realtà*, XV, 47, 1995.
- MEAD, Margaret, *Adolescencia y cultura en Samoa*, Buenos Aires, Abril, 1945.
- MUÑOZ SOLER, Ramón P., "La egoencia del ser", *Cuadernos de Cultura Espiritual*, 2, Buenos Aires, ADCEA, 1969.
- , *Universidad de síntesis*, Buenos Aires, Depalma, 1984.
- , *Gérmenes de futuro en el hombre*, Buenos Aires, Arayú, 1967.
- , *El camino de la egoencia: de la angustia existencial a la mística del corazón*, Buenos Aires, Arayú, 1969.
- NIETZSCHE, Friedrich, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Aguilar, 1932.
- OBIETA, Adolfo de, *Tiempo de profecías II*, Buenos Aires, Corregidor, 1992.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- , *El espectador*, Madrid, Revista de Occidente, 1928.
- , *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, 12º edición, 1956.
- ORTOLANI, Valerio, *Personalidad ecológica*, Puebla, Universidad Iberoamericana, 1984.
- PAZ, Octavio, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- , *Corriente alterna*, México, Siglo Veintiuno, 1969.
- , *Los signos en rotación y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1971.
- PICHT, Georg, *Rejlexions au bord du gouffre*, París, Robert Laffont, 1970.
- Popol-Vuh*, Buenos Aires, Seix Barral, 1998.
- PRIGOGINE, Ilya, *¿Tan sólo una ilusión?*, Barcelona, Tusquets, 1983.
- REICH, Charles, *The Greening of América*, Nueva York, Random House, 1970.
- SÁBATO, Ernesto, *Antes delfín*, Buenos Aires, Seix Barral, 1998.
- , *Memorias*, Buenos Aires, Seix Barral, 1999.
- SCHURÉ, Edouard, *Los profetas del Renacimiento*, Buenos Aires, Futuro, 1945.
- THOMSON, Irving William, *Notes on an Emerging Planet*, Nueva York, Harper and Row, 1979.
- SCHWEITZER, Albert, *El pensamiento de la India*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- SRI AUROBINDO, *The Sinthesis of Yoga*, Nueva York, Sri Aurobindo Library, 1953.
- TRESMONTANT, Claude, *El problema de la Revelación*, Barcelona, Herder, 1972.
- UBALDI, Pietro, *La grande síntesis*, México, Voz Informativa, 1959.

RAMÓN P. MUÑOZ SOLER

Reversibilidad de valores

DONDE LA LUZ Y EL SONIDO SE *ENCUENTRAN*

Hoy el hombre pregunta por el cosmos, pero, sincronísticamente, el cosmos pregunta por el hombre.

¡Hay una frontera difícil de cruzar!

Por fuera vamos a la conquista de estrellas lejanas, por dentro desembocamos en la angustia existencial y la pérdida de sentido.

El astronauta es sólo el preludio del hombre cósmico.

Ya tenemos un cerebro electrónico, nos falta un corazón atómico.

Tenemos los frutos del Árbol del Conocimiento, nos falta la savia del Árbol de la Vida.

¿Cuál es el mayor peligro que nos amenaza?

¡Quedar detenidos en el tiempo,

en los residuos de la memoria,

en las cristalizaciones de la vida!

La investigación científica de avanzada se orienta hoy a la búsqueda de las raíces del tiempo. Pero a medida que avanzamos en esa dirección nos encontramos con los límites del conocimiento: una frontera difícil de cruzar.

¡Desafío co-evolutivo!

La humanidad ya está cruzando esta barrera peligrosa, pero no por el camino de la especulación filosófica, la teoría científica, el dogma religioso o la guerra de las galaxias, sino en función de un nuevo sacrificio.

Guerra arquetípica a escala planetaria: ¡sacrificio cotidiano de los ¡nocentes!

El hombre cósmico ya ha nacido, hace falta una ciencia que lo explique.

Cuando hablamos de reversibilidad de valores nos referimos a la clave simbólica -energ-ética- con que se anuncia el mensaje del nuevo signo del tiempo.

